

Introducción

*«Dejad que los demás hagan la guerra.
Tú, Austria afortunada, cástate.»*

He aquí la divisa de los Habsburgo que en Carlos I de España y V de Alemania, el más grande de todos, llegó al máximo de su éxito. Porque los vastos dominios que rigió a lo largo de su vida llegaron hasta él como resultado de seguir tal política, la de las uniones matrimoniales entre miembros de las diversas familias que reinaban por aquel entonces en Europa.

Carlos fue rey de Borgoña, por herencia de su padre. Gobernó las posesiones españolas, suyas por parte de madre. Fue elegido Sacro Emperador Romano, al suceder a su abuelo Maximiliano I, añadiendo de este modo a sus posesiones los dominios habsburgueses de Austria, Alemania y otras partes de la Europa central y oriental. Gracias al casamiento de su hijo Felipe con la reina inglesa María Tudor, extendió también hasta las islas su influencia, siendo llamado «Rey de Inglaterra, Francia, Jerusalén e Irlanda». Y más allá de Europa era señor de Méjico, las Antillas y Perú.

Fue el suyo un grandioso poderío que supo mantener en sus manos con inteligencia hasta que en el año 1555 abdicó voluntariamente en favor de su hijo, prefiriendo la paz y la soledad conventuales de Yuste al esplendor y gloria que bien merecía por su extraordinaria existencia, su inmenso poder, su envidiable posición en el mundo de entonces, sus grandes cualidades políticas y guerreras y sus meritorias virtudes personales, todo lo cual le convirtió en uno de los personajes más ilustres y que más influencia tuvieron en la Historia Universal.

Esta apasionante vida del genial político y guerrero es la que vamos a seguir paso a paso, volviendo atrás en el tiempo y sacudiendo el polvo de las crónicas antiguas que nos cuentan los hechos de Carlos I de España y V de Alemania y los pormenores de su vida.

Capítulo 1

Nace Carlos

Su Majestad, doña Isabel de Castilla, y su regio esposo, don Fernando de Aragón, estaban orando en la capilla de palacio cuando les llegó la gran noticia.

—Señora, en Gante ha nacido ya vuestro augusto nieto — anunció un mensajero que iba todavía cubierto con el polvo del camino.

—¿Cuándo ha sido el suceso feliz?

—El 24 de febrero, señora.

La Reina Católica juntó sus manos blancas y elevó los ojos al Cielo, al tiempo que sus labios murmuraban :

—Cayó la suerte sobre Matías.

A simple vista estas palabras parecen enigmáticas, pero lo que en realidad encerraban era una auténtica profecía, una visión anticipada de lo que había de ser la vida de aquel príncipe, nacido muy lejos de España, pero vinculado a ella con lazos indestructibles.

En efecto. Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, y su esposo don Felipe, hijo del emperador Maximiliano de Austria, habían emprendido viaje hacia Flandes. Era uno de los muchos viajes que realizaba la augusta pareja desde que contrajeron matrimonio el 20 de octubre de 1496. Juana y Felipe tenían ya un hijo, su primogénita Leonor, nacida en Lovaina dos años después de la boda. Pero faltaba un heredero varón. Y este nacimiento tan esperado debía ocurrir precisamente en aquel viaje.

Era un lunes, 24 de febrero de 1500. En algún lugar de la ciudad de Gante daban las tres y media de la mañana. El llanto de un chiquillo rompió el angustioso silencio de la alcoba principesca donde reposaba doña Juana. Acababa de nacer un futuro emperador. Y casualmente, aquel lunes, era San Matías. De ahí que la abuela materna pronunciase la frase profética, pues previno que sobre el santo había recaído la suerte de ver nacer en su día a tan ilustre soberano.

En cuanto se supo la feliz noticia todas las campanas de la ciudad repicaron alegremente, anunciando al pueblo el acontecimiento. Las gentes se precipitaron

hacia el castillo, congregándose en sus puertas, a fin de demostrar su júbilo y su adhesión a la corona. También los nobles se apresuraron a felicitar a su bien amado príncipe Felipe y a su gentil esposa, la princesa de Aragón. Todo era alegría en torno, todo parecía sonreír a los jóvenes padres.



La familia del emperador Maximiliano de Austria, abuelo paterno de Carlos I, por Bernard Strikel. (Galería Imperial de Pinturas de Viena.) (Fotografía Mas.)

El 7 de marzo fue la fecha elegida para bautizar al recién nacido. Desde el día del nacimiento hasta el del bautizo toda la ciudad se entregó generosamente a los preparativos. La fantasía de los artistas se desvivía en adornar calles y plazas para acoger con los honores debidos al pequeño príncipe en su primera visita a la ciudad. Es inútil es decir que en la fecha señalada se organizó una espléndida comitiva desde la Prinsenhof, donde nació, hasta la entonces iglesia de San Juan, hoy de San Bavon, donde debía tener lugar la ceremonia.

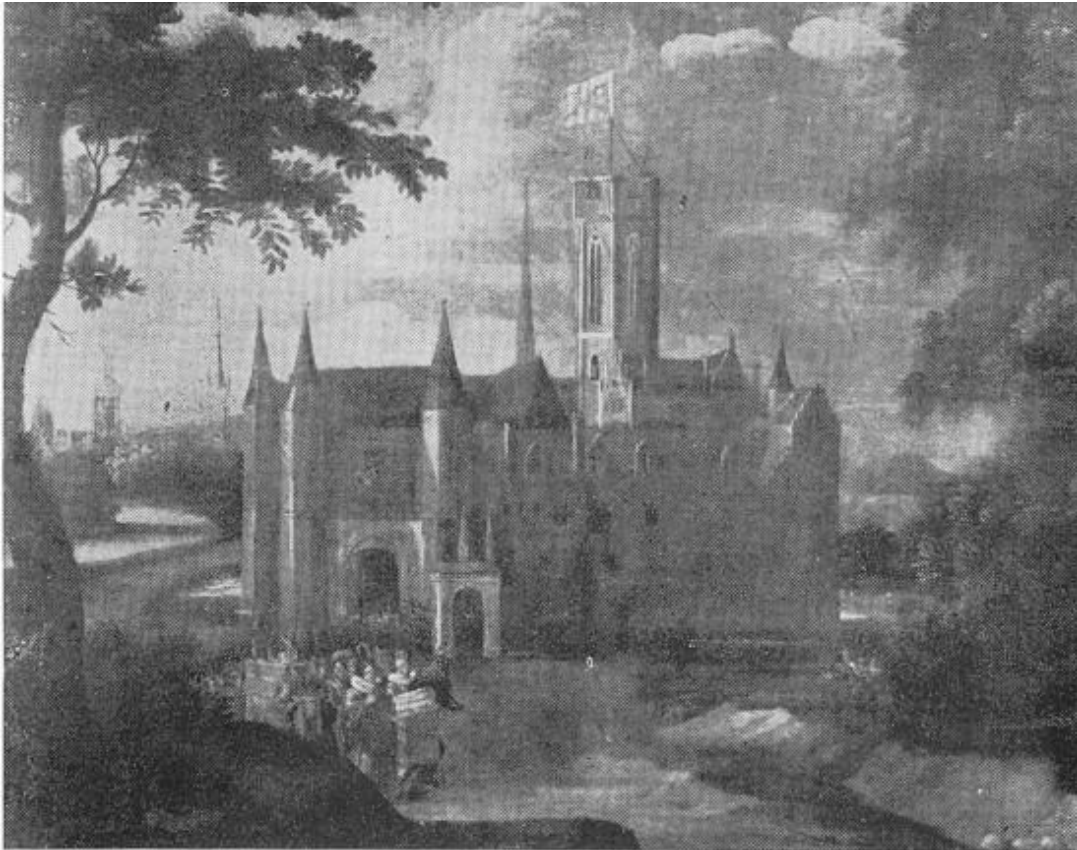
La Prinsenhof estaba a una media milla de la ciudad, detrás del Gravenkasteel, la aún existente Torre de los medievales Condes de Flandes. De la Prinsenhof sólo queda en la actualidad una puerta de arco rebajado y parte del muro superior, perforado por una ventana. Pocas son estas ruinas para dar una idea a los historiadores de cómo fue la mansión en que Carlos vio la luz. Pero en el Museo Arqueológico de la Abadía de la Byloke, en los alrededores de Gante, existe una pintura del siglo XVI, que no es gran obra de arte, pero sirve para llenar el hueco que el tiempo dejó en la que fue real casa. En el cuadro, la casa aparece como una vivienda típica del siglo XV, no muy grande, pero más agradable para habitarla que el vetusto Gravenkasteel. Lo más maravilloso de ella eran los alrededores, los cuidados jardines, las hermosas alamedas y los frondosos bosques.

La procesión bautismal fue algo jamás visto en Gante. El derroche de luz y riquezas que inundó la ciudad sólo podía hacerse para conmemorar una fecha como aquélla. La presencia de tan linajudos personajes sólo podía darse en una ocasión semejante. Y es que se iba a bautizar, nada más y nada menos, al recién nacido que, desde el mismo instante de abrir los ojos al mundo, era el heredero más fabuloso que lo fue rey alguno antes y después de él.

Fueron sus madrinas en la ceremonia Margarita de York, hermana del rey de Inglaterra, que era llevada en hombros, sentada en rica silla, y que tuvo el honor de llevar al neófito en brazos. La otra fue doña Margarita de Austria, la que ejercería extraordinaria influencia en el pequeño príncipe.

Los padrinos eran también varones de rancio linaje. Uno de ellos fue Carlos de Croy, príncipe de Simay. Y el otro fue el príncipe de Vergas. El primero llevaba el estoque desnudo, cuajado de pedrería, que ofreció como regalo al pequeño. El segundo le regaló el yelmo o calado de oro.

Respecto a las madrinas, no fueron menos generosas. La de Inglaterra le ofrendó un soberbio vaso de oro y piedras preciosas. Y la de Austria otro vaso en forma de barquilla de oro, sembrado asimismo de piedras riquísimas.



La Prinsenhof, mansión donde nació Carlos, y el cortejo bautismal, según la pintura del siglo XVI a que hace referencia el texto, conservada en el Museo Arqueológico de la Abadía de la Byloke, en Gante. (Fotografía Arborio Mella.)

La pequeña infanta doña Leonor, con sus escasos dos años, asistió al bautismo de su hermano, ocupando en la procesión el lugar inmediato posterior al del príncipe. Al llegar el instante de imponerle el nombre, se le dio el de Carlos, en memoria de su bisabuelo paterno Carlos de Valois, duque de Borgoña. En esta cuestión hubo acuerdo completo. Pero no ocurrió lo mismo en lo de otorgarle un título que le acreditase desde aquel momento como heredero de los reinos que con el tiempo gobernaría.

—Todos los primogénitos de Borgoña toman desde el momento de nacer el título de Conde de Carlois — decían unos.

—Pero tal dignidad es poco elevada para un príncipe que lleva en sus venas sangre de casi todas las casas reales de Europa — argumentaban otros.

—Y que nace con la colosal herencia de reinos, ducados y señoríos — añadían los de más allá.

—Pues es preciso ponerse de acuerdo — apremiaban los guardianes del protocolo.

—Yo tengo la solución que ha de contentar a todos —dijo el propio abuelo, Maximiliano I, orgulloso de aquel primer nieto varón que venía a continuar la estirpe de los Habsburgo—. Concedo al joven príncipe el Estado de Luxemburgo, con el título de duque, tal como lo ostentaron otros gloriosos antepasados.

La decisión fue aprobada por todos. El duque de Luxemburgo nacía ya a la vida, a la sociedad, a la religión y a la Historia. Todo lo que hiciese o dijese, a partir de entonces, quedaría registrado en las crónicas de su tiempo para la posteridad.

Capítulo 2

Padres adoptivos

El nacimiento de Carlos fue motivo de gran alegría para su madre, que creyó ver en él el lazo que ligaría fuertemente su vida a la de su amado esposo. Porque la Historia sabe que a pesar de que todos los augurios parecían ser mensajeros de felicidad para Juana y Felipe, la realidad era muy otra.

Juana fue educada en las severas austeridades del protocolo castellano. Su religión era íntima y auténtica, su carácter era sobrio y su forma de vestir era majestuosa y grave. En cambio, Felipe sabía llevar con desenvoltura y gracia las ricas sedas, los perfumes y joyas y estaba acostumbrado a las ironías y refinamientos de la corte austriaca, donde regía cierta libertad de palabras y maneras aprendidas en las alegres «kermeses» de campo y las fastuosas fiestas de la ciudad. La educación de ambos príncipes era diametralmente opuesta.

Juana, a la llegada a la patria de su esposo, se sintió muy halagada ante la popularidad de que gozaba Felipe. Pero se sintió muy disgustada al comprobar la despreocupada ligereza de que hacía gala el príncipe, sobre todo en el trato con las damas. Y cuando la infanta castellana llegó a Brujas se horrorizó ante la ostentosa vanidad de las mujeres, siendo célebre su frase de:

—Creía ser aquí la única reina, pero veo más de seiscientas.

Tan pronto como pasó la primera ilusión del recién casado, Felipe, llamado el Hermoso por su apostura y donaire, dejó de vivir para su esposa y se dedicó a los constantes amoríos que llenaban sus horas de ocio al margen del matrimonio. Por el contrario, Juana estaba cada día más enamorada de aquel a quien la corte y las razones de Estado le destinaron para esposo. Juana estaba muy enamorada de Felipe, y los celos no la dejaban vivir. Se daba cuenta de que el amor del marido se le escapaba en esas aventuras galantes y que toda su felicidad huía tras él. El nacimiento de Leonor pudo retenerle a su lado, pero no fue así. Y tampoco lo consiguió el de Carlos, el heredero.

Las ilusiones de la desdichada Juana se derrumbaron al darse cuenta de que, en cuanto acabaron las ceremonias de corte, Felipe siguió dominado con el afán de riquezas, de poderío y de aventuras que le alejaban cada vez más de ella.

Muy pronto Gante fue estrecho para Felipe y deseó visitar otras cortes, en busca de esos halagadores amigos que jamás faltan alrededor de los príncipes divertidos y generosos y de ese plantel de mujeres hermosas que le aguardaban adondequiera que fuese.



*Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, padre de Carlos I. (Castillo de Windsor.)
(Fotografía Mas.)*

Juana, esposa enamorada y fiel, marchó tras el huidizo esposo, dejando al pequeño Carlos en Flandes, al cuidado de su madrina, Margarita de York, viuda sin hijos.



*Juana la Loca, princesa de España, madre de Carlos I. (Colección Wilhinson. París.)
(Fotografía Mas.)*

Justo es decir que el gran emperador no supo jamás qué cosa era la ternura y el amor de la verdadera madre, ni el amparo y seguridad que otorga la confianza del padre. Juana vivió sólo para el esposo. Y Felipe sólo para sus propios placeres. De vez en cuando le llegaban al pequeño noticias del nacimiento de sus hermanos. En Bruselas nació Isabel, año 1501. En Alcalá de Henares fue Fernando, año 1503.

Nuevamente en Bruselas fue María, año 1505. Y en Torquemada nació la menor de todos, Catalina, en el año 1507, cuatro meses después de la muerte de su padre.

Y a poco de recibir tales noticias llegaban los hermanos, que todos se criaron a su lado, excepto Fernando y Catalina, únicos que disfrutaron de la compañía materna, viviendo en España,

Pues bien, al abandonar Juana a su hijo, éste creció bajo los cuidados de Madame la Grande, como llamaban a Margarita de Inglaterra, noble dama y gran señora. Ella le quería como si de su propio hijo se tratara. Pero quiso Dios que este cariño durase poco, porque en el año 1503 murió Margarita, dejando en el corazón del pequeño Carlos un gran vacío que ella había sabido llenar a fuerza de mimos y cuidados.

Al año siguiente, Juana y Felipe regresaron a los Países Bajos, pero en el corto tiempo que permanecieron junto a su hijo no supieron ganarse la voluntad del pequeño, cosa que hubiese sido tan fácil contando con sus escasos cinco años. Y el corazón del joven duque de Luxemburgo siguió huérfano de cariño, en espera de que apareciesen en su vida los que debían ser sus auténticos padres adoptivos.

El tiempo seguía su curso, y el destino implacable devoraba los acontecimientos. Fue en el año 1504, un 26 de noviembre, cuando Isabel la Católica murió, en el castillo de la Mota, en Medina del Campo. En su testamento dejó heredera a su hija Juana. Pero la constante angustia en que vivía la joven infanta, a causa del desvío del esposo, hizo mella en su mente, y ya por aquel entonces había dado muestras de trastornos, por lo que empezó a conocerse como doña Juana la Loca. La Reina Católica, mujer inteligente, dejó escrito en su testamento que hasta la mayoría de edad del pequeño Carlos y en caso de incapacidad por parte de su hija, debía ocupar la regencia don Fernando en lugar del príncipe Felipe, «joven, desconocedor del idioma, leyes, usos y costumbres de España e influido por nacionales y extranjeros enemigos del Rey Católico».

Al pequeño Carlos le aguardaba ya un gran reino, el de Castilla y sus posesiones. Sólo faltaba el paso de los años y su mayoría de edad, es decir, los veinte años.

Un nuevo e inesperado acontecimiento vino a precipitar las responsabilidades del chiquillo. Fue la prematura muerte de su padre, en el año 1506. El juicio de doña Juana, que ya estaba agotado, consumido por los celos que no la dejaron reposar durante los pocos años de su matrimonio, se apuró por completo. Las fuerzas de la

razón la abandonaron por completo. Y desde aquel mismo instante en que la muerte le arrebató al ser que más quiso en su vida, llevándose consigo las luces de su mente, decidió consagrarse al recuerdo del esposo muerto. Se retiró al palacio de Tordesillas, junto al convento de Santa Clara, sin importarle para nada sus seis hijos, que quedaban en el mundo sin más apoyo y cariño que el de los abuelos y los cortesanos.

No fue hasta el año 1507 cuando el pequeño Carlos encontró a sus auténticos padres adoptivos. Fueron éstos Margarita de Austria, viuda ya por dos veces y para siempre por propia voluntad, a pesar de su extrema juventud. Y él fue el Gran Chambelán, Guillermo de Croy, señor de Chièvres.



Moneda acuñada con las efigies de Filiberto de Saboya y Margarita de Austria, madrina de Carlos. Bajo la tutela de tan noble dama, creció y se educó el futuro emperador. (Fotografía Arborio Mella.)

Margarita de Austria era hermana de Felipe el Hermoso, y por lo tanto hija del emperador Maximiliano y tía de don Carlos. Era una dama enérgica, voluntariosa, de gran talento y mucho más corazón. A falta de hijos propios, quiso ser madre de sus sobrinos, pues por expreso deseo del anciano emperador quedaron bajo su tutela cuatro hijos de su hermano Felipe y su cuñada Juana.

—Hija mía, te he destinado a altos fines —le dijo el emperador—. Es mi deseo que cuides personalmente la educación del duque de Luxemburgo, mi nieto y heredero, así como de las infantas Leonor, Isabel y María, quienes con el tiempo han de ocupar también altos puestos. Quiero que les consagres tu vida, con el acierto que sus padres no han sabido tener.

Así será, padre mío.

—Sería mi deseo que también don Fernando y la pequeña Catalina pudieran trasladarse a Flandes, para ponerlos bajo tu tutela, pero su abuelo materno los quiere cerca de su hija, y debo acatar sus deseos.

Es lógico, señor. Todos son sus nietos, y vos podéis estar contento pues le ganáis en dos.

—Espero que estos cuatro príncipes sean auténticos Habsburgo. En ti confío, Margarita.

Confiad tranquilo, padre. Lo serán.

La archiduquesa Margarita, que era además gobernadora de Flandes, instaló su corte en Malinas. Era aquélla una corte en pequeño, donde todo era claro, ceremonioso y alegre al mismo tiempo. Era un ambiente en el que se veía la mano delicada y el gusto refinado de la joven archiduquesa. Porque ella no quiso vivir en el vetusto palacio ducal de Malinas, sino en la pequeña construcción que ella misma dirigió según sus gustos y los modernos dictados de la época.

Allí vivió Margarita, como auténtica madre de las pequeñas Leonor. Isabel y María y del pequeño Carlos, que se erigió en cabeza de familia y jefe de la dinastía austríaca, a pesar de sus siete años.

Por aquel entonces, Carlos había heredado ya de su padre el reino de Borgoña, con el título de duque. Pero no tomó posesión de tal reino hasta cumplidos los quince años, usando desde entonces su flamante título de duque de Borgoña, en lugar del de duque de Luxemburgo. Si a sus sentimientos nos atenemos, cabe decir que «duque de Borgoña» fue el título, de entre los muchos que ostentó, que usó con mayor placer. Así queda consignado en su testamento político, escrito para su hijo Felipe en 1548, cuando le encargó que jamás renunciase a sus derechos sobre dicho ducado, al que llamó «nuestra patria».

No hay que olvidar que don Carlos, como hemos dicho, contaba tan sólo siete años, y a esa edad poco se entiende de deberes y responsabilidades. Don Carlos era un chiquillo que se distinguía de sus hermanas por su figura más alta y espigada y sus ojos menos vivos y más melancólicos. Pero le agradaba jugar, ¡cómo no!, y su única preocupación era escapar de la vigilancia de doña Margarita para entregarse libremente a los pasatiempos que tanto le divertían.

—Dejadme el clavicordio — pedía Isabel.

—No puede ser. Nuestra tía ha dicho que es para Carlos y para mí — decía Leonor.

— ¿Y por qué he de daros a vosotros siempre lo mejor?

— ¿Lo mejor? ¿Es que no te agradan los juguetes que siempre os traen a ti y a María desde todos los puntos del país?

Sí, pero a mí me gusta el clavicordio — se empeñaba la pequeña Isabel, que para desgracia de todos no tardaría en dejarles para siempre, en su más tierna juventud.

Por ahora la música es sólo para el heredero y para mí, que soy la mayor.

Doña Isabel ponía su hociquito de mimo y se acurrucaba en un rincón del salón. Don Carlos, que amaba muchísimo a sus hermanas y escuchaba divertido las inocentes peleas, acudía junto a la pequeña y tomándola de la mano, decía con cariño:

—Ven, gruñona, ven conmigo. Y vosotras también. Venid, Leonor y María. Vamos a soñar un rato.

Era su diversión favorita. Los cuatro se sentaban sobre la mullida alfombra, y Carlos empezaba a hablar, bajo la atenta mirada de sus hermanas.

— ¿Sabéis una cosa? Yo seré el más grande guerrero que han conocido los tiempos. Pelearé a caballo y a pie, y siempre resonarán los clarines del triunfo. Luego iré de caza. Me gusta mucho la caza, ¿sabéis? Cuando veo a los caballeros que marchan hacia los bosques con sus ballestas al hombro, me iría con ellos. Pero aún soy pequeño.

— ¿Y nosotras qué haremos? — preguntaba Leonor

— ¡Ah! Vosotras vendréis siempre conmigo. No quiero que jamás nos separemos. Cuando yo sea rey, os casaré con grandes príncipes, pero viviréis en mi corte. Tendréis hermosas carrozas, bonitos vestidos y muchas joyas. Seréis las princesas más bonitas del mundo.

— ¡Qué hermoso será! — murmuraba Isabel, con sus seis o siete años.

Sí, qué hermoso sería, pero lo triste es que ella no llegaría a ver jamás aquel mundo maravilloso que imaginaba su hermano.

Señor, señoras, ¿qué significa esto? ¿A qué se debe tan amena tertulia?

Era doña Margarita, la severa pero bondadosa tía, que acababa de sorprenderles.

Perdonad, señora —se adelantaba Carlos—. He sido yo que estaba hablando a mis hermanas de las cosas bellas que haremos cuando seamos mayores.



*Retrato de Guillermo de Croy, señor de Chièvres, según un grabado de la época.
(Fotografía Arborio Mella.)*

—En efecto. Haréis cosas bellas, pero antes tenéis que estudiar. Hay que aprender primero las letras para que luego los preceptores tomen a su cargo vuestra educación.

— ¿Preceptores? Os prefiero a vos, señora — decía Carlos.

Un heredero no debe protestar jamás, señor. Vos tendréis preceptores, y también las princesas tendrán sus damas que les enseñarán cuanto conviene saber.

Y los años pasaban. El pequeño don Carlos atravesaba los suntuosos salones y veía que ante él se inclinaban los caballeros más ilustres de la corte. Mas él aún no se daba cuenta de cuál era realmente la importancia de su posición. Empezó a saberla cuando, cierto día, su tía doña Margarita le confirmó aquellas palabras referentes a los preceptores, pero ya con hechos concretos. Acababan de llegar a Malinas tales personajes, elegidos por el emperador Maximiliano, que cuidaba muy de cerca la educación de su nieto, y por la propia doña Margarita.

La llegada de los preceptores cortó en seguida la alegre libertad del pequeño príncipe. Tres de ellos fueron los más destacados y los que más influencia tuvieron en su vida.

Uno fue Mercurino Gattinara. Doña Margarita le conoció en Saboya, donde ejercía el cargo de consejero jurídico, cargo en el que demostró ampliamente su gran inteligencia y su excepcional preparación en los asuntos políticos.

Otro fue Adriano de Utrecht, gran teólogo, cuyas aspiraciones no iban más allá de ser deán de Lovaina. Su origen era muy humilde, pero sus claras virtudes, su bondad innata y su conocimiento de Dios le llevaron, además de ejercer importantes cargos junto a Carlos, a ser Papa con el nombre de Adriano VI.

Y el tercero, quizá el más importante, fue su padre adoptivo Guillermo de Croy, señor de Chièvres, que era un destacado político de acción. Había prestado valiosísimos servicios al emperador Maximiliano, situándose como ferviente y leal servidor de la casa de Borgoña y tenaz defensor de su hegemonía entre los Estados europeos. Guillermo de Croy poseía una desmedida ambición y una tenacidad que no reconocía obstáculos.

Cada uno de estos tres personajes ofreció al joven príncipe lo mejor de ellos mismos, logrando formar a don Carlos a su imagen y semejanza. Es decir, que el futuro emperador fue el compendio de sus virtudes y de sus defectos, pues cada uno tenía un modo distinto de enfocar los asuntos y cada uno influía a su manera sobre don Carlos.

Gattinara le ofrendó su concepto cesarista. Adriano su profundo conocimiento de la ley moral y el sentido religioso que caracterizó a Carlos durante toda su vida. En cuanto al señor de Chièvres, le infundió audacia, tenacidad y ambición, sin las

cuales difícilmente se hubiera sostenido el emperador en el elevado puesto que el destino le reservó.

Pero ya desde un principio, entre Adriano de Utrecht y Guillermo de Croy existió un amistoso antagonismo. Uno cuidaba el espíritu y el otro el cuerpo. Y a ambos les parecía que su materia era la principal para el futuro del príncipe.

—Dejad ahora esos libros, señor, y vamos a cabalgar un rato — decía Guillermo de Croy tratando de apartar de la mente del pequeño los profundos estudios que el religioso le inculcaba.

—Monseñor me ha encomendado que me aplique en el latín —replicaba Carlos—. Dice que me será muy necesario.

— ¡Bah! Más falta os hará ser un buen jinete, señor.

Y siempre acababa ganando el de Croy, porque los ejercicios que él le proponía eran mucho más de su gusto que los estudios del de Utrecht. Y luego venía la discusión entre los dos preceptores.

—Nuestro príncipe ha nacido para reinar, no para ser un monstruo de ciencia — decía Guillermo.

—Tenéis razón, pero llevar una corona no es fácil. Requiere una cultivada inteligencia, que el joven duque no poseerá si desatiende mis consejos — argüía el deán.

—Una corona se sostiene con una mano reciamente guerrera. Y eso se consigue con las disciplinas que yo le enseño.

—Perdonad, pero eso no lo es todo. Se puede ser un excelente guerrero y conquistador y dejar perder todo lo ganado por falta de inteligencia que sepa conservar la paz y prosperidad.

—Reconoced, mi buen amigo, que el ejercicio corporal es absolutamente necesario para la misión que le aguarda — insistía el de Croy.

—No lo niego, señor, pero también lo es el ejercicio mental y vos impedís que lo haga. Hasta hoy don Carlos ha demostrado ser un excelente jinete, un insuperable esgrimista, un valeroso cazador, pero en cambio sólo ha conseguido ser un mal estudiante.

La auténtica realidad es que el pequeño don Carlos cultivaba con la misma afición los ejercicios corporales que los mentales, aunque sinceramente le agradaban más

los primeros. Pero su gran voluntad quería, y conseguía, complacer a sus dos celosos preceptores.

Y así, entre dimes y diretes, el duque de Luxemburgo, además de ser un experto en armas y caballos, profundizaba en la historia de los pueblos, conocía países nuevos en las cartas geográficas, y aprendía diversas lenguas, llegando a hablar el flamenco, el francés, el alemán y el italiano. Pero había un fallo en su educación, un fallo que había de costarle muchos sinsabores en sus años de emperador. Nadie se cuidó de enseñarle las costumbres y lengua de aquel país del que un día no muy lejano había de ser rey: ESPAÑA. Don Carlos no aprendió a hablar la lengua de su madre hasta que fue hombre, y tampoco supo querer a la patria de doña Juana hasta que, muchos años después, la nobleza y lealtad del alma española supieron adueñarse de su corazón. Éste fue un error de sus preceptores que tuvo que subsanar por sí mismo, con la ayuda del tiempo.

Otro error, pero éste, suyo, fue el no escuchar los consejos de Adriano de Utrecht cuando le decía que era necesario aprender latín. Y así, siendo ya emperador, dando audiencia a los embajadores y hablándole éstos en latín, él no entendía ni podía responderles, porque jamás logró aprender esta lengua. Entonces se dolía de no haber sido más sumiso a los consejos del buen deán, y a las enseñanzas de los humanistas flamencos Roberto de Gante y Charles de Poupet, que le atosigaban con sus latines y filosofías.

Aparte de estos errores, don Carlos crecía con una educación esmerada, digna del papel que debía interpretar en la Historia.

Pero además de las fatigosas horas de estudio, su tía doña Margarita le pedía una y otra vez:

—Tenéis que posar para el pintor. Os espera en el salón de Tapices.

—Ya voy, señora. Pero ¿le falta mucho al pintor para terminar ese retrato? — preguntaba algo fastidiado.

—Pues no mucho. Pero hay otro que debe pintaros a caballo. Así lo ha dispuesto vuestro abuelo.

—Está bien. Nos resignaremos.

Y es que el mundo futuro debía tener noticia de cómo era el gran don Carlos en sus distintas edades. Por eso debía perder horas y horas frente a la escrutadora mirada

de distintos pintores flamencos, a los que Maximiliano encargaba el retrato de su agosto nieto.

Mas no todo debía ser estudio, «pose» y ceremonias cortesananas. Don Carlos poseía la amistad de varios jóvenes de su edad, pertenecientes a linajudas familias. Y con ellos pasaba ratos amables, que le agradaban tanto como aquellos otros que pasaba con sus hermanas. Eran sus principales amigos: Juan de Sajonia, Federico de Füstemberg y Maximiliano Sforza.

—Veamos quién llega antes al bosquecillo de los castaños — retaba el joven Carlos. Los muchachos se lanzaban al galope, pero siempre era él el vencedor. Y Guillermo de Croy se esponjaba de orgullo contemplando los primeros triunfos de su discípulo montando a la jineta o peleando con las lanzas, en aquellas luchas amistosas que reñían los pequeños nobles en el patio del castillo.

Y de este modo transcurría la infancia de don Carlos, duque de Luxemburgo. Le rodeaba una pequeña corte, en Malinas, que estrechaba su cerco más y más, inculcándole sus peculiares maneras. Y más cerca de él sus preceptores, amigos íntimos en todo momento. Y aún más cerca, dominando sobre todos, la enérgica doña Margarita, madre adoptiva y celosa educadora del futuro emperador.

Lejos, muy lejos de su persona y de su corazón, doña Juana, la princesa desdichada, enferma de cuerpo y espíritu, languidecía en España. Y don Fernando, el abuelo desconocido, contemplaba impotente cómo el heredero de su querida España crecía tan apartado de ella en todo. Y asimismo sus hermanos Fernando y Catalina, a los que apenas conocía, también crecían sabiendo que en Malinas tenían un hermano, al que debía ser su emperador, pero por el que no sentían afecto alguno.

Don Carlos ignoraba todavía a España, pero el destino le llevaría a ser uno de sus reyes más insignes y gloriosos.

Capítulo 3

Rey de España y extranjero en España

24 de febrero de 1515. El duque de Luxemburgo entraba en la mayoría de edad. Por esta razón obtenía el derecho a cambiar su actual título por el que le correspondía por herencia paterna, es decir, que, en adelante, don Carlos sería el duque de Borgoña.



Carlos I, en su juventud, por Bernardo Strigel. (Villa Borghese. Roma.)

El aspecto físico del joven príncipe reflejaba ya con bastante exactitud los rasgos más peculiares de su personalidad como hombre. Su mirada seguía teniendo aquella languidez, aquella lejanía y ausencia que le caracterizó en la niñez. Era alto y espigado, de cuerpo ágil y diestro en los ejercicios duros. Lucía una melena corta de cabellos lacios que cubrían su frente y caían por las sienes tapándole las orejas. Su labio inferior se adelantaba cada vez más, desencajando la mandíbula y manteniendo abierta la boca. Dicen que su apetito era excelente, pero su masticación tan imperfecta, debido a la estructura de la desigual dentadura, que sus digestiones resultaban torpes y malas. Sin duda, a ello se debía el color pálido de su piel y su eterna apatía. Algo también muy peculiar en él era el tartamudeo, que jamás pudo corregir.

Sus preceptores no se mostraban demasiado satisfechos de sus estudios. La música era su distracción favorita, y a ella se aplicaba con entusiasmo. Pero las enseñanzas humanísticas y las matemáticas, así como el latín, el castellano y otras disciplinas seguían siendo muy poco de su gusto, por lo que no adelantaba nada o muy poco. Era muy diestro en los ejercicios físicos. A sus quince años era un jinete excepcional, gallardo y elegante. Y lo mismo ocurría con las armas. Nadie podía enfrentársele sin salir vencido. En cambio, era irresoluto y tímido en su trato, causando penosa impresión a quienes le observaban de cerca. Hasta tal punto era apreciable esta cualidad, que muchos embajadores y políticos, impresionados por su apariencia, afirmaron que se trataba de un perfecto imbécil. Incluso el emperador Maximiliano, que le concedió por aquel entonces su segunda entrevista, puesto que el anciano abuelo se mantenía siempre a distancia de su nieto, aunque vigilante y atento, declaró a doña Margarita al quedar a solas:

—Don Carlos me parece tan inmutable como un ídolo pagano. No sé si llegaremos a hacer de él el hombre que deseamos, hija mía.

Las palabras del emperador rezumaban un gran pesimismo. Pero no había razón para ello. Don Carlos era inteligente. Pero hay que reconocer que el futuro emperador se veía obligado a exteriorizar aquella tremenda timidez, debido a que la pequeña corte de Malinas le rodeaba estrechamente, formando a su alrededor todo un mundo de presiones, influencias, prevenciones, teorías, fórmulas, soluciones políticas a veces contradictorias según vinieran de uno u otro consejero íntimo,

intrigas, suspicacias personales, recomendaciones, advertencias de todos aquellos que, ambicionando un lugar destacado junto al joven príncipe, se acercaban a su oído para murmurarle frases envenenadas. ¿Cómo era posible que don Carlos demostrara su auténtica y real personalidad, si vivía completamente sumergido en aquella espesa red que formaba la corte, de la que era incapaz de salir? Nadie podía escapar de la tremenda y agobiante influencia de los que habían moldeado a su gusto al príncipe, a lo largo de los años. Y dominando por encima de todos ellos, Maximiliano de Austria que deseaba imponer a toda Europa la hegemonía de los Habsburgos. Y para ello había educado con tanto esmero a su nieto, en la confianza de que la persona de don Carlos reuniría lo que él, por su edad, ya no estaba a tiempo de conseguir. ¿Por qué culpar al príncipe de timidez? No. Él era la víctima del mundillo creado en torno a su persona.

Tampoco había que olvidar a las pequeñas princesas. Para redondear sus propósitos, Maximiliano, de acuerdo con su nieto, separó de doña Margarita a doña María para casarla con Luis II Jagellón, hijo del rey de Hungría, y a la pequeña Isabel, con sus catorce débiles años, la casó con Cristián II de Dinamarca.

Ya sólo quedaban junto a la enérgica tutora doña Leonor y don Carlos. Pero al conseguir éste el ducado de Borgoña, su poder creció, disminuyendo inmediatamente el de su tía.

Poco a poco la corte de Malinas se fue disolviendo hasta trasladarla a Bruselas, donde era dirigida personalmente por don Carlos y su hermana doña Leonor. Al despedirse el príncipe de su tía, hubo instantes de verdadera emoción.

—Mi misión ha terminado — dijo tristemente la dama.

—Aunque lejos de vos, señora, siempre recordaré que fuisteis una madre para mí y para mis hermanas. Os agradezco los infinitos cuidados y desvelos que habéis tenido, y os ruego perdonéis si en alguna ocasión no supimos estar a la altura que vos deseabais.

—Sólo recuerdo las alegrías que me habéis proporcionado, señor. En este momento de la despedida mejor es olvidar las tristezas, que bastante lo es la separación.

—Nos veremos a menudo, querida tía.

—La política exige dolorosas renunciaciones, don Carlos. Y por esto, acato humildemente la decisión de mi padre el emperador y la vuestra propia. No os

preocupéis por mí. Mi vida está en Malinas y aquí seguiré hasta que la muerte venga a buscarme —sollozó doña Margarita—. Que Dios os acompañe, señor.

La dama se arrodilló para besar la mano de su futuro emperador. Pero don Carlos la obligó a levantarse y depositó un respetuoso beso sobre la frente de aquella mujer valerosa, que supo ocupar dignamente el sitio que dejó vacante la infeliz doña Juana con la locura de su amor.

Al mismo tiempo que ocurría esto, llegaron a Bruselas noticias de España en las que se notificaba al joven duque de Borgoña que su abuelo don Fernando se hallaba enfermo de tal gravedad que todo hacía prever un fatal desenlace.

Don Carlos mandó llamar a su preceptor Adriano de Utrecht, deán de Lovaina, y le habló así:

—Hemos recibido noticias de España en las que se nos dice que don Fernando, nuestro abuelo, está enfermo. He resuelto enviaros allí, porque es mi deseo que, si Dios ha dispuesto llevarlo de esta vida, esté en España un varón de vida ejemplar, sabio y prudente, que acuda presto al gobierno de España con fidelidad y cuidado.

—Os agradezco, señor, la confianza que depositáis en este humilde religioso. Procuraré ser digno de ella, sirviéndoos con lealtad hasta el fin de mis días.

—Haced saber a mis futuros súbditos que prometo visitar muy pronto aquella lejana tierra, que aún me es desconocida.

—Así lo haré, señor.

—Disponed el viaje en seguida —ordenó—. Más tarde os entregaré los documentos necesarios que acrediten vuestros derechos a obrar en mi nombre en todo y para todo.

Aquellos poderes que entregó a su preceptor estaban despachados en Bruselas a primero de octubre. Y se firmaba como Carlos, príncipe de las Españas.

Lógico es suponer que al Rey Católico no le agradó la llegada del deán de Lovaina.

—No viene sino a ver si me muero —dijo cuando le anunciaron que pedía audiencia—. Decidle que se vaya, que no me puede ver.

Pero luego tuvo que recibirle y oír de sus labios las frases de buena voluntad que traía en nombre de su nieto don Carlos. Aun y así, no gustó al anciano rey, porque nada de lo que viniese más allá de las fronteras de España podía gustarle, aunque fuese un mensaje de su propio nieto, al que consideraba extranjero y desconocido.

El 23 de enero de 1516 murió el rey don Fernando. En su testamento dejó bien especificadas cada una de sus disposiciones. De buena gana hubiera nombrado heredero suyo a don Fernando, el nieto que nunca salió de España y al que había criado según las normas y costumbres castellanas. El era su favorito. Pero con lágrimas en los ojos, pocos días antes de morir, al redactar su testamento, se resignó a respetar los derechos que don Carlos tenía como primogénito. Así es que nombró heredera suya a su hija doña Juana, pero por incapacidad de la desdichada princesa, retirada en Tordesillas, lejos de toda política, nombró gobernador de los reinos de España a don Carlos, en tanto su madre viviera. Mas como el príncipe estaba fuera de la patria, fue preciso disponer un regente hasta que don Carlos decidiera hacerse cargo del gobierno. Recayó tal honor en el cardenal Cisneros, hombre educado en el claustro, austero, de gran capacidad política y honrado en sus actos. Sin embargo, por expreso deseo de don Carlos, Cisneros tuvo que regir juntamente con el deán de Lovaina, embajador del príncipe en España.

Tan pronto como don Carlos tuvo conocimiento de la muerte de su abuelo, mandó hacerle solemnísimas honras en Bruselas. A ellas asistió él y la corte en pleno, de riguroso luto. Y terminada la ceremonia, un caballero del Toisón de Oro proclamó:

—El católico y cristianísimo rey don Fernando ha muerto.

Lo repitió tres veces. Luego, silencio absoluto. Y nuevamente: — ¡Vivan los católicos reyes doña Juana y don Carlos, su hijo! ¡Viva el rey! ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

Y al compás de este grito, don Carlos regresó a palacio. De este modo quedaba proclamado como rey de España, por sus cortesanos de Flandes. Pero faltaba el refrendo de sus súbditos de España, los más interesados en la cuestión. Y éstos eran mucho más reacios.

El joven príncipe se apresuró a escribir al Consejo y nobles de España, pidiendo que se cumpliera todo lo mandado en el testamento de su bienamado abuelo, así como reafirmando el poder del cardenal Cisneros y los derechos del deán de Lovaina.

También escribió al propio cardenal en términos por demás afectuosos. En algunos párrafos, decía así:

«Reverendísimo señor: Aunque Su Alteza, mi abuelo y señor, no os hubiera nombrado regente en nuestra ausencia, por las noticias que de vos tenemos, no pidiéramos, ni rogáramos, ni eligiéramos otra persona para ello, sabiendo

que así cumplía al servicio de Dios y nuestro, y al bien y provecho de todos los reinos.»

Los recelos que alimentaba el cardenal respecto a la excesiva juventud de don Carlos se desvanecieron al leer la carta, quedando como única disposición poco de su agrado el que insistiera en reafirmar el poder del deán de Lovaina. Pero tuvo que avenirse a ello sin replicar.



Magnífico casco de Carlos I, con la representación de un combate entre guerreros romanos. (Armería Real. Madrid.) (Fotografía Mas.)

Así mismo escribió a la reina viuda Germana, pues sabido es que el Rey Católico casó en segundas nupcias. Le daba seguridad en su bienestar futuro y la respetaba como a reina y madre.

En cuanto a su hermano, el infante don Fernando, recibió también una cariñosa carta en la que le anunciaba que muy pronto se verían, que había de encontrar en él a un auténtico y verdadero hermano y padre, y en la que le rogaba le escribiese a menudo dándole cuenta de su salud y necesidades.

Todas las cartas llegaron a su destino y complacieron infinito a quienes las recibían. Parecía que el camino para don Carlos estaba sembrado de facilidades. Pero la realidad era muy distinta.

Instigado por los cortesanos que le rodeaban, don Carlos exigió al cardenal Cisneros que le nombraran rey, del mismo modo que ya lo habían hecho en Bruselas. Pero el Consejo se apresuró a escribirle, diciéndole que no era prudente ni digno tal nombramiento mientras viviera doña Juana, única que tenía derecho a usar el título de reina, pues sólo ella lo era, aunque por enfermedad de su mente no pudiese regir y gobernar, como era el deseo del pueblo español. Le pedían que respetase este privilegio, si bien se avenían respetuosa y lealmente a que fuese él quién gobernase y administrase a su modo los reinos de España.

Por consejo de su abuelo Maximiliano, del señor de Chièvres y del Consejo que le asistía en su corte de Flandes, don Carlos insistió en su petición, alegando que era en provecho de España y su mejor administración. Como es lógico, en seguida se formaron dos partidos : los que aprobaban la decisión del príncipe y los que la rechazaban rotundamente, dispuestos a seguir fieles a su reina doña Juana, a pesar de la manifiesta incapacidad que la aquejaba.

Por fin, se dio la orden en toda España de que don Carlos sería llamado rey, si bien él mismo pedía precediera al suyo el nombre de su madre, a la que siempre acataría y obedecería como madre, reina y señora natural de los reinos de España. Doña Juana debería gozar de los mismos privilegios que don Carlos, pero siempre en más alta categoría que él. Además, en todas las insignias y sellos figurarían ambos nombres, así como en todos los documentos.

A pesar de este acatamiento, en los corazones seguía latente la rebeldía. Y los nobles aferrados a su causa sembraban malicias en torno a la reina Juana y al infante don Fernando, a quien deseaban hacer ver que su hermano le había arrebatado el poder que sólo a él pertenecía, según voluntad del corazón del Rey Católico. La situación no era halagüeña para el joven rey. Y el cardenal Cisneros, anciano y enfermo, estaba deseoso de delegar las inmensas responsabilidades que le habían caído en don Carlos, a quien en justicia le pertenecían. Por eso escribía una y otra vez a Flandes, rogando que adelantase lo más posible la llegada a España y la toma definitiva del gobierno. Inútil es decir que el propio don Carlos,

acuciado por las leyendas que del país de su madre le contaron, deseaba visitarlo cuanto antes. Más algunos disturbios provocados en sus diversos reinos de Europa dilataban la marcha.

Y los meses se sucedían unos a otros, sin que España pudiera conocer al que era su rey, el gran Carlos I.

Extranjero en España

Finalmente llegó a la península la noticia de que el rey se aprestaba a embarcar rumbo a España. Era a finales de agosto de 1517.

La curiosidad, la alegría o el temor, según la condición de cada cual, se apoderó del ánimo de las gentes ante la inminente llegada de don Carlos. El cardenal Cisneros, Adriano de Utrecht, el infante don Fernando y el Consejo abandonaron Madrid, donde estaban establecidos, y partieron al encuentro del que llegaba.

Entre tanto, el joven rey, dispuesto ya a hacerse cargo del gobierno castellano, se disponía a abandonar la placidez de su corte de Bruselas. Don Carlos contaba entonces diecisiete años, y sabemos que toda su vida había transcurrido en Flandes. En aquellos instantes de la partida, obligado a dejar todo cuanto constituyó su vida hasta entonces, sintió que su corazón se llenaba de una infinita nostalgia. Los deberes le empujaban hacia lo desconocido. Atrás quedaba su infancia dorada y los primeros años de una juventud amable y muelle.

Le acompañaban en el viaje su hermana doña Leonor, que también sentía que dejaba a sus espaldas algo muy querido y entrañable, y el íntimo y dominador señor de Chièvres, quien no abandonaba fácilmente a su pupilo el rey. Estos dos personajes eran las figuras destacadas del séquito, compuesto por unas quinientas personas. La mayoría eran flamencos, y existía una minoría de españoles, entre caballeros de otros países.

Antes de partir definitivamente, don Carlos hizo un recorrido por todas las ciudades de Flandes, sin olvidar Gante, su cuna, y Malinas, el escenario de buena parte de su vida. En todos los lugares fue acogido con vítores y aclamaciones, fiestas y ceremonias. Fue aquél un recorrido sentimental, que ahondó en el corazón del rey su pesar por partir de aquella tierra amada.



Retrato de Carlos I, por Jakob Seisenegger. (Museo de Arte Histórico. Viena.)

En el puerto de Flesinga, en los confines de Flandes, estaba aparejada la flota y la armada, compuesta por ochenta naves. De los mástiles y trinquetes, gavias y mesanas, pendían estandartes y gallardetes. Las velas se decoraban con pinturas de santos, invocados con fervor en el instante difícil de emprender una nueva vida. Las gentes se apretujaban para contemplar de cerca al joven rey, elegante jinete sobre espléndida montura, y a su fastuoso cortejo. La ceremonia de subida a las naves fue un espectáculo impresionante, que tardaría mucho tiempo en borrarse de las miradas de aquellas gentes sencillas que demostraban con entusiasmo su adhesión y cariño al rey que se alejaba.

Por aquellos días andaba el mar muy revuelto y la travesía hasta España se presentaba muy peligrosa. Y así lo manifestó al joven rey el capitán del navío real.

—Insisto en lo que tantas veces os he consultado, señor —le dijo—. El mar sigue siendo un peligro para este viaje.

—No se puede demorar por más tiempo mi llegada a España —replicó don Carlos—. Hay que partir en seguida, capitán.

—A vuestras órdenes, señor.

Y se dio la orden de romper amarras, comenzando a navegar los barcos mar adentro.

Apoyado en la baranda del navío, el joven monarca veía alejarse la costa que tan querida le era. En sus ojos se reflejaba una inmensa tristeza, aquella que siempre existía, pero aumentada ahora por la pérdida de un país que consideraba mucho más suyo que aquel otro del que iba a tomar posesión. En el puerto quedaban, cada vez más pequeñas, las figuras de los súbditos flamencos agitando en el aire banderas y gallardetes, como despedida al que era su gobernador.

Al lado del rey, doña Leonor, tan triste como él, secaba con su pañuelo de encaje unas lágrimas que asomaron indiscretas a sus ojos. Entre sus muchas penas dominaba la de separarse, ¡quién sabe hasta cuándo! , de doña Margarita, la noble dama que, por la ambición del señor de Chièvres, se había visto excluida de la corte y privada de todo poder.

—No lloréis, querida hermana —le dijo don Carlos, viendo el dolor en el rostro de la joven—. Flandes queda atrás, pero nos aguarda una nueva patria.

—Tenéis razón, señor, pero es tan hermoso todo lo que dejamos — murmuró doña Leonor.

—También lo será lo que nos espera. Habéis de verlo, hermana mía. Ésa es la confianza que me anima y me consuela de la pena de dejar Flandes.

—Sí, también a mí me anima el deseo de tornar a ver a nuestra madre y ver a nuestros hermanos, así como aquellos lugares de los que sois rey, pero me apena abandonar a doña Margarita, y no saber cuándo volveremos a verla a ella y a nuestras pequeñas María e Isabel.

—Nuestra misión en España tal vez sea larga, pero sé que algún día regresaremos a Flandes, para abrazar a los seres queridos que allí quedan y contemplar de nuevo

sus bellas ciudades —dijo el rey, hundiendo su mirada en el horizonte, tras el que ya se había perdido la tierra que le vio nacer.

Los cortesanos y el propio Guillermo de Croy se mantenían a cierta distancia, respetando la íntima conversación de los reales hermanos.

Tal como predijo el capitán, la travesía fue penosa, y un desgraciado accidente vino a aumentar las desdichas. El gran navío en el que se había instalado la caballeriza del rey se incendió, pereciendo veintidós pajes, el teniente caballerizo mayor y todos los marineros. Don Carlos lamentó el suceso, pero nada pudo hacerse para ir en socorro de los infelices.

Después de trece días de difícil navegación y tras varios intentos de tomar puerto, no lo consiguieron hasta Villaviciosa, el 19 de septiembre. Allí le aguardaba la nobleza de Asturias, que le recibió con los honores merecidos. Por doquier aclamaban al que pronto sería coronado oficialmente como su rey, aunque de nombre y hechos ya lo era.

También el cardenal Cisneros hubiera deseado estar allí. Con ese fin había abandonado Madrid, poniéndose en camino hacia el norte. Pero sus ochenta y un años de edad y los últimos acontecimientos de España, que tanto quehacer le habían proporcionado, hicieron que cayera enfermo. Tuvo que detenerse en Roa, en el monasterio de Aguilera, viéndose privado de dar la bienvenida a su soberano y darle los consejos que para él había dispuesto, a fin de allanar la espinosa senda que se abría ante don Carlos. No obstante, escribió varias cartas al monarca, y éste le contestó otras, diciéndole que no sufriese, que si él no podía salir a su encuentro sería el rey quien iría a visitarle.

Tan pronto pisó tierra española y una vez cumplimentado por los nobles asturianos, don Carlos anunció :

—La primera entrevista que he de realizar en este país es con doña Juana, nuestra madre, reina y señora, a quien debo ir a ofrecer mis respetos y de quien deseo recibir la bendición.

Su real orden se cumplió. La comitiva se puso en camino hacia Tordesillas, donde se hallaba retirada la reina.

El viaje fue largo y penoso. Al señor de Chièvres le convenía retrasar lo más posible la llegada del rey a presencia de su madre y, sobre todo, a presencia del cardenal

Cisneros. Sabía que éste había de aconsejar al joven monarca que evitara la influencia de los flamencos en sus actos, a fin de no provocar las iras de la nobleza española. Y esto no convenía de ninguna manera al privado del rey, quien tenía por completo dominada la voluntad de don Carlos. Así es que buscó los caminos más tortuosos e intrincados para dilatar una entrevista que había de ser fatal para él.

— ¿Falta mucho todavía para llegar a Tordesillas, señor de Chièvres? — preguntaba el rey.

Me temo que sí, señor. Los guías que nos conducen aseguran que hay que atravesar toda Castilla, y eso requiere muchas jornadas — respondía el ambicioso canciller, Si al menos pudiéramos viajar más cómodamente —se lamentaba el monarca—. Sobre estos caballos de tiro se cabalga mal, y peor lo pasamos cuando nos decidimos a montar en carreta de bueyes.

España pasaba en aquellos días por una epidemia de peste, y todos los parajes que atravesaba la comitiva regia estaban desolados y tristes. En las ciudades y aldeas los recibían los nobles y el pueblo, pero el entusiasmo de unos y otros se enfriaban al contemplar la fastuosa presencia de los nobles flamencos que acompañaban al rey, de quienes esperaban toda suerte de desventuras.

—En adelante, nos tocará pagar más tributos para sostener semejante lujo — decían unos.

Sólo vienen para apoderarse de las riquezas de España — aseguraban otros.

Su fastuosidad exagerada contrasta con la severa y sobria presencia de nuestros nobles. España no gusta de tales petimetres — afirmaban los de más allá.

Los celos crecían, y los rumores contrarios al rey y la corte flamenca que se traía de allende las fronteras aumentaban por doquier.

Tenía razón el señor de Chièvres al imaginar que su presencia no sería bien acogida. Y hacía bien en evitar una conversación entre don Carlos y el cardenal, porque éste sufría mucho al recibir las noticias que llegaban hasta su lecho del paso del soberbio cortejo por las diversas ciudades y villas.

Si yo pudiera hablarle —murmuraba el anciano—. Si yo pudiera decirle que España no admitirá jamás el mandato de estas gentes flamencas que le rodean con fines ambiciosos.

Pero el cortejo seguía su marcha lenta a través de las tierras castellanas, mientras la enfermedad del anciano se agravaba por días.

Por fin, don Carlos y sus nobles llegaron a Palencia, donde fueron recibidos por muchísimos caballeros que quisieron competir, y lo lograron, con los flamencos en cuanto a elegancia y fastuosidad, aunque las suyas eran más austeras y menos vistosas que las de los cortesanos borgoñones.

Y de Palencia, acompañado de doña Leonor y de un pequeño séquito, don Carlos se dirigió a Tordesillas.

La reina doña Juana vivía sumida en profunda melancolía en un sombrío palacio que sería su hogar durante más de cincuenta años. La reina, joven aún, reflejaba en su rostro el hondo sufrimiento que le produjo su corto matrimonio y la prematura muerte del esposo amado. Por su gusto vestiría con desaliño y pobreza, más pobreza que la de las humildes aldeanas. Pero su padre, don Fernando, ya antes de morir, cuidó de dejar a su lado nobles y leales damas de corte que atendían con afecto la persona de la reina, obligándola a vestir según su rango merecía. Y ella, dócil a veces e iracunda otras, dejaba hacer a los que tan fielmente la rodeaban.

Las noticias que le llegaban de su hijo, desde que éste se hizo nombrar rey y desde que había pisado tierra española, le produjeron cierto malestar. Los nobles malintencionados habían hecho llegar a sus oídos con exacta puntualidad las exigencias del joven monarca, dejando caer como el que no dice nada frases hirientes y cargadas de picardía. Toda esta red invisible hizo que en el corazón de doña Juana anidara una fuerte animadversión hacia su hijo, al que apenas conocía.

Y así sucedió que cuando don Carlos llegó a Tordesillas, un montero de los de la guarda de la reina avistó la comitiva desde una torre y corrió a avisar a doña Juana: Señora, el rey don Carlos, vuestro hijo y nuestro señor, viene hacia aquí.

—Yo sola soy la reina de Castilla, que mi hijo Carlos no es más que príncipe — exclamó la reina visiblemente enojada.

Y es sabido que jamás consintió en darle el nombre de rey, sino tan sólo el de príncipe, único que le correspondía mientras ella viviese.

—Cuando el príncipe don Carlos llegue a palacio hazle pasar inmediatamente a mi aposento — ordenó al montero.

—Sí, señora — repuso el mozo, inclinándose y abandonando la sombría estancia.

—Y tú, mi buena Catalina —dijo la reina dirigiéndose a su hija, que estaba a su lado, con su atavío severo y hasta vulgar—, dime si mi aspecto es digno para una reina que va a recibir a su hijo después de largos años de separación.



Órgano portátil de roble tallado, alemán, que perteneció a Carlos I, gran amante de la música. (Fotografía Cifra.)

—Vuestro aspecto siempre es el de una reina excepcional, madre mía. Podéis estar tranquila. Mi hermano y señor quedará gratamente impresionado — respondió la joven infanta, acabando de arreglar la capotilla que cubría las canas prematuras de la reina.

El mismo montero que dio el primer aviso acompañó al rey don Carlos y la infanta Leonor hasta el aposento de la reina. Les precedía con un candelabro de plata, que iluminaba los oscuros corredores y frías estancias de palacio. Se detuvo al fin ante una recia puerta, cuyas hojas abrió. Inclinandose profundamente, anunció: —Es aquí, señor. La reina os aguarda.

Que nadie nos interrumpa. Y ordena que se sirva buen vino y abundante comida a nuestro séquito.

—A vuestras órdenes, señor.

Don Carlos, seguido por doña Leonor, que se mostraba impaciente y nerviosa, entró en el aposento. Sentada en un sillón, junto al gran ventanal, estaba doña Juana, con su semblante triste y su empaque de reina. De pie, a su lado, doña Catalina, con sus escasos once años, contemplaba ensimismada a su hermano, del que tanto oyó hablar en los últimos tiempos.

El rey se adelantó hasta su madre e hincó la rodilla en tierra para besar la mano que ella le tendía, igual como lo hubiera hecho el más humilde de los vasallos.

Mi querida madre, reina y señora, no sabéis cuánto me place ve—ros al cabo de los años y comprobar que vuestra persona se halla tan bien como esperaba — dijo.

Levantad, hijo mío, y abrazad a vuestra madre — pidió la reina.

Don Carlos obedeció y abrazó tiernamente a aquella mujer que jamás supo ser madre, pero que inspiraba profunda piedad por el estado abatido en que los sufrimientos la sumieron. En aquel abrazo olvidó el rey que doña Juana tan sólo fue madre de nombre, y la reina olvidó toda la animadversión que los maliciosos quisieron levantar en su ánimo. Era grato reunirse después de la prolongada separación.

—Y vos, hija mía, ¿por qué no os acercáis a abrazar a vuestra madre? — preguntó la reina a doña Leonor, que se mantenía a respetuosa distancia.

Y apenas pronunciadas las palabras, la joven infanta cayó de rodillas ante su madre, besando emocionada sus manos blancas y delgadas. Su corazón dio rienda suelta a los sentimientos contenidos durante el viaje. No le fue posible disimular el dolor que le producía la melancólica presencia de su madre, tan joven y tan acabada ya por los pesares.

¿Por qué lloráis, hija? — preguntó la reina acariciando los bucles de la joven, que caían por su regazo.

—Es de alegría, señora. Había deseado tanto este momento.

—Pues levantad y dejad que os vea bien, que también yo lo había deseado mucho —respondió la reina, obligando a su hija a alzarse—. He gozado tan poco de la compañía de mis hijos, que casi me parece mentira que podáis ser aquellos chiquillos que dejé en Malinas.

Don Carlos contemplaba sonriendo tiernamente la escena. Mas de pronto se dio cuenta que aún no había dicho nada a la chiquilla que estaba junto a su madre y que le miraba con ojos de admiración.

—Vos debéis de ser la infanta doña Catalina, ¿no es así?—preguntó.

Así es, señor — respondió la niña haciendo graciosa reverencia.

—¿Es que no pensáis saludar a vuestro hermano? — sonrió.

—Pues... — balbució Catalina.

—Venid, mi pequeña hermana —dijo don Carlos atrayéndola hacia sí y abrazándola con cariño—. Tenía verdadera curiosidad por conocer a la benjamina de mis hermanas. Sois bonita, muy bonita.

—Señor...

—Mi querida madre, ¡cuánta suerte la vuestra de poder gozar de la compañía de esta pequeña infanta! — comentó el rey.

—Suerte la mía, pero no sé si lo será suya —dijo amargamente la reina—. Me temo que mi compañía no sea la más apropiada para chiquilla tan alegre.

—No digáis eso, madre mía — protestó la niña.

Y así, entre frases tiernas y dulces palabras, se deslizó aquella primera conversación entre el joven rey y su desdichada madre. Fue una entrevista íntima y agradable, donde la reina y sus tres hijos gozaron de una paz pocas veces conseguida.

Cuando don Carlos abandonó la estancia, prometiendo visitar con frecuencia a la reina, se dirigió a su privado, el señor de Chièvres, para decirle:

—Es mi real deseo que nuestra madre, la reina, no carezca de cuanto le sea necesario. Cuidad de que estén a su servicio leales caballeros y nobles damas que protejan y mimen su vida con la fe y el cariño que a mí me resultará imposible hacer por mis deberes. Su existencia ha de ser la de una reina, pues lo será hasta el fin de sus días.

—Vuestros deseos son órdenes, señor —respondió solícito el de Chièvres—. No os preocupéis por nada. Lo dispondré todo a vuestro gusto.

Gracias, amigo mío.

Y el de Chièvres, temiendo por la influencia que la reina pudiese ejercer sobre el rey, procuró que a su lado estuviesen los caballeros que más fidelidad habían demostrado hasta entonces a don Carlos y, por ende, a él mismo.



Retrato del cardenal Cisneros, existente en la capilla mozárabe de la catedral de Toledo. (Fotografía Mas.)

Fueron nobles castellanos, que sirvieron con una lealtad a toda prueba a doña Juana hasta que murió y fue enterrada en Tordesillas. Con su vigilancia atenta e incansable, Guillermo de Croy logró mantener a la reina apartada de toda intervención en el gobierno de España, con lo que la infeliz soberana no fue jamás un estorbo para sus ambiciosos proyectos.

Terminada la visita a Tordesillas, el nuevo rey emprendió el camino de Valladolid, donde debía establecer su corte. Mientras tanto, el cardenal Cisneros, viendo que su enfermedad le agotaba la vida y que la entrevista con su rey no iba a celebrarse, le escribió nuevas cartas dándole los respetuosos consejos que deseaba darle de palabra. En lo que más insistía, con su claro sentido político y patriótico, era en la

necesidad absoluta de apartar de su lado a los flamencos y formar una adicta corte castellana.

No tardó en recibir el venerable anciano, aun antes de que el joven rey hiciera su entrada en Valladolid, una carta en la que don Carlos le daba las gracias por todos sus servicios prestados hasta la fecha y le relevaba del cargo desempeñado hasta entonces, debido a su avanzada

edad. Hay quien piensa que la carta fue inspirada por la voz del de Chièvres, auténtico gobernante en quien descansaba el joven rey casi todas sus responsabilidades.

Las frías y concisas líneas reales dolieron profundamente al anciano cardenal. ¿Era justo un despido en tales términos después de los innumerables desvelos realizados para mantener la paz en un país al que no agradaba la llegada de un rey extranjero? ¿Era necesario dar aquel disgusto a un anciano enfermo al que ya poco le quedaba de vida? No. Fue una desacertada decisión aquella de alejar al buen cardenal, aunque el despido se encubriese en el favor de darle descanso tras el agobiante trabajo. Fue lamentable, muy lamentable. Y es lógico pensar que aquello contribuyó a agravar el estado del anciano, hasta el punto que, pocos días después, el 8 de diciembre de 1517, fray Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo y cardenal, gran político y Regente de España, murió en la paz del Señor.

El rey lamentó la muerte del cardenal, porque su corazón era bueno y generoso, aunque influenciado por corrientes ambiciosas. Además, con la llegada de la noticia comprendió que se encontraba completamente aislado en un país desconocido. Él, con buena fe, había pensado consultar al anciano acerca de distintos problemas, antes de que se retirase del todo. No pudo pensar que la muerte se lo llevara antes de que al menos pudiera conocerle. Mas el destino es caprichoso, y don Carlos se encontró como extranjero en España.

Capítulo 4

Emperador y su coronación

La entrada en Valladolid fue dispuesta para que todo en ella resultara triunfal y perfecto. Lo último se logró. Fueron levantados arcos de triunfo, se adornaron las calles y plazas con banderas y gallardetes, sonó la música, y salió a recibir al nuevo soberano lo más florido de la nobleza castellana luciendo sus elegantes galas.

En cuanto a lo primero, es decir lo de triunfal, eso ya fue otra cosa. Don Carlos entró en la ciudad rodeado de su séquito flamenco. Damas y caballeros lucían ricas sedas, preciosos brocados y relucientes joyas, Todo era riqueza y esplendor. En todo se veía la opulencia y derroche borgoñones. En cambio, a su alrededor, en las gentes que les daban la bienvenida, en los mismos nobles que rindieron pleitesía al rey, se advertían la severidad castellana, la reciedumbre de unas costumbres austeras, la nobleza de un alma sencilla y abierta. Don Carlos contemplaba a su paso semblantes hoscos y retraídos. «Todo me es extraño», pensaba. Y tenía razón. Con la muerte del cardenal Cisneros quedaba vacante el arzobispado de Toledo, y lo primero que hizo el rey fue nombrar con dicho título a monseñor Guillermo de Croy, sobrino del señor de Chièvres, a pesar de que sólo contaba veinte años. Luego creó a Juan de Sauvage como Canciller de Castilla. Y logró para su maestro Adriano de Utrecht el capelo cardenalicio. No sólo fue eso, sino que, además, otorgó a varios nobles flamencos diversos títulos que estaban hondamente enraizados en la tierra castellana.

El descontento creció por todas partes. A nadie agradó que el rey obrara con tanta prodigalidad, favoreciendo a unos extranjeros, cuando todos aquellos títulos y prebendas habían sido deseados por nobles castellanos, distinguidos como fieles a la Corona desde muchas generaciones atrás.

No podían permitir que algo que era muy suyo, muy de su país, fuese a parar a manos desconocidas y ambiciosas, que sólo deseaban apoderarse de los tesoros y riquezas de España para malgastarlos en esos lujos exagerados que ostentaban con descaro.

El rey tuvo ocasión de conocer las consecuencias de sus errores cuando convocó las primeras Cortes en Valladolid. Era costumbre que el presidente tomase juramento

de fidelidad al rey a todos los procuradores del reino. Mas en aquella ocasión, al ser requerido el juramento, se puso en pie el doctor Zumel, que ya había deliberado largamente con todos los procuradores y nobles, y se acercó hasta el rey.



Monseñor Guillermo de Croy, sobrino del señor de Chièvres. Carlos I, al nombrarlo arzobispo de Toledo, se ganó el descontento de los españoles. (Sala Capitular de la catedral de Toledo.)

—Estamos dispuestos a prestar juramento a nuestro rey don Carlos, siempre que el soberano jure a su vez respetar los privilegios y las libertades de nuestro pueblo, así como las diversas disposiciones habidas en el testamento del difunto rey don Fernando.

Tanto al rey como a los flamencos asombró la valentía del noble castellano. Este, al mismo tiempo que hablaba, entregó al monarca un memorial en el que estaban escritas más de ochenta peticiones, resaltando entre todas la de respetar las leyes que prohibían conceder empleos a gentes extranjeras.

El señor de Chièvres se sintió herido en lo vivo y protestó con palabras diplomáticas. Pero el doctor Zumel se mantuvo en su firme posición. Nadie juraría fidelidad al rey si éste no juraba antes lo que le pedían. Hubo largas y reñidas discusiones. A la corte flamenca le parecían exageradas las exigencias de los castellanos. Que don Carlos firmase sólo como príncipe después de doña Juana, la reina ; que no se exportasen de España oro ni caballos ; que don Carlos se casase pronto para asegurar la descendencia; que entretanto esto sucediera no se permitiese la ausencia de España de su hermano el infante don Fernando ; que debía dirigirse al pueblo español en el idioma castellano. Y así seguían más y más peticiones, que sublevaron a los ambiciosos que veían hundirse sus esperanzas de riquezas.

Por su parte, el rey estaba admirado. Ni en Flandes ni en toda la Borgoña se hubiera atrevido nadie a hacer semejante petición, de modo tan apremiante y autoritario, a un rey recién nombrado. Y en el fondo se indignó, porque al fin y al cabo era él quien debía dictar leyes y no aquellos nobles osados. Pero comprendió que si quería ganar el aprecio de sus súbditos tenía que concederles cuanto le pedían. Y acabó por jurar, aunque de manera tan ingeniosa que su juramento sobre lo de revocar los empleos otorgados a los extranjeros quedó entre dos luces. No obstante, los procuradores quedaron convencidos y prestaron juramento.

Al domingo siguiente, 7 de febrero, le juraron todos los prelados, grandes y caballeros del reino. El primero fue el infante don Fernando, luego la infanta doña Leonor, luego los prelados y después los demás títulos. Terminada esta ceremonia, el rey dijo solemne:

—Juro guardar y cumplir lo concertado con los procuradores del reino. Y si algún día Dios dispone dar salud a nuestra madre y reina doña Juana, señora propietaria de estos reinos, desistiré de la gobernación, y sólo la reina gobernará libremente. Así mismo, todas las cartas y despachos reales que viviendo nuestra madre se firmen,

llevarán primero el nombre de la reina y luego el nuestro, llamándonos tan sólo príncipe de España.

De todos los pechos castellanos escapó un suspiro de alivio, mientras los cantores entonaban un solemne Tedeum en acción de gracias por el feliz término de la trascendental ceremonia.

Las trompetas y clarines anunciaron al pueblo la nueva. Y las gentes se desbordaron por las calles, demostrando su alegría y entusiasmo.

Don Carlos se sentía feliz de haber ganado la voluntad de unos súbditos tan recios y valerosos como habían demostrado ser en sus pretensiones.

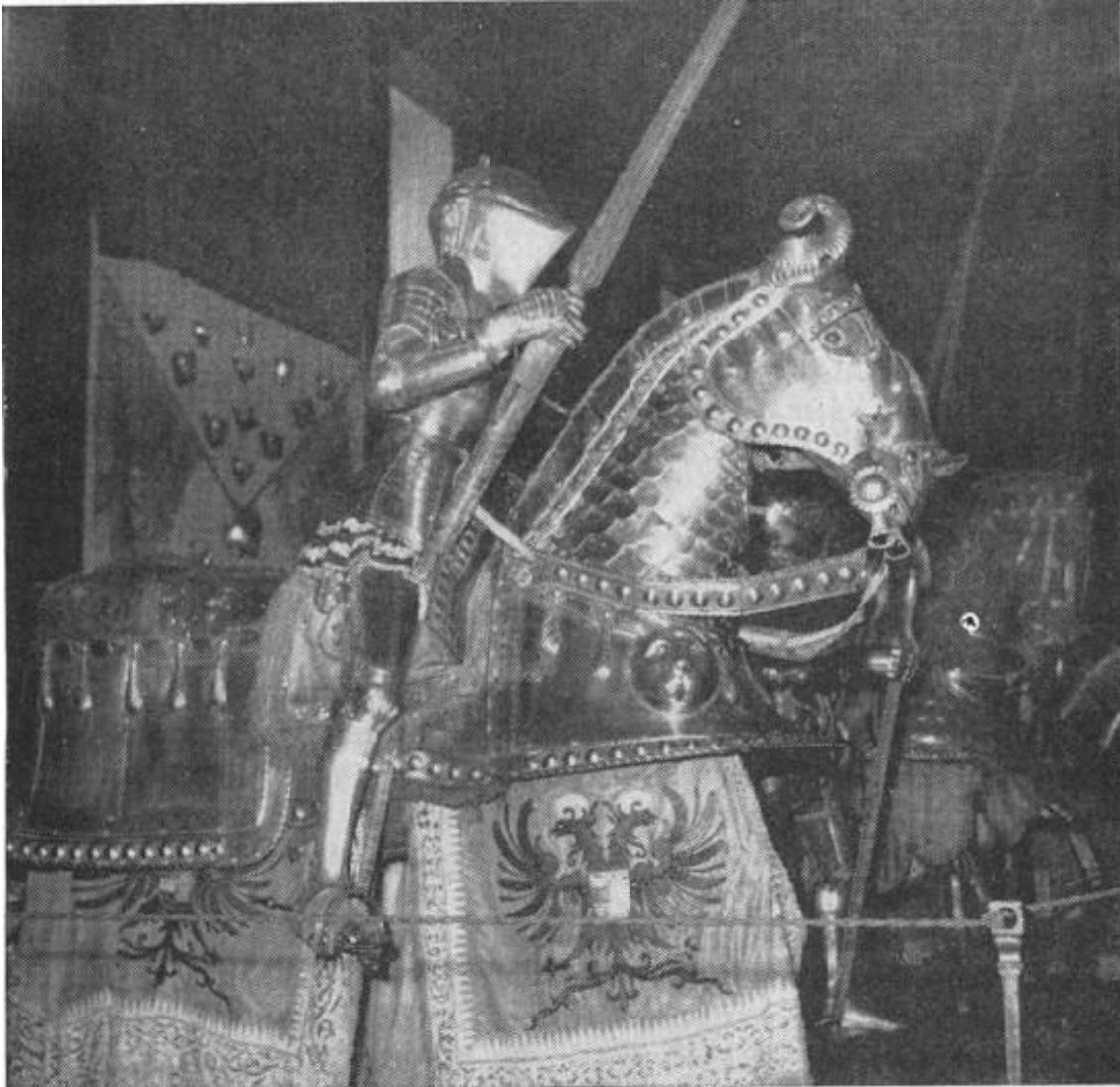
Mas esta felicidad duró poco tiempo. El descontento volvió a surgir en todos los rincones de Castilla. Y todo porque el rey no pareció hacer ningún caso a las peticiones que se le hicieron y que él juró atender.

Lo primero es que todos los extranjeros a los que antes de las Cortes había impuesto de alguna dignidad seguían ostentándola, sin que el soberano la revocase. Y luego, por consejo del señor de Chièvres, envió el rey a su hermano hacia Flandes, diciendo que su presencia era necesaria allí para que figurase en nombre suyo. A don Fernando no le hizo ninguna gracia abandonar la España que le vio nacer y crecer, y mucho menos cuando vio que quienes le acompañaban eran casi todos extranjeros y muy pocos castellanos. Pero tuvo que resignarse. A pesar de sus escasos quince años, comprendió que a su hermano no le convenía tenerle cerca, ni tampoco a aquel señor de Chièvres, a quien todos empezaban a odiar. Y él, ahogando sus deseos de llegar a ser el rey, tal como en vida le prometió su abuelo don Fernando, se embarcó rumbo al país desconocido, que era la patria de su hermano, rey y señor. Estos y otros incumplimientos de la palabra real avivaron de nuevo el malestar de Castilla. Y alcanzó su apogeo cuando el rey anunció su deseo de abandonar este reino para visitar Aragón, donde aún no era reconocido y deseaba serlo muy pronto, a fin de imponer sus derechos en toda España.

—Pero si apenas acaba de llegar a Castilla, ni siquiera ha visitado todas sus ciudades, y ya habla de marcharse — se quejaban.

Mas estas quejas no llegaban a oídos del rey, porque había a quienes no les interesaba. Y así, después de despedir al infante don Fernando, don Carlos se puso

en camino hacia Zaragoza, llevando consigo a su hermana doña Leonor. Era entonces el mes de abril.



*Arnés usado por Carlos I, en la gran justa celebrada en Valladolid, en 1518.
(Fotografía Cifra.)*

El señor de Chièvres, con sus consejos interesados, iba logrando cuanto se proponía. Pero los españoles no estaban dispuestos a dejarse avasallar por los extranjeros y se dispusieron a dar guerra al rey y a su corte flamenca. Principalmente las puyas se dirigían contra Guillermo de Croy, al que llamaban «el segundo rey», hombre de carácter frío y despótico, de reconocida soberbia y ambición desmedida. Su impopularidad llegó al colmo cuando ordenó la recogida de

los «ducados de a dos», moneda de oro acuñada por los Reyes Católicos, que junto con otros objetos de extraordinario valor, fueron exportados a Flandes. Tal ira levantó esta orden que de boca en boca comenzó a correr aquel verso, cuya paternidad se atribuía a cierto caballero que saludó con estas palabras a una de esas monedas que, por casualidad, cayó en sus manos:

*Sálveos Dios,
ducado de a dos,
que el señor de Chièvres
no topó con vos.*

Fina ironía la del verso, que demuestra claramente hasta qué punto se hallaba encendida la cólera española en contra de quienes pretendían manejarles a su antojo, en provecho de sus intereses.

En descargo del rey Carlos hay que decir que contaba tan sólo dieciocho años, muy poca edad para sostener el peso de tantísimas responsabilidades. Y justo es que el joven monarca tratara de remediar su inexperiencia con el consejo y la ayuda de quienes fueron sus preceptores y amigos íntimos de su niñez. Ya llegaría el tiempo en que alcanzase su propia madurez y su carácter adquiriera el perfil recio que tanto había de admirar a los políticos de su tiempo y a los historiadores de todas las épocas.

El día 15 de mayo, don Carlos, a la cabeza del cortejo real, entró en Zaragoza. Fue recibido con alegres fiestas y honores. La nobleza aragonesa volcó su entusiasmo, rivalizando con el esplendor que había desplegado Castilla. Pero pronto toda aquella alegría se tornó hostilidad. Al joven rey le aguardaban muy amargas jornadas, en su lucha por vencer el orgullo aragonés y lograr ser reconocido. Tan ardua fue la tarea de reducir la altivez de Aragón que transcurrieron ocho meses antes de conseguirlo.

A poco de llegar a Zaragoza falleció Juan de Sauvage, el Gran Canciller de la Corte. Su muerte no fue llorada por España, sino todo lo contrario, pues era hombre ambicioso en extremo. Más, como vulgarmente se dice, fue peor el remedio que la enfermedad, a juicio del pueblo, porque no le sustituyó ningún caballero español, como era de esperar, sino un antiguo preceptor y amigo del rey: Mercurino

Gattinara. Sí, el célebre político cesarista fue llamado inmediatamente. Con su llegada a España y la toma de posesión de tan alto cargo, se completaba el trío que desde la infancia venía dominando la vida y acciones de don Carlos. Eran Utrecht, Chièvres y Gattinara. ¿Quién faltaba? Sólo doña Margarita, que vivía olvidada de todos en Malinas, pero que no dejaba de vigilar y velar por su sobrino y pupilo, en la sombra de la lejanía. Los asuntos para España se ponían cada vez más difíciles. Pero el tesón español era grande y su espíritu patriótico mucho más. Quedaba por ver quién vencería en esta batalla.

Otra cuestión espinosa se le planteó al soberano. Venía ésta a añadirse a las preocupaciones que le prodigaban los aragoneses. Era la de casar a su hermana doña Leonor. Quien la pedía en matrimonio era el rey Manuel de Portugal, y huelga decir que a don Carlos le convenía tal unión, por aquello de ser fiel al lema de los Habsburgos. Hubo sus más y sus menos, sus discusiones y pareceres. Unos defendían, y entre ellos el señor de Chièvres, la candidatura del rey Manuel. Y otros, atendiendo a la edad, preferían al hijo de tal rey. Pero como es lógico, ganaron los primeros; no en balde les apoyaba la voluntad del asegundo rey».

Y así, cierto día, don Carlos hizo venir a su presencia a la infanta doña Leonor, que a la sazón contaba veinte años.

—Querida hermana, no os debe ser desconocido el problema que estos días nos preocupa —comenzó el rey—. Estáis en edad de casaros y siempre he medido con cuidado las posibilidades de dicha que pueden disfrutar las infantas en sus matrimonios. No os negaré que guardo para vos un cariño mayor que el que me lleva a nuestras otras hermanas, y por eso el problema se me ha hecho más difícil y delicado.

—Bondad que agradezco de corazón, señor —replicó la infanta. —Hemos discutido mucho con nuestros consejeros y hemos llegado a una conclusión que creo es feliz para todos. Es nuestro real deseo, doña Leonor, que os unáis en matrimonio al rey don Manuel de Portugal.

—Sabéis que he de obedeceros en todo y por todo, señor —dijo la infanta con cierto temblor en la voz y bajando sumisa la cabeza.

—Sabemos que el rey portugués no os es muy adecuado por la edad. Sus cincuenta años superan en mucho vuestros veinte. En cambio, entendemos que ésta puede

ser garantía de mayor dicha, pues su experiencia frenará los equivocados impulsos de vuestra extremada juventud. Espero que así habéis de comprenderle también, y que ha de complaceros el que deseemos colocar sobre vuestras sienes una corona como la de Portugal.

—Obedeceros no es sacrificio, señor, pero aunque así fuese lo haría gustosa si con aquello servía a vuestra causa —respondió la infanta—.

—Contad con que me satisface mucho esa boda que habéis concertado y que habré de realizar en cuanto vos dispongáis.

—Será lo más pronto posible. Y gracias por vuestra comprensión, hermana mía. No habréis de arrepentiros de ella.

La boda se realizó por poderes, en el mes de julio, y en la ceremonia lucía la joven infanta rica corona de oro. Inmediatamente, y por deseo del rey de Portugal, que deseaba ver cuanto antes a su esposa, partió la ya reina Leonor hacia su nueva patria. La acompañaban varios nobles y damas, algunos de los cuales la sirvieron hasta que quedó viuda y decidió regresar a España.

La despedida entre ambos hermanos fue emotiva, aunque ni uno ni otra olvidaron la calidad de su rango y procuraron mantenerse en actitud digna y un tanto distante. Lo mismo ocurrió cuando la joven novia pasó por Tordesillas para dar su adiós a su madre y hermana Catalina. Y de ahí, rumbo a Portugal.

Con esta boda, extendía don Carlos su amistad y hasta su poder a un nuevo reino, cosa que era muy conveniente, dada la vecindad que los unía de manera estrecha.

Así quedaba solucionado un buen problema. Pero quedaba en pie otro que era más difícil de resolver: la actitud rebelde de Aragón. La nobleza de este reino expuso de manera clara y terminante sus deseos, en boca de uno de sus más destacados caballeros.

—Es nuestro deseo servirlos al igual que lo hicimos a vuestros antepasados, pero a condición de que sean mantenidos los fueros que tiene el reino de Aragón.

—Los fueros os serán respetados —aseguró don Carlos—. Mas como es de todos conocida la indisposición de nuestra madre, reina y señora doña Juana, os pedimos y rogamos que nos alcéis como rey, tal como lo han hecho en Castilla.

—Así se hará, aunque vuestra petición va en contra de las leyes, por estar todavía viva la reina propietaria. Pero pedimos que el día que Su Alteza sea jurado rey, vos

habéis de jurar príncipe al infante don Fernando, vuestro hermano. No es nuestro deseo que quede como príncipe heredero, sino que es una medida para el entretanto que Su Alteza tome esposa y Dios le dé sucesores. Si Su Alteza no se aviene, nosotros, los jurados en nombre del reino de Aragón, no tenemos licencia para hacer otra cosa, y caso que la tuviésemos, por nuestra parte no consentiríamos, porque es en perjuicio y daño nuestro.



Retrato ecuestre de Carlos I, experto jinete, por Antonio Van Dyck. (Galleria degli Uffizi. Florencia.)

El rey se enojó mucho ante semejante osadía. No faltó quien le aconsejó que tomase el reino por las armas y redujese aquel pueblo rebelde por la fuerza. Pero el

monarca echó mano de toda su voluntad y diplomacia y contuvo los impulsos que le pedían pelear duramente contra Aragón. Hay quien dice que, después de haber conseguido ser jurado, sufrió una fuerte crisis nerviosa, debido a los esfuerzos que tuvo que hacer, a lo largo de los ocho meses, para no demostrar la cólera que le producía la actitud indomable de los aragoneses.

Largas y penosas fueron las discusiones y hasta hubo refriegas. Pero al fin la nobleza aragonesa se declaró vencida, jurando a don Carlos por su rey y señor en compañía de la reina su madre, como había hecho Castilla antes.

Entre tanto, el emperador Maximiliano, fatigado ya por una existencia batalladora, se disponía a rendir su última batalla. Viendo que don Carlos empezaba a desenvolverse bien en España, país rico y poderoso, pensó en favorecer a su otro nieto, el infante don Fernando que, a pesar de su alcurnia, era pobre y desheredado. Pensó el anciano dejarle el camino abierto para que a su muerte él fuese el emperador, y con este fin lo nombraría ya Rey de Romanos. Convocó una Dieta y expuso su opinión. Pero todos, o casi todos, la revocaron. Alegaron que para que la casa de Austria lograra la hegemonía completa en Europa, en contra de los otros reinos y en especial del de Francia, la corona de emperador debía colocarse también en la cabeza de don Carlos. Una vez más la poca suerte venía a entorpecer el futuro del joven don Fernando. Su abuelo Maximiliano, quizá por piedad al verle en posición tan alejada de la que ocupaba su hermano, intentó igualarle, lo mismo que quiso hacer el otro abuelo Fernando el Católico por afecto sincero. Pero las conveniencias de Estado hicieron que el emperador olvidara sus buenas intenciones, dejara a un lado sus proyectos, y se dispusiera a asegurar el imperio para don Carlos, en contra de las pretensiones del francés Francisco I. No hay que olvidar que la corona imperial no era hereditaria, sino electiva. Y por lo tanto debía lucharse arduamente para conseguir los máximos votos de los electores. En esta campaña, tanto Maximiliano como Francisco I gastaron enormes sumas que menguaron de modo alarmante sus respectivos tesoros.

Pero en España, aunque sabedor del curso que tomaban las cosas en Austria, don Carlos se hallaba inmerso en los problemas que le creaban sus flamantes súbditos, y se dedicaba con afán a solucionarlos.

Una vez jurado en Aragón, el rey decidió emprender el camino de Cataluña, otro reino rebelde y tesonero. Entró en Barcelona el 15 de febrero de 1519. Apenas se había aposentado y se disponía ya a convocar las Cortes, cuando llegó de Austria un correo urgente con tristes nuevas.

—Señor, nos es muy doloroso anunciar que vuestro abuelo y nuestro bienamado emperador Maximiliano I murió en Wels el 12 de enero.

La noticia impresionó vivamente a don Carlos. No en vano había pasado casi la totalidad de los años vividos muy cerca de aquel venerable anciano, enérgico y adusto a veces, que tanto cuidó y vigiló su educación. Pensó en la soledad absoluta que rodearía ahora a su tía doña Margarita, en la posición en que quedaba su hermano el infante don Fernando, y pensó en la cantidad de problemas que vendrían a sumarse a los muchos que ya tenía. Si quería verse coronado emperador, debería luchar del mismo modo que lo hizo su abuelo hasta el último instante. Y don Carlos se aprestó a la lucha.

Eran varios los soberanos que deseaban para sí la corona imperial, pero al cabo la rivalidad quedó establecida, casi desde el principio, entre Carlos I y Francisco I. Ambos procuraron atraerse el favor de los electores, regalándoles con dinero y ofrecimientos. La lucha no era secreta, sino abierta y enconada. Y los electores no lograban ponerse de acuerdo.

Por fin se convocó la Dieta de Francfort y, tras largas discusiones, decidieron elegir como emperador electo a Federico de Sajonia, por consejo del Papa León X. Pero con gran sorpresa y admiración, Federico, llamado sabiamente el Prudente, rehusó el honor y propuso, al ser preguntado por el presidente de la Dieta:

—Propongo que esta corona que tan generosamente me habéis ofrecido sea otorgada a don Carlos, rey de las Españas, archiduque de Austria, conde de Flandes y duque de Borgoña, duque de Luxemburgo, nieto de reyes y emperadores y varón adornado de todas las virtudes y cualidades que necesita una corona como la del Imperio alemán. Para él es mi voto, sin discusión ninguna.

La opinión de caballero tan ilustre prevaleció entre todas, y los electores inclinaron la balanza a favor de don Carlos, con lo que fue publicada su elección a los cuatro vientos. El joven rey quedaba desde aquel instante, 28 de junio de 1519,

proclamado emperador. Tan sólo faltaba su visita a Austria, para ceñir la corona en medio de grandes solemnidades.

Mientras todo esto ocurría en el país que le vio nacer, don Carlos seguía en Barcelona discutiendo las exigencias de las Cortes de Cataluña. Pero estas discusiones fueron menos laboriosas que las de los otros reinos, a pesar de que al principio parecían ser las Cortes más reacias. Lo que ocurrió es que don Carlos, en el tiempo que llevaba en España, había aprendido mucho en cuanto a táctica diplomática se refiere, había comenzado a despertar en él aquel genio político que presidió su vida, y supo tratar con infinita pericia a los jurados que se le enfrentaban valientemente. Así, pues, también las Cortes catalanas le reconocieron al fin como rey.

A primeros de julio llegó a Barcelona la noticia de que el Imperio había recaído en don Carlos. Mas la publicación oficial no se hizo hasta que llegó a la ciudad el duque de Baviera, hermano del elector y conde Palatino, quien entregó al nuevo emperador el despacho de los electores.

—Recibo con gran voluntad la elección que los siete príncipes electores han hecho en mi persona, y me hago cargo de cuidado tan honroso y grave por el gran amor que a nuestra patria tengo. Decid a nuestros súbditos que procuraré con toda brevedad dar término a los asuntos de España para ir a Alemania y recibir la corona del Imperio.

Luego escribió a todos y cada uno de los electores agradeciendo el honor de que le hicieron objeto. Y más tarde ordenó que en toda España se celebraran fiestas. Tanto don Carlos como sus cortesanos estaban satisfechos del rumbo que tomaban sus vidas.

De este modo, don Carlos quedaba convertido ya en rey de España, con el nombre de Carlos I, y en emperador de Alemania, con el de Carlos V.

De este modo también había comenzado una encarnizada lucha entre él y Francisco I, lucha que había de sembrar de batallas y sangre toda su vida, y que no cesaría ni aun después de su muerte.

Coronación

Desde el instante de conocer su elección, don Carlos comenzó a usar el título de Majestad, dando preferencia a su dignidad de emperador a la de rey de España, y firmando los documentos antes que doña Juana, en contra de lo que había sido dispuesto. Pero, claro, la situación había variado mucho, y había que acatar las circunstancias.

Mas el pueblo español no estaba dispuesto a acatar nada que significase rebajar sus derechos, y en seguida demostraron su descontento a don Carlos. Este descontento aumentó cuando se supo que el rey se disponía a partir hacia Alemania para ser coronado. Si ni aun había estado en todos los reinos de España, ¿cómo pretendía marcharse ya? Los nobles se apresuraron a aconsejarle que renunciara a sus sueños imperialistas y se quedara en España, que bastante honor era el poder llamarse rey de país tan noble y generoso. Pero los nobles ignoraban que don Carlos llevaba muy dentro de sí el espíritu cesarista, inspirado por su preceptor y consejero Gattinara, y que no estaba dispuesto a renunciar ni mucho menos a aquella corona que le correspondía casi por tradición familiar. Los preparativos continuaron.

Como era forzosa su marcha a Alemania, Carlos se vio imposibilitado de visitar a Valencia, donde deseaba ser jurado asimismo rey. Mandó a aquella ciudad al cardenal de Utrecht, con el ruego de que le jurasen en su ausencia. Pero Valencia no quiso ni oír hablar de ello. Si el rey había visitado Castilla, Aragón y Cataluña, Valencia no podía ser menos. No le jurarían si él no iba en persona. De esta negativa y de la imposibilidad del rey de complacer los deseos de los valencianos, nacieron las Germanías, movimiento que procuraría muchos quebraderos de cabeza a don Carlos.

Al mismo tiempo que las Germanías de Valencia nació otro foco peligroso en Toledo, secundado por otras ciudades. La cuestión era ésta. El emperador había pedido a sus súbditos el pago de diversos subsidios a fin de atender a los muchos gastos que reportaban el viaje y la coronación imperial en Alemania. Y los súbditos se negaron en redondo a facilitar tales ceremonias con su propio dinero. Nadie quería que saliera de España una sola moneda. Por todas partes brotaron rebeliones, pero Toledo era el foco principal.

Comenzaron una serie de correos entre los procuradores de Toledo y el emperador y sus consejeros que estaban en camino hacia Castilla. Pero don Carlos, que estaba

muy atareado con la preparación del viaje y sólo deseaba lograr los subsidios pedidos, no hacía caso a las exigencias de tales correos, y en la mayoría de las veces ni siquiera

quiso recibirlos. Seguía insistiendo en su petición y esperaba que los españoles, como vasallos que eran, no resistirían y accederían. Pero se equivocaba. Las rebeliones fueron en aumento.

Y aquí hay que aclarar que existía un motivo muy digno de tener en cuenta y que contribuía sobremanera a exaltar los ánimos en contra de don Carlos. Era el rey francés Francisco I, que trataba por todos los medios a su alcance de impedir que la coronación se efectuase, recibiendo y mandando correos secretos a España.

Tales propósitos llegaron a oídos del joven emperador, quien aceleró su marcha. Estando en Burgos, ordenó:

—Escribid a las ciudades para que manden sus procuradores a Santiago.

—¿Puedo preguntaros cuáles son vuestras intenciones, Majestad?

—Quiero tener unas Cortes en aquella ciudad. No olvidéis que hemos mandado aparejar una armada en el puerto de La Coruña, y Santiago nos viene de camino para llegar a nuestro destino. Es un buen lugar para hacer el último intento de convencer a los rebeldes.

Era el mes de febrero de 1520. Hacía ya ocho meses que don Carlos era emperador y aun no había podido ser coronado. Y todo por la levantisca actitud de los españoles.

—Nos urge partir cuanto antes para Alemania —decía a sus consejeros—. Las noticias que llegan desde allí no son tranquilizadoras. Parece que tanto mis súbditos españoles como los austríacos se han puesto de acuerdo para hacerme la guerra.

Y lo decía con voz triste y amarga. Porque, en efecto, también en Austria se habían levantado contra don Carlos, añadiendo estos conflictos a los que ya venían preocupándole.

—No os preocupéis, Majestad. Pronto partiremos hacia Alemania. Los procuradores no se negarán esta vez a lo que pedís — aseguó el señor de Chièvres.



Retrato de Carlos I de España y V de Alemania, por Pantoja de la Cruz. (Fotografía Cifra.)

Tanto él como los demás consejeros y fieles adictos al emperador hicieron que los procuradores que se nombrasen en las ciudades fuesen personas fácilmente domables, es decir, que concediesen lo que se les pedía sin oponer obstáculos. Y lo consiguieron. Porque, a pesar de todos los pesares, después de haber trasladado las Cortes de Santiago a La Coruña, don Carlos obtuvo el subsidio pedido. El conflicto, pues, parecía solucionado. No había motivo ya que retrasase la partida, a juicio del

rey y su corte flamenca. Así es que, en el mes de mayo, embarcaron para Flandes, cumpliendo al fin el anhelado deseo.

Para que gobernasen en su ausencia dejó el rey en Castilla al cardenal Adriano de Utrecht, en Aragón a don Juan de Lanuza, y en Valencia a don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito.

El rey sabía, aunque en su ilusión quería ignorarlo, que a su espalda quedaba una España envuelta en cientos de hogueras que se encendían en todos los corazones y que no tardarían en brillar también en calles y plazas. Pero ante él tenía la ansiada coronación, con su esplendor y solemnidad. ¿No era mucho más bella esta perspectiva que la otra? Todo ser humano respondería un sí rotundo. Y eso es lo que pensaba el joven emperador. Por eso nosotros, humanos al fin y al cabo, acompañaremos a don Carlos en estos momentos dichosos, para ocuparnos más tarde de las amarguras por las que atravesó España, dolida y lastimada en lo más hondo de su espíritu.

En aquel mes de mayo del año 1520 se navegaba con buena mar y viento propicio.

El joven Carlos permanecía con frecuencia largas

horas apoyado en la borda del navío real, contemplando cómo se avanzaban millas y millas en aquel camino rumbo a la patria. ¡Qué hermoso era saberse cada vez más cerca de la tierra que se abandonó con tanta nostalgia! ¡Qué gozo en el corazón sabiendo que se volvería a contemplar Gante, y Malinas, y Bruselas, y tantas otras ciudades, escenario de la niñez y adolescencia! ¿Para qué negar un sentimiento que en aquellos instantes desbordaba por la mirada y la sonrisa abierta de aquel emperador de veinte años? La patria se enraíza en el corazón, eso nadie puede evitarlo. Y Flandes era la patria de Carlos, de su padre, de sus abuelos, de su tía, de algunos de sus hermanos... En cambio, por entonces, España sólo significaba como la patria de su madre, de sus abuelos, de sus otros tíos y sus otros hermanos... Eso era mucho, de acuerdo, casi tanto como Flandes, pero faltaba ese casi. Y es que España no fue su cuna. Bastaba ese detalle para que la una representase mucho más que la otra.

A la llegada a Flandes le esperaban doña Margarita y el infante don Fernando, convertido en archiduque de Austria. ¡Qué grande fue la emoción que experimentó la noble dama al querer arrodillarse ante su emperador, y ver que éste se lo

impedía, rogándole a cambio le besara con aquel cariño que solía hacerlo años atrás! También don Fernando tuvo que reconocer que su hermano se mostraba amable y sencillo con él. Porque el joven emperador era así. Era bueno, generoso, sabedor del elevado destino que le estaba reservado, pero sin mostrarse altivo por ello. De no ser por los intereses que le rodeaban, con estrecho y vigilante cerco, los súbditos españoles le hubieran querido mucho antes, ahorrando así muchos sinsabores y mucha sangre. Pero la historia es complicada, y no es fácil alcanzar metas brillantes sin pasar antes por muchos pesares. Y no hay que olvidar que don Carlos fue uno de los soberanos que alcanzó más y mejores metas.

Las campanas de Aquisgrán, lanzadas al vuelo, anunciaron a los cuatro vientos que aquel día de otoño del año 1520, un día claro y luminoso, era el elegido para la solemne coronación imperial. Sonaron los clarines, retumbaron los tambores y se desplegaron los ricos estandartes. El fabuloso cortejo, algo nunca visto ni imaginado, llegaba a la catedral, donde se hallaban enterrados los restos mortales de Carlomagno. De ahí que aquel templo fuese el escenario de la coronación de todos los emperadores alemanes.

La multitud se apiñaba en las calles del recorrido. Nadie quería perderse un solo detalle. Desfilaban grandes señores, altos dignatarios, príncipes, consejeros de las ciudades, los caballeros del Toisón de Oro... Tras el mariscal que llevaba en alto la espada del Imperio, iba Carlos de Gante, montado en brioso caballo y luciendo un atavío rico en sedas y deslumbrantes joyas.

¡Viva nuestro emperador! — gritó alguien. Y cientos de voces le corearon con entusiasmo.

El emperador saludaba sonriente, enardeciendo aún más a aquellas gentes que parecían haber olvidado sus protestas y rebeliones.

Entrado ya en la catedral, repleta de caballeros, nobles y prelados, el joven Carlos avanzó con paso firme hacia el altar. Se sentía segura de sí mismo. Sabía que los ojos del mundo entero estaban puestos en la trascendencia de aquella ceremonia, y que todo el interés se centraba en su persona. Andaba lento y mayestático. Su figura erguida era digna sucesora de una dinastía ilustre. Su porte varonil era espejo de un espíritu firme que empezaba ya a abrirse camino.

Sobre las gradas del altar, Carlos se arrodilló y extendió los brazos en forma de cruz, como signo de total sumisión a Cristo. Y luego, con voz pausada y firme, pronunció los sagrados juramentos :

Juro defender a la Iglesia y a la justicia. Juro proteger a los débiles y desamparados. Juro luchar contra los infieles. Juro mantener la fidelidad a las leyes del reino. Juro la obediencia al Sumo Pontífice. Y juro solemnemente guardar los privilegios de los príncipes alemanes.

El arzobispo de Colonia se volvió a los representantes de la nobleza y del pueblo y preguntó :

—¿Queréis al rey Carlos, archiduque de Austria, conde de Flandes, y duque de Borgoña, como Emperador de Romanos?

—¡Sí, sí, sí! —respondieron a coro.

¿Y queréis obedecerle según las palabras del Apóstol? — volvió a preguntar.

—¡Sí, sí, sí! — fue la respuesta unánime.

Nobleza y pueblo sabían que aquel juramento era indisoluble, pero nadie vaciló ni un instante en pronunciarlo.

Entonces los arzobispos de Tréveris y Colonia se acercaron al emperador. Con óleo sagrado le ungieron el pecho, la cabeza, los hombros, los miembros superiores y las manos. Después le vistieron con la indumentaria de la coronación de Carlomagno, le entregaron la manzana imperial y el cetro. Y por fin el arzobispo de Colonia colocó sobre su cabeza la corona imperial alemana, la misma con la que fueron coronados los grandes emperadores en la Edad Media. Hecho esto, Carlos juró por última vez : Juro defender la ley, la justicia y la paz de la Santa Iglesia Católica. Y sentado ya en el trono de Carlomagno, recibió el homenaje de todos los presentes.

Antes de finalizar la ceremonia, el arzobispo de Maguncia se adelantó hasta el altar y dio lectura a un escrito del Papa León X, que terminaba así

«...por lo que concedo al rey Carlos el título de Rey de Romanos y Emperador electo,»

Ésta fue la consagración definitiva del nuevo emperador. Con la aquiescencia del Papa, todo el mundo le reconocía. Desde entonces, fue nombrado Carlos I de España y V de Alemania. Su blasón reunía las armas españolas junto a las de Borgoña, Flandes, Brabante, Austria y Tirol, sobre el águila bicéfala del Imperio austríaco orlada del Toisón y entre las dos columnas de Hércules con la inscripción «*NON PLUS ULTRA*».

Sería muy largo de contar el complicado protocolo que los legistas redactaron para dotar a Carlos de todos los títulos, insignias y honores que le correspondían como emperador. Baste decir que jamás soberano alguno de la Historia llegó a reunir en su persona tantos títulos, pues a fines de su reinado eran más de setenta.

El mundo comenzaba a girar a su entorno. Y Gattinara, con sus teorías imperialistas, aprovechó el momento para acabar de redondear el espíritu cesarista que había infundido a Carlos:

«Sire —le escribía—, puesto que Dios os ha concedido esta merced inapreciable, colocándoos sobre todos los reyes y príncipes de la cristiandad, en un poder que hasta ahora sólo ha poseído vuestro antecesor Carlomagno, estáis en camino de la monarquía mundial, para reunir a la cristiandad bajo un solo pastor».

Gattinara había previsto y ordenado todos los aspectos de esta forma estatal que aconsejaba al emperador. Decía que Carlos V debía ser hábil como Moisés, legislador como Justiniano, organizador como Tito y liberal como Séneca. Tampoco dejaba de aconsejarle la creación de organismos tan importantes como la Cancillería y el Consejo, y la preferencia respecto de los alemanes y flamencos en la designación de los cargos. Para reforzar los argumentos de Gattinara estaba el joven y extraordinario humanista Jorge Saueremann, que oponía al espíritu mezquino y localista de los españoles la idea del Imperio. Para él, el emperador había de ser como un rey de reyes, cabeza visible de una monarquía universal, que impusiera al mundo la idea cristiana.

Arrastrado por estas doctrinas, el joven emperador se dejaba llevar entre el aturdido ajeteo de fiestas y recepciones. Pero la verdad es que, en lo más hondo de su corazón, Carlos V estaba convencido de su propia insuficiencia. Tal vez era

éste el secreto de su invencible apatía, de su melancólica depresión, sobre la que se daban mil opiniones. Nadie se paró a pensar, sin embargo, que el emperador era sencillamente un hombre como los demás, y que el destino había colocado sobre su cabeza, con la corona imperial, una responsabilidad superior a sus fuerzas. Ya es un gran esfuerzo el suyo al no dejar que la corona cayese, sino que heroicamente procuró llevar adelante la difícil y arriesgada misión que estaba obligado a cumplir. Porque, aun sabiéndose débil para tanta carga, era consciente de su deber en la Historia.

Capítulo 5

Comunidades, Germanías y Lutero

Cuando el regente cardenal Adriano regresó a Valladolid, después de despedir a don Carlos, se enteró de que un movimiento de rebeldía había estallado en la mayoría de las ciudades castellanas.

En efecto. Las Cortes de La Coruña y sus resoluciones causaron gran indignación en el país. Los procuradores de las Cortes de aquella época no tenían libre determinación, sino que habían de defender y votar lo que la ciudad que representaban les había encomendado. Y en La Coruña, algunos habían sido traidores a su mandato.

Estallaron motines en Toledo, dirigido por Juan de Padilla; en Segovia, por Juan Bravo; en Salamanca, por Pedro Maldonado; en Zamora, por el obispo Acuña; en Ávila, en Valladolid, en Zamora, en Toro y en muchas ciudades más.

Segovia castigó con la muerte a su procurador, Rodrigo de Tordesillas. Los focos rebeldes, capitaneados por Toledo, crecían día a día. La situación era cada vez más difícil e insostenible. El cardenal de Utrecht era incapaz de contener aquella tremenda riada de descontento, aquella exaltación desmesurada de ánimos. Tanto y tanto creció la alarma, que se dio aviso al emperador, quien inmediatamente dio la orden desde Bruselas de oponer la fuerza a la fuerza. Pero ejecutar esta orden no fue nada fácil.

Como Segovia había demostrado ser la más cruel, matando a su procurador, sin atenderse a razones, el cardenal mandó contra ella al alcalde Ronquillo, famoso asimismo por su crueldad.

—Tengo que aplastar a esas gentes —gritaba Ronquillo—. No voy a dejar nada en pie.

Y así lo hizo. Porque al ser rechazado su ataque por los valerosos segovianos dirigidos por Juan Bravo, se apresuró a pedir a la ciudad de Medina del Campo su artillería, a fin de redoblar sus fuerzas. Y como la ciudad se negara a hacerlo, se encolerizó de tal modo que la mandó incendiar por los cuatro costados.

— ¡Medina del Campo sabrá de una vez para siempre quién es el alcalde Ronquillo!
— dijo.

Y la desdichada ciudad, entonces una de las más importantes de Castilla, ardió como una inmensa hoguera.

Como lógica respuesta a este acto de violencia, toda Castilla se levantó al grito de: ¡Fuera los extranjeros! Toledo mandó a todas las ciudades un aviso para que enviasen procuradores a una reunión magna que se preparaba en Ávila. En esta ciudad se juntaron, pues, los comuneros delegados de quince ciudades de Castilla y León. Se hallaban representadas todas las clases sociales, con predominio de la burguesía. Constituyeron la llamada Junta Santa «en servicio del Rey y la comunidad». Nombraron presidente a don Pedro Laso de la Vega, y caudillo de las fuerzas comuneras al toledano Padilla. Este procedió a organizar un ejército, mientras la Junta, declarándose emancipada de la autoridad del gobernador y Consejo Real, se apoderó de la administración de las rentas reales.

Para afianzar su situación, los comuneros acudieron a Tordesillas, donde estaba recluida la reina madre. En un intervalo de lucidez, doña Juana los acogió con amabilidad, escuchó atentamente y con dolor todas las quejas que le dieron, y supo con gran disgusto que su padre don Fernando había muerto, cosa que se procuró ignorarse hasta entonces, a fin de no aumentar su enfermedad.

—Retirada en este palacio, nada sabía de las amarguras por las que pasan mis reinos. —dijo—. En adelante trataré de gobernar por mí misma a mi pueblo, procurando remediar todos sus males.

Los comuneros vieron el cielo abierto con estas palabras. Al fin tendrían una reina española y podrían arrojar de su país a aquel rey flamenco que tan poco sabía comprenderlos. Pero sus proyectos fallaron. Doña Juana era inteligente y amaba a su hijo. No estaba dispuesta a perderle, colocándose al lado de los comuneros y en frente de él. Así es que se negó a firmar todo documento que pudiera utilizarse en contra de don Carlos, mejor dicho, no quiso firmar absolutamente nada. Sin duda, con esta actitud, doña Juana salvó la corona de su hijo.

No obstante su negativa, la Junta se declaró legalmente constituida. Redactó y envió un documento al rey Carlos, en el que hacía protestas de fidelidad a cambio de que accediera a una serie de peticiones análogas a las ya solicitadas en las Cortes de Valladolid y Santiago.

El emperador obró en aquella ocasión con gran habilidad y rapidez. Nombró adjuntos del regente para el gobierno de Castilla al condestable don Iñigo de Velasco y al almirante don Fadrique Enríquez. Escribió también dispensando del pago de los subsidios votados en Cortes a las ciudades que se hubieran mantenido fieles al Gobierno y a las que se le sometieran en lo sucesivo. Prometió que no se darían empleos a los extranjeros, y aseguró que pronto regresaría a España. Toda esta serie de medidas halagó a la nobleza, de la que buena parte se había puesto al lado de los comuneros, y entonces llegó el momento de que abandonara la rebelión. Las envidias y ambiciones personales quebrantaron la unión de los sublevados, siendo nombrado nuevo jefe del ejército don Pedro Girón, y retirándose Padilla, disgustado, a Toledo.

A medida que se afianzaba el poderío de las Comunidades, tomaban cierto carácter antiseñorial, amenazando con derivar en las funestas luchas de la Edad Media. Motivó esto que varias ciudades se apartaran del movimiento rebelde, principalmente las andaluzas, las vascongadas y otras regiones que, como Galicia, se federaron en un movimiento anti—comunero, de fidelidad al rey. Unido esto a los trabajos que en este sentido hacía el Consejo Real, a los celos que inspiraba la Junta por sus extralimitaciones, y a las desavenencias surgidas en su seno con motivo de la destitución de Padilla, la rebeldía se vio rodeada de peligros.

El Consejo Real se reconstituyó y organizó un ejército, compuesto en su mayor parte de nobles, con sus criados y vasallos, y caballeros de las órdenes militares. Y así comenzaron las escaramuzas con el ejército de los comuneros.

La impericia o la traición de Pedro Girón hizo que los realistas se apoderaran de Tordesillas, donde los comuneros habían instalado su cuartel general, amparados en la sombra de doña Juana. Desesperados por este aplastante fracaso, volvieron a llamar a Padilla para restituirle en su puesto de jefe del ejército.

Padilla consiguió algunos éxitos. Se apoderó de Torrelobatón, pueblo cercano a Tordesillas. Y se preparó para reconquistar esta última fortaleza. Pero el día 23 de abril de 1521 tropezó con las tropas realistas en Villalar, a unas tres leguas de Torrelobatón, en el camino de Toro. Y allí se dio la gran batalla.

Las lluvias primaverales habían convertido los campos en barrizales, haciendo más dura la pelea. La infantería comunera, maltrecha y cubierta de barro y sudor, se

desmoralizó ante el feo cariz que para ella tomaba la batalla. Y comenzó la desbandada, batiéndose en retirada. La artillería tampoco podía maniobrar con eficacia, debido a la dificultad que ofrecía el terreno. Mas las tropas del emperador, enardecidas por la victoria que casi tenían en la mano, no cejaban en su empeño de abatir totalmente a los rebeldes, y cargaban furiosamente contra ellos.

— ¡Santiago y libertad! — gritaba Juan de Padilla, tratando de reanimar a sus huestes desvalidas y de obligarlas a arremeter contra la caballería enemiga, que parecía dispuesta a arrollarlos.

Pero todo era inútil. Las tropas reales los acorralaron y los destrozaron en aquella batalla de Villalar, que fue memorable en la Historia española. El toledano Juan de Padilla, el segoviano Juan Bravo y Pedro Maldonado, que mandaba las tropas de Salamanca, cayeron prisioneros. Los tres, como responsables principales de haber acaudillado la rebelión, fueron ejecutados a la mañana siguiente, en el mismo pueblo de Villalar.

Se dice que cuando los reos eran conducidos al patíbulo, el pregonero iba gritando, según era costumbre en la época:

—Esta es la justicia que mandan hacer Su Majestad y su Condestable en su nombre, a estos caballeros, mandándolos degollar por traidores.

—Mientes tú y aun quien te lo manda decir — replicó Juan Bravo, en un arranque de furia incontenida.

—Señor Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballeros y hoy de morir como cristianos — sentenció Juan de Padilla, conservando su espíritu de justicia y lealtad.

Los tres cabecillas murieron. Y este fabuloso desastre desanimó por completo a las ciudades, que una a una fueron capitulando. Lo hicieron todas menos Toledo, donde se resistía doña María Pacheco, viuda de Padilla, mujer valerosa y enérgica, que tomó por su cuenta la rebelión comenzada por su esposo, a instancias suyas. La porfía fue larga, porque doña María se mostró en todo momento decidida y valiente. No estaba dispuesta a ceder, y sí a vencer costase lo que costase. Parecía un auténtico capitán. Mas a pesar de su extraordinario valor y coraje, doña María Pacheco se vio vencida y arrojada de la ciudad, el día de San Blas, año 1522. La desdichada mujer escapó huyendo hacia Portugal. Abandonó Toledo montada sobre un asno, vestida como una sencilla labradora y llevando unos patos en las manos.

Todas las precauciones para no ser reconocida eran pocas. Porque si alguien daba con ella, sería degollada como lo fue su marido.



Los comuneros vencidos en la batalla de Villalar por las tropas reales. (Obra de Pícolo López.) (Fotografía Mas.)

Con su marcha a Portugal, desterrada para siempre, abatida y en perpetua desventura, doña María Pacheco acabó lejos de su patria sus días. Toledo se rendía así también a las armas del emperador, llegando de nuevo la paz a Castilla.

Simultáneamente con las Comunidades nacieron en Valencia y Mallorca las llamadas Germanías, que tenían un carácter distinto del de sus compañeras.

Las Germanías eran unas hermandades de menestrales, a los que se había autorizado para poseer armas para defenderse de los piratas berberiscos que atacaban las costas levantinas. El odio de estos menestrales contra la nobleza, a la que acusaban de tremendos abusos, se manifestó con motivo de la salida de Valencia del virrey don Diego Hurtado de Mendoza, otras autoridades y la casi totalidad de los nobles, huyendo de una epidemia que se había declarado en la ciudad.

— ¿Es que son mejores ellos que nosotros? — preguntaban furiosos. — ¿Es que ellos tienen el privilegio de salvarse, mientras nosotros morimos como perros, atacados por la epidemia? — gritaban.

Y aprovechando este general descontento, los agermanados se hicieron dueños de la ciudad, para cuyo gobierno crearon una Junta, llamada «de los Trece», presidida por el cardador Juan Lorenzo.

Se cometieron actos horribles de violencia. Los sublevados estaban bien organizados y muy bien armados. Por eso la guerra resultó más sangrienta y difícil, hasta el punto que se dice que, entre ambos bandos, murieron en aquellos sucesos más de diez mil personas.

Diego Hurtado de Mendoza reorganizó sus tropas en Denia con refuerzos que le llegaron de Castilla, y logró recobrar la capital. Pero los agermanados, concentrados en Alcira, dirigidos por Vicente Peris, dieron un golpe de mano sobre Valencia, desarrollándose en las calles de la ciudad una terrible lucha en la que al fin los insurrectos fueron vencidos por las tropas reales.

Sin embargo, todavía prosiguieron la resistencia en Játiva, excitados por un personaje misterioso que pensaba sacar buen partido de aquella tremenda barahúnda y de la candidez de los sublevados. ¿Que quién era el tal personaje? Le llamaban el Encubierto, porque sabía crear la leyenda a su alrededor cubriéndose el rostro con un antifaz. El mismo se decía hijo del príncipe don Juan, el primogénito de los Reyes Católicos, cosa que era del todo imposible y que sólo unas mentes ofuscadas por la exaltación podían creer. La cabeza fue puesta a precio, y sus mismos partidarios le asesinaron, al darse cuenta por fin de que habían sido víctimas de un engaño.

Sometidas finalmente Játiva y Alcira, terminó la guerra de las Germanías de Valencia, casi al mismo tiempo que la de las Comunidades de Castilla.

Las Germanías de Mallorca protestaron contra el mal gobierno y administración de las autoridades reales, degenerando esta protesta en una sublevación contra la nobleza, de igual carácter que la de Valencia. Los menestrales y payeses, dirigidos por uno de los primeros, llamado Juan Odón, se hicieron dueños de toda la isla, excepto de la plaza fuerte de Alcudia. Una vez restablecida la paz en Valencia, las fuerzas reales recobraron la isla, después de la conquista de su capital, la ciudad de Palma.

Por fin reinaba la paz por completo en toda España. Ni Comunidades ni Germanías eran ya preocupación para el emperador, que seguía en Alemania. Pero todos los

sublevados, los que tuvieron la inmensa suerte de sobrevivir a las horribles batallas, temían la vuelta de don Carlos, esperando las represalias que tomaría para castigar su osadía.

Mas todos estos temores eran infundados, porque el emperador, generoso hasta el máximo, otorgó un perdón general.

Lutero

La intensa y agitada vida de Carlos I de España y V de Alemania, cuya atención debía dividirse en cien asuntos distintos y a cual más importante, nos obliga a saltar con frecuencia de un país a otro y de un año a otro, a fin de seguir con cierta regularidad su existencia. Nuestra fiel aliada, la imaginación, nos ayudará en esta tarea. Y gracias a ella, nos trasladamos a Alemania y volvemos atrás en el tiempo.

Una cuestión importantísima en la vida del emperador, que le ocupó buena parte de su tiempo, fue la llamada Reforma protestante.

Efectivamente. La relajación de costumbres y el lujo de la corte romana tenían escandalizados a los varones de probada virtud. De este descontento, como siempre ocurre, se aprovechó un fraile agustino llamado Martín Lutero, para rebelarse contra la Santa Sede. Más tarde, la violencia de su carácter rebelde y duro le hizo atacar el dogma y caer en la herejía.

Lutero era hombre inteligente, de voluntad indomable y carácter irascible. Era hijo de un minero de Eisleben. Se elevó por su propio esfuerzo y, después de profesar en la Orden de los agustinos, éstos lo designaron profesor de la Universidad de Wittenberg por su erudición y su elocuencia ruda y apasionada.

Por aquel tiempo, año 1517, el Papa León X dispuso la predicación de una Bula de indulgencias, cuyo producto se destinaba a la continuación de las obras de la basílica de San Pedro de Roma. Contra la costumbre, fue encomendada su predicación en Alemania a los dominicos, y los agustinos, a quienes tradicionalmente se adjudicaba, se sintieron defraudados y encargaron a Lutero la defensa de sus pretendidos derechos.

Lutero comenzó atacando el procedimiento de predicación de las indulgencias. Pero, poco a poco, en la violencia de la polémica, acabó atacando el derecho del Pontífice a concederlas y combatió al final el dogma católico, estableciendo sus puntos de

vista en las noventa y cinco tesis que fijó en la puerta de la catedral de Wittenberg. Sus doctrinas fueron acogidas con entusiasmo por parte del pueblo y de los príncipes alemanes, a quienes lisonjeó desde el principio y que, al apoderarse después de los bienes de la Iglesia, se unieron a él por interés material.

En un principio, el Papa no concedió importancia al asunto, pero viendo el cariz que tomaba, envió como mediador al cardenal Gaetano.

Más Martín Lutero, fiel a sus principios, se negó a retractarse, y el Pontífice no tuvo más remedio que excomulgarlo por bula. Era el año 1520.

Lejos de amilanarse ante situación tan gravísima, Lutero quemó la bula de su excomunión en la plaza pública, con gran regocijo de la canalla, que aclamaba como héroe al que no era más que un hereje. Desde aquel instante nació en Alemania una secta que extendió rápidamente su influencia a varios países de Europa central y occidental.

Coronado Carlos V en Aquisgrán y, deseando restablecer la paz interna de sus nuevos estados, deber ineludible que le obligaba como emperador y como defensor de la Iglesia católica, convocó la Dieta de Worms. Fue ésta la primera de su reinado en Alemania.

—Escribid a Martín Lutero, citándole para esta Dieta — ordenó el emperador.

—Majestad, ¿estáis seguro de lo que hacéis? — preguntaron temerosos algunos cortesanos.

—Completamente —afirmó categórico don Carlos—. Además, prometedle que, cualquiera que sea el resultado de la Dieta de Worms, él podrá retirarse sano y salvo.

Quisieron insistir los prudentes, haciéndole ver que era peligrosa la influencia de aquel arrebatado hereje. Pero Carlos V insistió en que debía cumplirse su orden. Y Martín Lutero acudió a la llamada.

En Worms se encargó al arzobispo de Tréveris, Juan Ekió, que se entendiese con él en presencia del emperador y príncipes alemanes, la mayoría de los cuales eran luteranos adictos y convencidos.

—Para sólo dos cosas, Martín Lutero, ha querido Su Majestad el emperador, nuestro señor, que vinieses personalmente a su presencia imperial. La primera, para que ante Su Majestad Cesárea reconozcas cuáles y cuántos son los libros que has escrito

y publicado hasta hoy, y digas libremente si son tuyos todos los que andan por el mundo intitulados de tu nombre. Y la segunda, para que después que los hayas reconocido digas claramente si quieres afirmar lo que en ellos dices o si quieres revocar alguna cosa de lo que en ellos afirmas.

Y diciendo esto, Juan Ekio le mostró una larga lista, en la que constaban los títulos de todos los muchos libros que circulaban con la firma del hereje.



Retrato de Martín Lutero, por Lucas Kranac. (Gallería degli Uffizi, Florencia.)

—No puedo dejar de reconocer por míos todos estos libros —respondió con osadía Lutero—. Confieso haberlos escrito, y no lo negaré jamás. En cuanto a lo que se me

pregunta si quiero revocar algo de lo que en ellos digo, pues el negocio es tan arduo y tal que se trata en él de la salud y vida de las almas y de la fuerza de la palabra de Dios, temeridad sería muy grande mía responder a lo que siento sin considerar primero lo que me conviene decir. Pido que se me dé tiempo para deliberar, que yo responderé conforme viere que conviene a la salud de mi alma y a la honra de Dios. Se hizo consulta, y al fin Juan Ekio le dijo:

—Bien entendido tiene Su Majestad, y todos estos príncipes con él, que sabías tú, Martín Lutero, a lo que venías a esta Corte. Y todos creen que traes bien pensada la respuesta, por lo que no hay necesidad de darte tiempo para pensarla de nuevo. Pero con todo eso, Su Majestad, usando contigo de su acostumbrada clemencia, dice que durante veinticuatro horas te recojas y determines lo que vieres que te cumple. Vendrás aquí mañana, a estas horas. No traigas cosa ninguna por escrito. De memoria podrás decir todo lo que quisieres.

Al día siguiente, según lo convenido, fue requerido a contestar sobre su determinación. Lutero comenzó una de sus famosas pláticas. Estuvo hablando más de dos horas, sin haber llegado a nada concreto, escandalizando, sin embargo, a los católicos presentes con sus herejías. Juan Ekio le atajó por fin y le pidió contestase sin más rodeos a lo que se le había pedido el día anterior.

—Ni quiero ni puedo revocar cosa de cuantas tengo dichas hasta hoy, ni lo haré hasta tanto que alguno me convenza con testimonio de la Sagrada Escritura y con razones vivas, sin alegarme autoridades del Papa ni de los concilios. Yo no los creo, porque yerran y se contradicen muchas veces. Y puesto que no puedo seguramente creer contra mi conciencia, tampoco puedo, ni quiero, hacer otra cosa contra ella. Dios me ayude. Amén.

—Respuesta es ésta, Lutero —le respondió Juan Ekio—, harto más descomedida y soberbia de lo que a tu persona y hábito conviene. Sé que si tu quisieras ahora retractarte de tus escritos, Su Majestad ordenaría que dejáramos de perseguirte. Pero tú sólo quieres porfiar, resucitando los errores que ya la Iglesia católica condenó en el Concilio de Constancia. Y quieres en buena hora que te convenzan a ti solo con las Escrituras. Desvarías, Lutero. Vuelve en ti. Mira lo que dices. ¿A qué propósito quieres tú que disputemos sobre la verdad de lo que la Iglesia ha determinado desde hace tantos años?

—Mi conciencia me dice otra cosa. La tengo cautiva, y no la puedo sacar de los lazos en que está metida desde hace días, ni la sacaré si no es de la manera que he dicho. No me pidáis que revoque lo que ya una vez he dicho y escrito, que no lo haré nunca.

Entre preguntas y respuestas llegó la noche sin haber solucionado la espinosa cuestión. Y así transcurrieron los días sin conseguir que el hereje se retractara, a pesar de todos los esfuerzos.

Finalmente, ante la inutilidad de los intentos, el emperador redactó un edicto condenando a Lutero.

«Declaramos a Martín Lutero por miembro ajeno y apartado de la Iglesia, obstinado, cismático y notorio hereje. Y mandamos y determinamos que, como a tal, todos en general y en particular le tengan, y que ninguno pueda recibirle, ni ampararle, ni defenderle, ni sustentarle, ni encubrirle, ni favorecerle en hecho ni en dicho, ni por escrito, so pena de incurrir en crimen de «lesa majestad», y gravísima indignación nuestra y del Sacro Imperio, y de perdimiento de bienes, feudos y dominios, y de las gracias y privilegios que de nos y del Sacro Imperio dependen, que hasta ahora hayan tenido ellos o sus antecesores en cualquier manera, y de destierro y otras penas.»

También ordenó en tal edicto que, pasado el término de veinte días, se le podía perseguir y apresar dondequiera que fuese hallado, así como a todos sus secuaces. Tampoco se podía comprar, leer, tener, vender, escribir, imprimir, defender, disputar ni predicar ninguno de sus libros y escritos, bajo las mismas penas ya enumeradas. El edicto era muy extenso, y en él se daban muchas más órdenes, que dejaban a salvo la buena intención y plena voluntad del emperador.

Cumpliendo su promesa, don Carlos dejó partir al hereje, quien se refugió en el castillo de Watsburgo, del que era propietario su gran amigo el elector de Sajonia. Allí se dedicó a traducir la Biblia al alemán, escribiendo además infinidad de folletos con el seudónimo de «El Caballero Jorge», que la imprenta, recién inventada, difundió por toda Europa.

De momento, Lutero desaparece de la vida del emperador, aunque no totalmente. Años después, reaparecería de nuevo con más bríos y fuerzas, para pena y dolor de don Carlos, paladín de los cristianos.

Capítulo 6

Vuelta a España y Pavía

Estando el emperador en la Dieta de Worms, murió Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo y cardenal, que desde Lovaina había acompañado a Su Majestad hasta Worms. Era el mes de enero de 1521. Tenía tan sólo veintitrés años. Fue sepultado en Lovaina, en la iglesia de San Pedro.

El emperador sintió mucho esta muerte, porque siempre consideró buen amigo al prelado, aunque esta amistad le reportó serios disgustos con sus súbditos españoles, como ya sabemos.

La vuelta a España de don Carlos ya se hacía precisa, pero antes de hacerlo tenía que solucionar varias cuestiones de las muchas que le abrumaban.

Para ganarse el favor de su hermano Fernando le cedió el ducado hereditario de Austria. Además, llamándole a su presencia le dijo:

—Sabéis, hermano mío, que nos urge regresar a España, porque no es bueno permanecer tanto tiempo alejado de nuestros reinos. En nuestra ausencia de Alemania, hemos pensado en vos para que nos representéis como regente. Creemos que nadie mejor que vos sabrías desempeñar tan difícil misión.

Agradezco vuestra bondad, mi hermano y señor, y procuraré ser digno de ella, gobernando este Imperio con la fidelidad que vos merecéis.

Estamos seguros de ello —afirmó el emperador—. Y otra cuestión debemos resolver antes de nuestra partida de Alemania. Vuestra boda con la princesa Ana Jagellón, hermana del rey Luis de Hungría.

Se celebrará en cuanto vos dispongáis —replicó obediente don Fernando, que realmente se sentía satisfecho de la perspectiva que tenía ante sí como regente de Alemania.

Su boda con Ana se celebró inmediatamente en Austria. Realizó la ceremonia con su augusta presencia el propio emperador. Con tal matrimonio, así como con el de la infanta doña María, que casó con el propio Luis de Hungría, la influencia de Carlos se extendía hasta aquel reino cristianísimo.

Tiempo después el rey Luis murió, y el archiduque don Fernando le sucedió.

En el vaivén de sinsabores que llovía sobre el emperador hubo uno que le abatió muchísimo. El 18 de mayo, precisamente por las fechas que el archiduque Fernando contraía matrimonio, murió el gran privado del emperador, Guillermo de Croy, señor de Chièvres, siguiendo por poco tiempo a su sobrino.

España se veía libre al fin de la presencia de tan ambicioso personaje, que sólo deseaba, al parecer, apoderarse de los buenos ducados que poseía el reino español. Pero justo es decir que con su muerte desapareció de la vida del emperador un personaje importante, que supo aconsejarle siempre con inteligencia, procurando dejarle firme en sus reinos y en paz y amor con todos los príncipes de la Cristiandad. No fue sólo ambicioso, sino que también hizo grandes obras.

Fue sepultado con su mujer, muerta antes, en la capilla mayor del monasterio de los celestinos de Heverlé, cerca de Brabante.

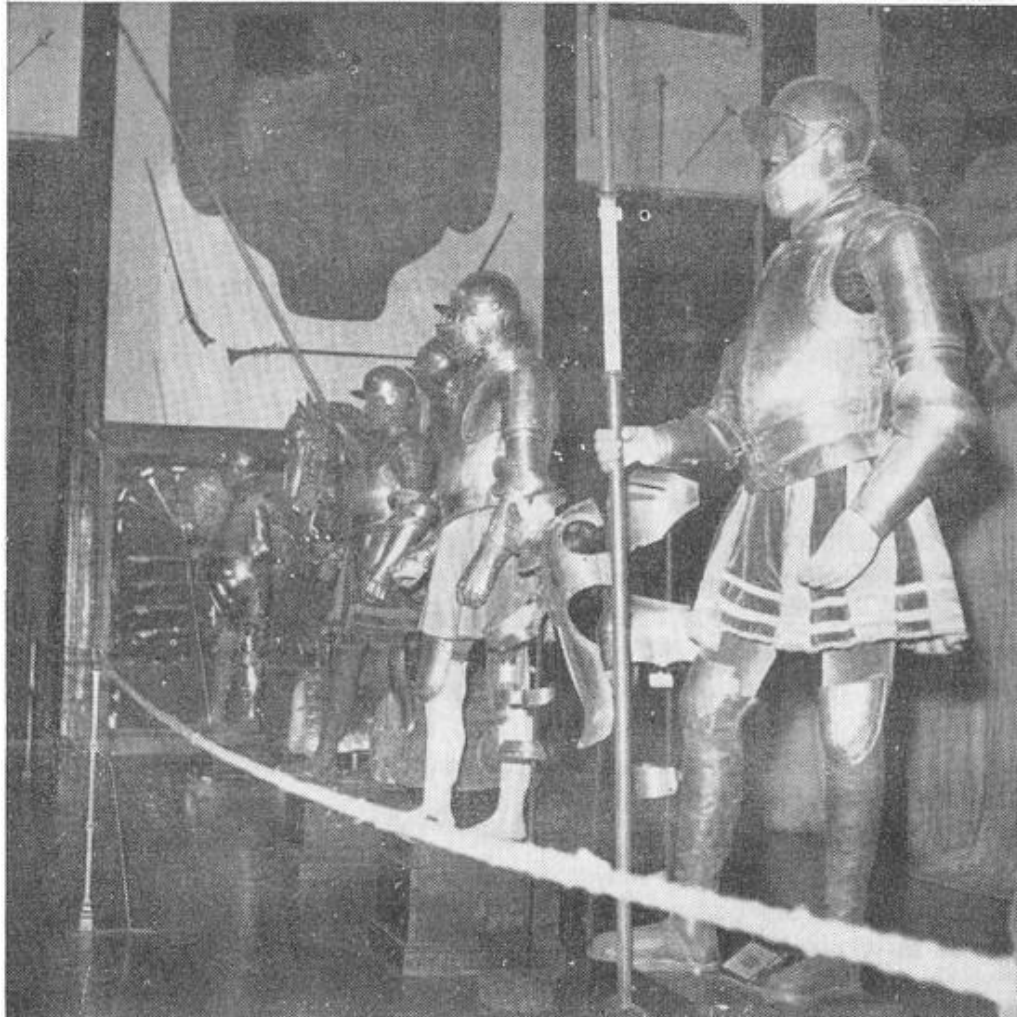
Es muy posible que si el señor de Chièvres no hubiera muerto tan pronto, las guerras entre el emperador y Francisco I no habrían comenzado en seguida, porque él siempre fue amigo de la paz y procuró que Carlos se sustentara firmemente en ella. Pero el destino tiene trazado sus planes, y nada puede variarlos. Estaba escrito que el emperador debía sufrir las calamidades y glorias de una guerra tras otra contra su implacable enemigo. El señor de Chièvres debía desaparecer de la escena. Y desapareció.

Carlos V deseaba regresar a España. Sabía que su presencia era muy necesaria para acabar de aplacar los ánimos que tanto se exaltaron en las pasadas revueltas. Pero los conflictos se sucedían sin que pudiera lograr sus propósitos. Estos conflictos tenían como principal protagonista a Francisco I, que ya se había lanzado a la ofensiva. Mas dejemos a un lado estas guerras, de las que nos ocuparemos más adelante con toda clase de detalles, y supongamos que se hace un alto en el fuego, alto que permite al emperador cumplir su deseo.

En efecto. El 24 de mayo de aquel año 1522, partió de Bruselas, camino de Calais, en donde había preparada una armada de ciento cincuenta navíos y un ejército de cuatro mil alemanes o tudescos que le acompañarían en su viaje a España.

Ya sabemos que, antes de partir, hizo saber a su hermano don Fernando, archiduque de Austria, que le dejaba como regente o vicario del Imperio de Alemania. Antes de partir también, notificó a su tía doña Margarita que quedaba

nombrada como gobernadora de los Estados de Flandes, empeño en el que desde hacía años venía destacándose por su inteligencia y saber.



Armaduras y arneses de guerra de Carlos V. (Fotografía Cifra.)

Flandes os es país muy conocido, señora, y nadie como vos para regir sus destinos — le dijo. —He de poner en ello mi mejor voluntad, Majestad.

Gracias, querida tía. Nuestro viaje gozará de gran tranquilidad sabiendo que aquí quedan personas de nuestra sangre y nuestro cariño que velan por los intereses del emperador.

—Así será, señor.

Y desde luego, Carlos V abandonó con cierta paz su Imperio, aunque con la nostalgia sabida, porque de nuevo se veía obligado a abandonar la patria. En el fondo de su corazón estaba satisfecho. Había conseguido una situación ventajosa para todos los miembros de su familia. Como jefe absoluto de la casa de Habsburgo parecía haber resuelto los problemas anexos a tal cargo. Pero aun le quedaban algunos que irían surgiendo con el paso del tiempo.

Carlos decidió volver a España pasando antes por Inglaterra, con el fin de visitar a sus tíos Enrique VIII y Catalina, que mucho le querían y con los que tenía concertada alianza contra Francisco I.

Las fiestas que se le hicieron en Inglaterra fueron tan fastuosas que resultan imposibles de describir. Arcos triunfales, figuras, medallas, pinturas, flores, luces... Un derroche de lujo e ingenio.

La alianza con el poderoso Enrique VIII era la ayuda con la que contaban Carlos V y Francisco I. Y el inglés, que era muy ladino, las concertó con ambos reyes por separado, sacando de esta duplicidad buenos negocios. Cuando el emperador lo supo, no dio tregua hasta ganarse para su causa al cardenal Wolsey, primer ministro inglés.

Permaneció en Inglaterra todo el mes de junio. Una vez bien concertada la alianza, sin temor a una traición, Carlos V partió de la isla el 5 de julio. Y el día 16 desembarcaba ya en Santander.

España se hinchó de gozo con la llegada del emperador. Y reinó mucha más alegría cuando se supo que Carlos traía desde Alemania una cantidad incalculable de artillería para reforzar los reinos que estaban faltos de tal elemento. El paso de la fabulosa caravana por las distintas ciudades era acogido con muestras de entusiasmo y vivas al emperador.

El condestable y el almirante, corregentes con el cardenal, que estaban en Vitoria, se apresuraron a recibir al emperador, para besarle las manos y ofrecerle sus respetos. Carlos los acogió con bondad y con el honor que merecían. A quien no pudo ver, y a fe que le dolió mucho, fue al cardenal Adriano, porque en el tiempo de su desembarco en Santander, el prelado embarcaba en Tarragona, rumbo a Italia, para ser coronado Pontífice con el nombre de Adriano VI. Este nombramiento de Papa, que podía ser favorable para Carlos, al ganar un buen aliado en Roma, no fue

así, porque dos años después, el Papa moría, perdiendo de este modo el emperador un buen amigo y un excelente consejero.

Carlos se puso inmediatamente en camino hacia Valladolid, en donde deseaba aposentarse al fin, para tratar de los problemas de estos reinos. El paso de la comitiva regia era fantásticamente acogido, pero había muchos que, temerosos por haberse sublevado en las Comunidades, se escondían, queriendo escapar del castigo que bien merecido tenían. Pero la paz reinó en todos los ánimos cuando el emperador decretó el perdón general, gesto que alborozó y agradó mucho a los españoles.



El cardenal Adriano de Utrecht, preceptor y consejero del emperador, coronado Papa con el nombre de Adriano VI. (Grabado de G. Bouttats. Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

Estando ya en Castilla, tuvo noticia el emperador de que su hermana, la reina doña Leonor, había quedado viuda. Queriendo tenerla cerca de sí, en momentos en los que el dolor podía hacer presa del corazón de la joven reina, Carlos mandó a Portugal al conde de Cabra, al obispo de Córdoba y al doctor Cabrero, para que la

escoltasen desde aquel reino hasta España. Y su real orden fue cumplida, volviendo a estar juntos Carlos y Leonor, unidos en aquel amor fraterno entrañable que nació en la infancia, en Malinas.

La entrada en Valladolid del emperador fue triunfal. Una de las jornadas más solemnes vividas hasta entonces en España. Grandes y señores de Castilla, eclesiásticos y seculares, todos rindieron su vasallaje humilde al joven Carlos I de España.

Poco después de llegar a Valladolid, el emperador fue a visitar a su madre en Tordesillas. Fue una visita corta, porque la reina no estaba de demasiado buen humor en aquellos días, por lo que Carlos esperó para más adelante el tener importantes conversaciones con ella.

Con la muerte del señor de Chièvres, a quien le sustituyó el duque de Borbón, y la marcha del cardenal Adriano, con su pronta muerte, la influencia de los antiguos consejeros quedaba reducida a la de Mercurino Gattinara. Este gran político cesarista seguía trabajando incansable en la consecución de su obra. Era inagotable su resistencia al escribir, con ágil pluma, innumerables disposiciones, informes, misivas y memorias que iban pasando por los ojos del emperador y construyendo sus propios conceptos.

Gattinara conocía perfectamente la psicología de su dueño y señor, y emitía su parecer sobre la marcha del Estado, con humilde respeto, frases suaves y conceptos tajantes. Observaba prudencia en la conducta, discreción en las palabras, tacto especialísimo en los asuntos de Hacienda, distribución del trabajo a los consejeros, quienes presentaban al emperador las cuestiones graves, librándole de la abrumadora avalancha de los asuntos de trámite. Pero de todas las virtudes que adornaban a tan inteligente varón, ninguna como la excelsa habilidad de situar su influencia tan en segundo término que la propia Historia no ha llegado o reconocerla debidamente. Y mucho menos el emperador, que llegó a estimar su carácter propio como exclusiva obra de su voluntad.

Con estas nuevas iniciativas reales y la nueva conducta respecto a España, Carlos I se ganó en este segundo viaje el afecto de sus súbditos españoles. Lejos de él las influencias perversas y ambiciosas, supo llegar al corazón noble de España. Los españoles obtuvieron al fin puestos importantes en el Gobierno, en las embajadas y

en los ejércitos. Una unión nació entre el emperador y sus vasallos, unión que convertiría a España en el reino predilecto de Carlos, y a éste en uno de los reyes más gloriosos de nuestra Historia.

Pavía

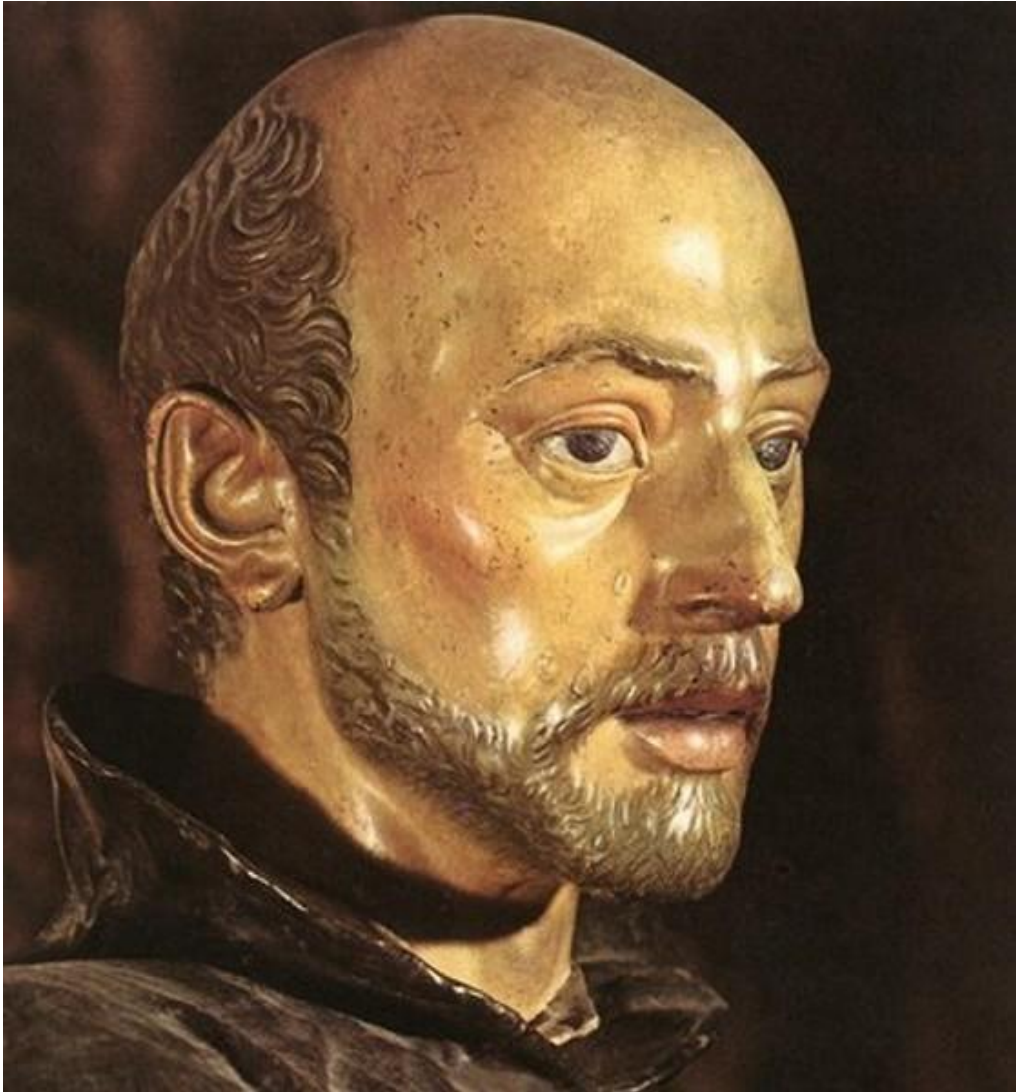
La máxima ilusión de Carlos I era imponerse a Europa, tal vez respondiendo a la influencia cesarista de Gattinara. Pero su política se vio fatalmente contrariada, primero por la rivalidad del rey de Francia, y segundo por la actitud hostil de los príncipes alemanes.

La rivalidad franco—española, con sus tremendas luchas, llena por completo la historia de Europa de aquel tiempo. Las causas de esta rivalidad son muchas. Entre ellas, el haber aspirado ambos al Imperio alemán, gastando Francisco I en aquella elección más dinero que nadie, por lo que el fracaso resultó aún más amargo. Otra causa era el alegar ambos derechos sobre el ducado de Milán y sobre Flandes y Borgoña, que era feudo francés. Otra era la protección que Francisco I dispensaba a Enrique de Albrit, pretendiente al trono de Navarra. Y por encima de todas las causas, el aspirar ambos a la hegemonía de Europa.

El francés veía con espanto que a su alrededor se cerraba el anillo de las posesiones del emperador, sin posible escape. Carlos I era mucho más poderoso, pero sus fuerzas estaban desparramadas, debido a la heterogeneidad de sus Estados y a la infinidad de problemas que tenía que atender. En cambio, el Estado francés se mantenía compacto y homogéneo en el centro de los dominios imperiales. Los poderes quedaban así equilibrados.

En 1521, con el pretexto de apoyar las pretensiones de Enrique de Albrit a la corona de Navarra, Francisco I comenzó las hostilidades. Los franceses invadieron la península, consiguiendo apoderarse de Pamplona. En la defensa heroica de esta plaza destaca un hecho que fue importantísimo para la Cristiandad. Se distinguió por su valor cierto oficial de artillería llamado Migo López de Recalde. En uno de los ataques impetuosos de los franceses fue herido en una pierna y se vio obligado a retirarse a la retaguardia, donde permaneció varios meses convaleciendo. En las largas meditaciones a que se habituó en la forzada inactividad, el joven Migo, hombre extraordinario como pocos, concibió la fundación de lo que había de ser la

universal y ejemplar Compañía de Jesús. Porque aquel Migo López de Recalde no era otro que el conocido mundialmente por San Ignacio de Loyola.



*«San Ignacio de Loyola», fundador de la Compañía de Jesús, antes valeroso oficial de las tropas reales, Íñigo López de Recalde. (Escultura de M. Montañés.)
(Fotografía Mas.)*

Pues bien, siguiendo con el relato, los franceses, una vez en posesión de Pamplona, continuaron su camino llegando hasta Logroño, donde fueron batidos por las tropas reales, a las que se unieron patrióticamente las milicias de los comuneros vencidos en Villalar. La derrota gala fue en Noaín, viéndose obligados a retroceder y pasar la

frontera. Pero el ímpetu francés no desmayó. Poco después, invadió de nuevo España y llegó a cercar y apoderarse de Fuenterrabía y otras plazas.

Carlos I, lejos de España, contemplaba con desesperación el avance francés en tierra española. Temblaba por sus súbditos. Y decidió obrar con fina diplomacia. Formó una coalición con el Papa León X, Florencia y el marqués de Mantua. Este ejército atacó Milán, cuyo gobernador tuvo que rendirse ante la implacable invasión, conquistando así el Milanésado a los franceses, vencidos en la batalla de la Bicoca.

Al mismo tiempo que sucedía esto, el condestable de Borbón, príncipe francés, para vengarse de ciertas injurias recibidas de Francisco I, ofreció sus servicios al emperador, que éste aceptó. El condestable, uniéndose al marqués de Pescara, héroe de Bicoca, invadió la Provenza. Pero tuvo que retirarse fracasado frente a Marsella, mientras que los soldados españoles e italianos rechazaban con furia un ejército francés enviado para recuperar el Milanésado.

Pero esta guerra estaba costando al emperador inmensas fortunas, y las arcas se vaciaban con una rapidez pasmosa, hasta el punto que la más espantosa penuria le amenazaba. Carlos I estaba abatido y angustiado, a pesar de los sucesos alegres que le rodeaban, pues por aquella época regresaba él a España, siendo acogido con entusiasmo, como ya hemos dicho.

Vino a unirse a este dolor de ver a sus ejércitos y reinos amenazados por el tremendo peligro de Francia la noticia de la muerte de su antiguo consejero, el papa Adriano VI. Le sucedió en la Silla Pontificia Clemente VII, florentino, de la familia Médicis, acérrimo partidario de Francisco I, con lo que Carlos I perdió un aliado importante. Todo parecía estar en su contra. A pesar de ello, su genio batallador no se daba por vencido, y continuaba en la brecha.

El emperador mandó refuerzos a Fuenterrabía para que intentasen recuperar la plaza. Parece que los navarros cobraron con ello nuevos ánimos, y después de varios golpes certeros, la reconquistaron, obligando al capitán Frange, al frente de su derrotada tropa, a regresar a Francia, sin alientos para poder disparar ni un solo cañonazo.

— ¡Estos españoles son unos diablos, majestad! — se excusaba el capitán francés responsable de la derrota.

Pero Francisco I, furioso por tan humillante retirada cuando ya creía tener un pie firme en la península, le mandó castigar públicamente, degradándole de todos sus cargos y convirtiéndole en plebeyo.

Tras el triunfo de Fuenterrabía y la derrota aplastante sufrida en Marsella por el condestable de Borbón y el marqués de Pescara, hubo en la corte un nuevo casamiento, que vino a reafirmar una vez más el lema habsburgués, Fue la infanta doña Catalina, hermana menor del emperador, que contaba sólo diecisiete años, la que casó con el rey don Juan III de Portugal, quien había subido al trono a la muerte de su padre el rey Manuel, esposo de doña Leonor.

Carlos I mandó al duque de Béjar y a fray Diego López de Toledo para que acompañasen a la joven reina hasta Portugal, donde sería recibida por el que ya era su esposo. Su boda fue muy celebrada por la Cristiandad. Ocurrió a fines del año 1524.

Lo más doloroso de esta ceremonia fue la despedida de la ya reina de su madre doña Juana.

—No concibo por qué han de separarte de mí, hija — se dolía la reina enferma.

Las razones de Estado así lo exigen, señora — respondía la dulce niña.

Tú eres la única hija que ha vivido siempre a mi lado, que ha soportado las fatigas de mi enfermedad, que ha sabido alegrar mis espantosas horas de soledad en este retiro. No es justo que ahora nuestro dueño y señor haya decidido casarte y alejarte de mi lado.

—El emperador es bueno y ha sabido elegir un esposo que ha de hacerme feliz, madre mía. Pensad en eso y la separación os será menos dolorosa. Pensad que esta boda es beneficiosa para vuestro reino, y que nada debe representar sacrificio cuando se hace por la patria. Mi hermano así lo ha explicado y yo lo he comprendido. Tened fe en el emperador, madre, que él sólo desea el bien para todos nosotros.

—Quizá tienes razón. Carlos es inteligente y sabe obrar rectamente — se conformó doña Juana.

—Así es, querida madre.

Y la joven Catalina, serenísima infanta, reina de Portugal, como antes lo fue su hermana Leonor, abandonó Tordesillas y más tarde España, para entrar triunfalmente en su nueva patria.

Francisco I, deseoso de recuperar Milán y vengar las derrotas sufridas por sus capitanes, organizó un poderoso ejército, integrado por seis mil suizos, seis mil alemanes, diez mil franceses e italianos, dos mil artilleros y dos mil arqueros, y decidió volver sobre Lombardía. Él mismo se puso a la cabeza del ejército, dejando a su madre doña Luisa como gobernadora de Francia.

No le fue difícil apoderarse nuevamente de Milán, porque le acompañaba la flor de la caballería francesa y porque su ímpetu furioso enardecía a los guerreros. Pero estaba próxima su más espantosa derrota, aunque poco lo esperaba en aquellas jornadas triunfales.

Las fuerzas imperiales estaban concentradas en Pavía, ciudad de la Lombardía que siempre fue fiel al emperador. Al mando de ellas estaba Antonio de Leiva, dispuesto a defenderla con su vida si preciso fuera. Mas no sólo había que luchar con el ataque enemigo, contando con escasa guarnición, sino que debía hacerse frente a la falta de dinero, cosa tan necesaria en cualquier guerra, por pequeña que sea, y aquella era muy importante.

Los mercenarios alemanes exigían a Antonio de Leiva el pago de sus soldadas, amenazando con entregarse a los franceses si no se satisfacía hasta la última moneda. Pero, ¿de dónde sacar dinero si no lo había? La situación era muy comprometida. Las noticias eran cada día más alarmantes. Daban cuenta del rápido avance de los franceses hacia Pavía. ¿Qué hacer?

—Esta situación no podrá sostenerse mucho tiempo — decía Antonio de Leiva—. Yo me comprometo a defender la plaza hasta la última gota de sangre. Pero si empiezan por fallarme los hombres que tengo a mi lado, ¿cómo intentar resistir ni un solo minuto? ¡Sería una locura!

Dos abnegados y valerosos soldados respondieron a su desesperada pregunta. Con riesgo de sus vidas, penetraron en la ciudad llevando escondidos entre las ropas tres mil escudos de oro. Al verlos, Leiva creyó que el mundo volvía a ser suyo, respiró satisfecho. Pagó a los exigentes rebeldes y se sintió dueño nuevamente de

la situación. Aquellos dos bravos soldados fueron más tarde recompensados por su hazaña.

Por fin, Francisco I cercó por completo la ciudad de Pavía, fortificando su campo de modo tan extraordinario que su victoria parecía completa y absoluta. Sin embargo, el esforzado capitán Leiva permanecía alerta, no se descuidaba un solo segundo, no dejaba detalle alguno a la casualidad o al destino.

El francés estrechaba su cerco, castigando a los defensores con baterías, escaramuzas, combates y batallas horribles. Más Leiva seguía defendiéndose con valor.

El cerco duró cuatro meses. Fueron unos meses repletos de hechos memorables, de hazañas que jamás se olvidarían, porque llenaban de gloria a los españoles. Maltrechos, enfermos, sin casi fuerzas para mantenerse en pie, seguían fieles a la consigna de ¡vencer o morir! y seguían dando la batalla al francés, que cada vez estaba más furioso por no lograr la victoria que él creyó tan fácil.

Entre tanto, los derrotados en Marsella, el marqués de Pescara y el condestable de Borbón, unidos al virrey de Nápoles, que también se unió a los imperialistas, decidieron ir en busca de refuerzos y acudir en ayuda de Pavía.

Y así lo hicieron. De este modo comenzaron una serie de pequeñas batallas destinadas a desbaratar los planes de Francisco I, pues todos los movimientos que él ordenaba a sus tropas eran estorbados por la acción de los españoles que estaban fuera de la plaza de Pavía. Fue una unión completa entre los defensores del interior y los que llegaban de fuera en su ayuda. No obstante, la situación de los imperialistas era espantosamente difícil, sobre todo por la escasez de dinero. Cada dos por tres los tudescos reclamaban sus pagas, y Antonio de Leiva no podía satisfacerlas, porque incluso había acuñado moneda con el oro y la plata de las iglesias. Como último y desesperado recurso mandó un emisario a Pescara, pero la respuesta fue desoladora.

— ¿Qué dice nuestro amigo y señor el marqués de Pescara?

—Que lamenta no poder ayudarte en esta cuestión, mi capitán. Dice que también él ha tenido que pedir todo el dinero que tenían los españoles, encima de no abonarles sus pagas, para poder satisfacer las exigencias de los mercenarios alemanes — repuso el emisario.

— ¡Santo Dios! ¡La falta de dinero nos va a perder!

Lo mejor que comían era carne de caballo y de asno. Era tanta la falta de todo en Pavía, que la amenaza de una epidemia era palpable.

Conocedor de la triste suerte que les cabía a sus tropas, el emperador se preparaba para enviar refuerzos en su socorro. Pero estaba aquejado de fiebres cuartanas, y esto venía a empeorar la situación, porque los médicos le aconsejaban reposo y nada de preocupaciones. ¿Cómo iba a reposar sabiendo que sus ejércitos sufrían un cerco terrible, más terrible por falta de dinero? Y lo peor es que tampoco él lo tenía para remediar la situación. Las riquezas de España se veían tragadas por las guerras, y no sabía a quién pedir crédito. Lo único que podía era mandar levadas de hombres, que como españoles valerosos lucharan junto a los defensores de Pavía.

1525. A primeros de año llegaron, en refuerzo de los de Pavía, importantes socorros que mandaba el infante don Fernando, archiduque de Austria. Los ejércitos que se iban formando, cerca de la ciudad sitiada, eran bastante numerosos. Y más importante que nada era el ímpetu batallador que los guiaba a todos.

—Creo que ha llegado el momento de actuar —dijo el marqués de Pescara, reunido con el duque de Borbón y el virrey de Nápoles—. Hay que acudir de manera definitiva en socorro de los defensores de la plaza.

—Desde luego —asintió el de Borbón—. Es imposible que puedan resistir por mucho más tiempo.

—El hambre, la escasez de todo y el espantoso frío pueden acabar con ellos, antes de que los franceses den su batalla — sentenció el conde Lannoy, virrey de Nápoles.

—Nosotros tenemos que adelantarnos a ellos — terminó Pescara.

En efecto. Cada uno de los tres capitanes arengó a sus soldados, infundiéndoles ánimos e inculcándoles lo provechoso que había de ser un triunfo en aquellos momentos. Las tropas parecieron dispuestas a luchar fieramente, sobre todo porque se les prometía buenas recompensas, salidas de los tesoros que conquistarían de Italia si triunfaban.

Y el ejército, muy animoso de espíritu, pero pobres de medios, se puso en camino hacia Pavía, desde Lodi, donde estaba concentrado.

La tremenda y definitiva batalla tuvo lugar el 24 de febrero de 1525. El choque fue terrible. Los soldados de ambos bandos peleaban enardecidos como fieras, sin

reparar en la sangre ni en los muertos que caían a su alrededor bajo el fuego enemigo. La tierra temblaba con el clamor del griterío, el retumbar de los cañones, el golpear de las armas y los cuerpos.

Los desdichados patriotas que estaban encerrados en Pavía, al escuchar que sus compañeros daban la batalla al francés, sintieron renacer sus fuerzas, recobraron los ánimos, renovaron sus alientos, y empezaron su lucha desde el interior de la plaza sitiada.

El ejército francés estaba entre dos fuegos. A pesar de su valor y arrojo, no podía resistir la insuperable furia española, tan bien dirigida por los intrépidos capitanes, los más gloriosos de la época.

Pasaron las horas, pero al fin ocurrió lo que tanto deseaban los españoles. Los franceses, los que aún quedaban en pie, porque la matanza fue horrible, fueron derrotados totalmente.



Derrota y prisión de Francisco I de Francia, en Pavía. (Grabado de Heemsberk. Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

La batalla tocaba a su fin. Un espantoso final para Francia, un soberbio triunfo para España, que siempre recordaría la jornada como fecha memorable. Y por capricho del destino coincidía con el día en que Carlos I cumplía sus veinticinco años.

Pero aún no se ha contado todo. Hubo algo que hizo más humillante la derrota para Francia. El rey Francisco I, seguro de que la victoria había de ser suya y deseoso de atribuirse el mérito de la misma, peleó personalmente al frente de su ejército. Un tiro de arcabuz le derribó del caballo. Inmediatamente, tres soldados españoles, el granadino Diego Dávila, el gallego Alonso Pita y el guipuzcoano Juan de Urbieta, cayeron sobre él y le hicieron prisionero, sin saber de quién se trataba.

Al parecer, Francisco estaba herido en un brazo y no pudo defenderse de sus tres atacantes, de entre los que se destacó el valiente Urbieta.

Rendíos — exigió.

—La vida, que soy el rey — dijo Francisco, viéndose en peligro de muerte.

Rendíos — exigió de nuevo el español, sin creerle.

—Yo me rindo al emperador — repuso orgulloso el rey.

No obstante estas palabras, en lo profundo de su corazón sentía la amargura del fracaso, sentía la humillación de haber caído en manos de simples soldados.

La llegada del virrey de Nápoles le evitó morir a manos de los españoles, que no creían en la identidad real. Se conservó la vida a Francisco I y se le hizo prisionero en un castillo de Lombardía, pues por petición de él no se le llevó a Pavía. Hubiera sido demasiado bochornoso entrar en la ciudad que tuvo cercada tanto tiempo sin conquistarla.

Aquella noche escribió a su madre, la altiva Luisa de Saboya, una carta, en la que destacaba la célebre frase de: «Todo se ha perdido, menos el honor y la vida, que se han salvado.»

La fausta noticia de la victoria llegó a Madrid, donde se hallaba el emperador, convaleciente de las fiebres. Su gesto se conservó sereno, sin la menor muestra de alegría o satisfacción, escuchando atentamente el relato que le hacía el emisario. Luego se retiró a su capilla privada y permaneció en oración durante más de una hora.

—Demos gracias a Dios por esta gran victoria —dijo a los presentes, al salir de la capilla—. Que el pueblo la celebre, como nos, en la iglesia. Este es nuestro real deseo. El triunfo se ha obtenido a costa de sangre cristiana, y por eso no queremos se manifieste la alegría con fiestas, con música ni con fuegos de artificio.

Al día siguiente el emperador y toda su corte asistieron a una misa de acción de gracias, lo mismo que el pueblo se manifestó con procesiones religiosas y oraciones públicas.

El real prisionero fue trasladado a Madrid, no sin antes ordenar el emperador que cesasen las hostilidades en Francia, pues sus generales querían aprovechar la victoria de Pavía para reducir todo el país galo.

Comenzaron las negociaciones para hallar el modo de firmar una paz que satisficiera a vencedores y vencidos. Pero el tiempo pasaba sin llegar a un acuerdo.

Francisco I, prisionero en la Torre de los Lujanes, en Madrid, cayó enfermo. Y al saberlo el emperador, acudió a visitarle. En el momento de entrar en la alcoba, el rey francés se incorporó en la cama. Ambos se abrazaron.

—Señor, veis aquí a vuestro esclavo — dijo Francisco I.

—No. Libre sois, mi buen amigo y hermano —repuso el emperador. Y tras un breve silencio, prosiguió—: Ante todo deseo vuestra salud, y os prometo que se harán las diligencias necesarias para que seáis atendido y cuidado. En cuanto a nuestras negociaciones, seguirán buen camino. Ya lo veréis.

La visita del emperador mejoró mucho la salud del rey, porque lo único que éste tenía realmente era melancolía de verse prisionero y como olvidado de todos.

Por fin, el 14 de enero de 1526 se firmó la paz mediante el tratado de Madrid. Francisco I cedía el ducado de Borgoña al emperador, restituía sus Estados al condestable de Borbón, renunciaba a sus pretensiones sobre el norte de Italia y daba palabra de casamiento a la reina Leonor, hermana de Carlos y 'viuda de Manuel de Portugal. Estas cláusulas destacaban entre otras varias.

A mediados de marzo, en la frontera del Bidasoa, el emperador se despedía del rey francés, quien marchaba libre a su patria, dejando en rehenes a dos hijos suyos. Mas tan pronto como el soberano se vio en su patria gozando de plena libertad, exclamó:

— ¡Todavía soy rey!

Y olvidó todos sus compromisos concertados con el emperador en el tratado de Madrid. No cumplió ninguno de ellos, disponiéndose a continuar la lucha empezada contra Carlos I, en defensa de su hegemonía en Europa, aun a pesar de haber

jurado que caso de no cumplir la concordia firmada se volvería a la prisión, y que bastaba para creerle el que sus hijos quedaran como prendas de su palabra.

El único compromiso que cumplió fue su casamiento con la reina Leonor, por el cual tanto el rey como el emperador parecieron vivir horas de buena hermandad y paz; tal era la hipocresía de Francisco I. No obstante, como luego el francés rompió el tratado, si bien envió a Madrid a sus hijos Francisco y Enrique, el emperador se negó a dejar salir de España a su hermana, casada ya por poderes, en tanto el rey no cumpliera todos sus acuerdos.

El año 1526 parecía empezar muy mal para el Imperio. A mediados de enero moría en Gante la infanta doña Isabel, reina de Dinamarca, la dulce y tierna hermana a la que tanto amó el emperador. Otra hermana, doña María, quedó viuda al morir su esposo, el rey de Hungría. Y con el rompimiento de los acuerdos, Francisco I infería grave afrenta a su esposa doña Leonor, por parecer que poco le importaba ella, su honor, su palabra real y su dignidad.

El dolor se cebaba en la familia imperial. Y Carlos I se veía abrumado por los problemas, que no parecían tener fin.

Capítulo 7

Boda imperial, el saco de Roma y el nacimiento de Felipe

En medio de aquella serie de desgracias, el emperador, acuciado por las siempre apremiantes razones de Estado, se vio obligado a cumplir al fin el compromiso que desde tiempo atrás había contraído. Era el de celebrar su matrimonio con la infanta doña Isabel de Portugal, hija del fallecido rey Manuel y hermana del actual rey Juan. A Carlos I no le seducía la idea de casarse con una princesa a la que no conocía. Pero si todos sus antepasados consumaron sacrificios parecidos, y lo mismo hicieron sus hermanos y familiares, obligados por él mismo, ¿qué derecho tenía él a rehusar el deber en el momento preciso? Además, las Cortes le instaban al matrimonio, alegando que la dinastía necesitaba sucesor. Así, pues, la decisión quedó tomada. La boda se celebró primero por poderes. E inmediatamente pidió el emperador que la nueva emperatriz fuese trasladada a Badajoz, donde debía hacer su entrada triunfal en España.

Acompañaron a Isabel sus hermanos los infantes de Portugal, además de una lucida corte de caballeros y damas nobles. Cuando Isabel llegó a la frontera señalada, salió de la litera en que viajaba y ordenó a los portugueses que venían con ella le besaran la mano y se retirasen. Así se hizo, quedando ella sola con sus hermanos.

Entonces se acercaron los caballeros españoles y besaron la real mano, como antes habían hecho los portugueses. Terminada esta ceremonia de vasallaje, se formó una gran rueda de jinetes españoles y portugueses, dejando en el centro a la emperatriz con sus dos hermanos y tres distinguidos caballeros de España. El duque de Calabria dijo respetuoso:

—Oiga vuestra majestad a lo que aquí hemos venido por mandato del emperador, nuestro señor.

Un secretario leyó en voz alta el poder que traían del emperador. Terminada la lectura, prosiguió el duque:

—Puesto que ya vuestra majestad lo ha oído, podéis mandar lo que ha de hacerse.

La emperatriz guardó silencio. Pero su hermano el infante don Luis respondió:

—Yo entrego a vuestra excelencia la emperatriz, mi señora, en nombre del rey de Portugal, mi señor y hermano, como esposa que es de la cesárea majestad del emperador.



Cuerpo central de la fachada occidental del Palacio de Carlos V, en Granada, que el emperador hizo construir en honor de su esposa. (Fol. Más.)

—Yo, señor —replicó el duque español—, me doy por entregado de su majestad, en nombre del emperador, mi señor.

Dicho esto, los infantes de Portugal, en medio del estruendo de timbales y trompetas que llenaban el aire de alegría, se acercaron por última vez a la emperatriz. Besaron sus manos, y ella los abrazó con lágrimas de emoción.

—Dad en mi nombre al rey de Portugal nuestro afecto y acatamiento sinceros — dijo Isabel.

—Vuestro deseo será satisfecho, majestad — replicó don Luis.

Último adiós, y la emperatriz, rodeada de su nueva corte castellana, hizo su entrada solemne en Badajoz. De aquí partió en seguida hacia Sevilla, donde debía reunirse con el emperador y donde se celebraría la soberbia ceremonia nupcial.

Arcos de triunfo, flores, música, alegría y gozo en todo el reino. Aquella boda tan esperada era recibida con júbilo indescriptible. Y a todos les pareció la emperatriz la reina más hermosa que su emperador podía darles.

Efectivamente, Isabel era muy bonita. Su piel era blanca, su cabello claro, su estatura más bien baja, pero proporcionada y esbelta, sus ojos grandes y hermosos, su boca pequeña, sus manos muy bellas y su andar gracioso. Su carácter era excelente, muy piadosa, sencilla, inteligente, poco habladora, nada entrometida y gustaba del recogimiento. Dama de tales prendas no podía menos que causar magnífica impresión en el pueblo y en el mismo emperador, que ya en la primera entrevista quedó gratamente sorprendido por la belleza serena y la bondad exquisita que emanaban de la persona de la emperatriz.

A mediados de marzo tuvo lugar la fastuosa ceremonia, un tanto ensombrecida por el luto que guardaba la corte, debido a la reciente muerte de la infanta Isabel, reina de Dinamarca, y por las graves preocupaciones que pesaban sobre el emperador. No obstante, el futuro se presentaba feliz para la joven pareja, pues tanto Isabel como Carlos comprendieron en seguida que no sería difícil congeniar mutuamente, ya que sus sentimientos se correspondían dichosamente.

Fueron padrinos de la boda el duque de Calabria y la condesa de Haro, noble dama portuguesa, camarera de la emperatriz.

—Espero que vuestra llegada a España os haya complacido y haya sido de vuestro agrado todo lo que Nos hemos dispuesto — dijo el emperador a su esposa.

—Somos felices, majestad. Hemos podido comprobar el gran amor que nuestra persona inspira a este país, y ello nos halaga —repuso Isabel—. Espero que sabré

ser la emperatriz que ellos esperan, la esposa que vuestra majestad desea, y la madre dichosa de los príncipes que Dios tenga a bien concedernos.

—Ése es también nuestro real deseo, que sin duda se verá cumplido ampliamente, señora.

Una corriente de afecto se entabló pronto entre ambos esposos, afecto que con los años creció y los unió hasta que la muerte los separó. Isabel era la esposa que el emperador necesitaba y anhelaba.

La luna de miel de la real pareja transcurrió en Granada, donde el emperador mandó construir un palacio en honor de su dulce esposa. Pero lo dejó sin terminar, además de que apenas vivió en él.

Aquellas jornadas en Granada pasaron plácidamente. Carlos I no olvidaría nunca los días que vivió en la bella ciudad moruna, saboreando la ternura y cariño de la joven emperatriz.

El sacco de Roma

Mientras el emperador y la emperatriz disfrutaban de su luna de miel, creyendo vivir el principio de una era de paz, en Europa se tramaba algo que había de destruir muy pronto aquella bendita paz de entonces y la futura.

A su llegada a Francia, y tras demostrar bien a las claras que no estaba dispuesto a cumplir nada de lo pactado, ni siquiera la consumación real de su matrimonio con la reina Leonor, Francisco I anunció que había firmado el Tratado de Madrid obligado por la violencia, después de casi un año de forcejeos y conversaciones, durante el cual permaneció prisionero. De este modo pensaba excusar su poco digna actitud.

Y la verdad es que tuvo un franco éxito. Logró atraerse la simpatía y ayuda de varias potencias europeas. Y después de diversas embajadas y propuestas, el 22 de mayo de aquel año 1526, se firmó la llamada Liga Clementina, constituida para ir contra el emperador y sus deseos de dominación.

La formaban el Papa Clemente VII, de quien tomó el nombre; el rey Enrique VIII de Inglaterra, quien a pesar de ser tío de Carlos le consideraba su enemigo; el propio Francisco I, y los Estados de Milán, Florencia y Venecia.

Con una tan fuerte alianza, difícil se ponía la situación para el emperador, que se dolía en gran manera de haber creído en la palabra y buena intención del rey francés.



Grabado del Papa Clemente VII, de quien tomó el nombre la Liga Clementina, constituida para ir en contra de Carlos V. (Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

Al parecer, una de las causas que llevaron a Francisco I a formar la Liga Clementina era la de recuperar a sus hijos, el delfín Francisco y el duque de Orleáns, que estaban en poder del emperador. A tal efecto, mandó a Carlos I una embajada anunciándole que el Consejo de París había decidido declarar nulo el tratado de Madrid, pero que pedía la devolución de los príncipes a cambio de tomar por real esposa a doña Leonor. Carlos I, aun sabiendo lo peligroso que era enfrentarse a

Liga tan poderosa, le respondió que no estaba dispuesto a ceder si él a su vez no se decidía a cumplir sus promesas. Y así, la situación quedó más tirante.

Entretanto se sucedían las conversaciones y escaramuzas entre los de la Liga Clementina y Carlos I, éste decidió abandonar Granada para ir a instalarse definitivamente en Valladolid, ciudad donde residía la corte. El camino fue penoso, largo y difícil. Las lluvias y las nieves cubrían de barro los caminos del reino y aterían de frío los cuerpos. Era muy peligroso andar por aquellos barrizales y cruzar los ríos, que bajaban crecidos, hinchados por la furia de las aguas.

Además de todos estos inconvenientes de por sí molestos, el emperador había ordenado que se realizase el viaje con toda clase de precauciones y con las máximas comodidades posibles, porque la emperatriz aguardaba un hijo para dentro de algunos meses. Esta feliz nueva, como es natural, llenó de gozo a toda España. Y allí por donde pasaban los jóvenes y dichosos emperadores recibían muestras de alegría de sus fieles vasallos. Isabel era cada día más feliz en su nueva patria. Y Carlos quería ya tanto a España como a la misma Flandes.

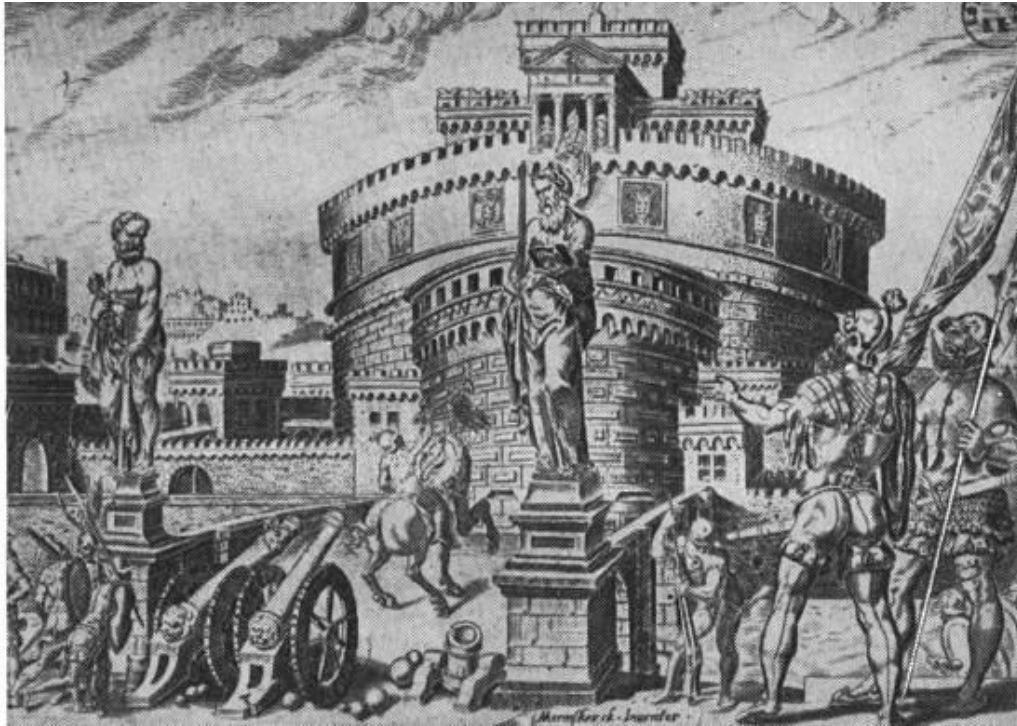
Una vez asentados en Valladolid, prosiguieron las conversaciones con las idas y venidas de embajadores de un país a otro. Carlos I quería prevenirse contra la Liga. Pidió dinero a las Cortes, y éstas le respondieron que sólo podían ayudarle con armas. Entonces el emperador pidió ayuda a su hermano Fernando. El archiduque reclutó un buen ejército de alemanes y los mandó hacia Italia, según orden de Carlos. Lo curioso y fatal del caso es que la mayoría de los reclutados eran luteranos, razón por la que la convivencia con los fervientes españoles sería harto difícil.

Estos alemanes, al mando de Jorge Frundsberg, duque de Urbino, se unieron a los mercenarios que, tras la victoria de Pavía, permanecían en Lombardía, capitaneados por el condestable de Borbón.

Sucedió que la imposibilidad de pagar a estos mercenarios sus soldadas comenzó a inquietar a sus jefes, porque se veían incapaces de contener sus ánimos exaltados y la ambición que los dominaba. Tanto el de Borbón como el de Urbino les prometieron buenas recompensas en cuanto llegaran a Roma y pudieran conseguir riquezas. Inútil es decir que los alemanes anhelaban este momento y que les parecían demasiado largas las jornadas que aún les quedaban para lograr sus

propósitos. Unidos estos deseos de lucro al gran odio que, como luteranos, sentían por el Papa, hicieron que la insubordinación creciese de modo alarmante y se lanzaran todos sobre Roma, sin que nada ni nadie pudiera de detenerlos.

En su camino cometieron mil tropelías, igual que si fuesen hordas de bárbaros en vez de soldados al servicio del cristianísimo emperador.



Sitio del castillo de Sant'Angelo, en donde se hallaba refugiado el Papa Clemente VII. (Grabado de Heemsberk. Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

El 6 de mayo de 1527 llegaron a las puertas de Roma. Formaban una riada incontenible, que daba horror verla llegar como tempestad rugiente.

Sin freno ni exacta conciencia de la barbaridad que estaban cometiendo, asaltaron las murallas de la Ciudad Santa, a pesar de que el Papa intentó contenerlos ofreciéndoles fuertes sumas de dinero. En aquel desdichado asalto de las murallas murió el condestable de Borbón. Un gran aventurero y excelente orfebre también, llamado Benvenuto Cellini, se vanaglorió luego de haber sido él quien matara al de Borbón de un arcabuzazo. Es algo que no se sabe con certeza.

Roma, pues, fue tomada por asalto y saqueada, en lo que fue llamado el célebre saco de Roma. Fueron siete días de pillaje, siete días durante los que corrió la

sangre por las calles romanas, siete días en los que la soldadesca, hambrienta de dinero, robó sin tasa ni medida, destruyó hermosas obras de arte, de las que el Vaticano era sede indiscutible, profanó los templos, asesinó a clérigos y seglares. ¡Qué tremendo caos! ¡Qué escenas tan impresionantes y desgarradoras! ¡Qué gran equivocación la de aquellos rudos alemanes!

El pontífice Clemente VII, temeroso de perder la vida a manos de los fanáticos luteranos, se refugió en el castillo de Sant'Angelo. Pero también el castillo fue cercado. Y finalmente, viendo imposible todo escape, el Papa se entregó, quedando allí como prisionero del virrey de Nápoles y exigiéndosele una fuerte suma como rescate. Se le trató con todos los miramientos que su alta personalidad merecía, en espera de que se recibiesen noticias concretas del emperador acerca de lo que debía hacerse.

Así terminaron siete espantosos días que llenaron de sangre y dolor varias páginas de nuestra Historia, páginas que todo buen cristiano haría desaparecer gustosamente, por haberse cebado la crueldad en la persona de un Papa y en una ciudad sagrada como Roma.

Nace Felipe

Al mismo tiempo que se desarrollaban en Roma tales acontecimientos, en Valladolid ocurría algo mucho más agradable, algo esperado y recibido con júbilo, algo que habría de llenar de dicha a los emperadores y a España entera y sus dominios. El 21 de mayo de aquel 1527 nació el que sería el gran Felipe II, hijo de Carlos I y su esposa Isabel.

Era martes, día primaveral y alegre. En las torres de la cercana iglesia daban las cuatro y media de la tarde. El príncipe primogénito nacía felizmente, en medio del alborozo de la corte, que se apresuró a comunicarlo al pueblo, expectante en las calles desde que se anunció la proximidad del momento.

Apenas el príncipe fue lavado y vestido con ricos pañales de seda, el emperador lo tomó en brazos, mirándole con la emoción puesta en sus ojos nostálgicos.

—Dios Nuestro Señor te haga buen cristiano —dijo con voz entrecortada—. A Dios Nuestro Señor ruego te dé su gracia. Ruego a Dios Nuestro Señor te quiera iluminar para que sepas gobernar los reinos que un día has de heredar.

Luego, entregando el niño a una de las damas, se volvió hacia la emperatriz y como lo haría el más humilde de sus vasallos, se arrodilló y besó la blanca mano.

—Gracias, Isabel —murmuró—. Jamás podremos olvidar estos felices momentos que nos habéis proporcionado. Que el Señor os bendiga por tanta bondad como habéis derramado sobre nuestra persona y nuestros reinos.

La emperatriz sonrió dulcemente. Sus ojos de esposa enamorada se fijaban en la figura elegante de Carlos, arrodillado junto a ella como un marido cariñoso y galante. Era feliz, muy feliz.

—Desde que nos hicisteis el alto honor de convertirnos en vuestra esposa, para compartir todo lo que el destino os había reservado, nos hemos sentido muy dichosa. Esa dicha os la debemos enteramente, y justo es tratemos de paganos con lo que tanto vos como nuestro pueblo deseaba. El Señor ha querido ser generoso y nos ha mandado el ansiado heredero. Es ésta una gracia divina que nos hace doblemente felices. Ahora creo podremos cumplir lo que os prometimos el día de nuestra boda. Ser una emperatriz, una esposa y una madre dignas de quienes confían en nos.

Isabel estaba fatigada. Mas a pesar de que Carlos intentó interrumpirla con gesto cariñoso, ella suplicó con la mirada la dejase decir todo cuanto su corazón albergaba. En aquellos instantes la unión de ambos esposos fue íntima, sincera y honda. Felipe había venido a colmar la paz que reinaba en sus espíritus.

El bautizo se celebró en el monasterio de San Pablo, de Valladolid. Todo fue fastuoso, solemne, rico y alegre. Hasta este mismo monasterio fue a pie el emperador el mismo día del nacimiento, para dar gracias a Dios por el beneficio recibido.

Fue la madrina doña Leonor, reina de Francia. Y le bautizó el arzobispo de Toledo.

Se le impuso el nombre de Felipe, aunque muchos deseaban el de Fernando, en memoria del Rey Católico. Además, se le concedió el título de príncipe de Castilla.

Hubo grandes festejos populares y de corte. Por doquier se oían voces que aclamaban al príncipe Felipe, al emperador y a la emperatriz. Aquella era una alegría que no parecía tener fin, aunque realmente fue corta, pues la palabra PAZ no parecía rezar con Carlos I.

Capítulo 8

La Paz de Las Damas, coronación en Bolonia y la dieta de Augsburgo

Estando en lo más lucido de los festejos que conmemoraban el nacimiento del príncipe Felipe, llegó la noticia al emperador del saqueo de Roma y la prisión del Pontífice. Claro está que a Carlos le disgustó muchísimo esta penosa situación. El, cristiano por excelencia y defensor acérrimo de la Iglesia católica, se encontraba como opresor del Papa, después de haber castigado duramente sus tropas la ciudad de Roma. ¿Qué hacer? La situación era de difícil solución. Su deber de cristiano le impedía seguir teniendo como prisionero a Clemente VII. Por otra parte, el Papa era su enemigo, como presidente que era de la Liga Clementina.

Pero esto no podía durar mucho tiempo. Tenía que resolverse de algún modo. Y siempre fiel a su obediencia cristiana, escribió a sus generales que diesen la libertad al Papa, pero procurando dejarle pobre a fin de que no pudiese convertirse en enemigo peligroso para el Imperio. El deseo de darle libertad extrañó a sus generales, pero obedecieron. Y el Papa abandonó el castillo de Sant'Angelo para refugiarse en Orvieto.

Como es lógico, la prisión de Clemente VII escandalizó a todos los reyes de la Cristiandad, incluso fue aprovechada por los que no eran católicos, pero sí enemigos de la dominación de Carlos. Así es que la hostilidad en contra del emperador aumentó. Este escribió a todos, mandó emisarios y embajadas, dando toda clase de excusas por aquel acto de violencia, del que en realidad no era culpable, pero del que debía hacerse responsable por ser sus tropas las autoras.

Enrique VIII escribió al emperador rompiendo el tratado de amistad que años antes habían concertado. Recordemos que el inglés lo firmó a la vez con Carlos I y Francisco I.

También el francés le escribió diciendo que, puesto que había permitido la prisión del Papa, él, como ferviente católico, se veía obligado a declararle la guerra en defensa de los intereses del Papado.

Excusas y más excusas. Pretextos absurdos para seguir una lucha que era la válvula de escape de todo el odio y la envidia que despertaba la privilegiada situación de

Carlos. El caso es que, pretextos o no, la rivalidad seguía en pie y había que prepararse para las batallas que se avecinaban.

La guerra continuó en Italia. El ejército francés, mandado por Lautrec, y la aguerrida escuadra del famoso marino genovés Andrea Doria, que también peleaba al lado de los franceses, dieron la batalla a

Nápoles, reino defendido heroicamente por su virrey, el aragonés Hugo de Monada, que murió en la lucha.

Nápoles resistió un espantoso cerco de varios meses. Hambre, frío, escasez, cansancio, enfermedad, horrible pestilencia... Los soldados españoles morían en la lucha y caían bajo los efectos de la miseria que los rodeaba. Pero su espíritu valeroso y patriótico aun mantenía en pie a los pocos que podían soportar las crueles circunstancias, sin que quisieran oír hablar de rendición.

Lautrec conseguía triunfos para Francia, y también Andrea Doria. Pero la voluntad española resistía y resistía hasta el límite de las fuerzas.

Estando así la situación, el príncipe de Orange, que mandaba entonces a los españoles, arengó a sus tropas desfallecidas, les infundió los ánimos que les faltaban a algunos, las alentó con esperanzas.

¡Hay que salir fuera de la ciudad y dar la batalla al francés en su mismo campo! — dijo. —Es peligroso, señor. Ellos están mejor preparados.

¿Quién dice tal? ¡Nadie es capaz de derrotar a un español que luche por Dios y por su patria! ¡Cada uno de nosotros vale por diez de ellos! ¡Levantad esos ánimos, españoles!

A partir de aquel instante, los cercados en Nápoles tomaron la costumbre de formar partidas y salir fuera de la ciudad. Realizaban espectaculares escaramuzas, en las que tenían ocasión de hacerse con las municiones y vituallas de los franceses, además de amedrentarlos hasta el punto que, en ocasiones, apenas los veían aparecer ya huían despavoridos.

De este modo la situación mejoraba para los cercados. Pero aún había de mejorar mucho más. El almirante Andrea Doria se hallaba descontento por aquel entonces del trato que le daba Francisco I, pues no cumplía sus compromisos y le pagaba poco y mal. Cansado al fin, decidió romper el juramento que le unía a Francia y se pasó al servicio del emperador Carlos, quien en repetidas ocasiones le había

ofrecido el puesto de almirante en su armada. Esta decisión, muy bien acogida por las tropas imperialistas, dio un nuevo impulso a la batalla, decantando la balanza de la suerte hacia el lado de Carlos.

Finalmente, Nápoles fue liberada y el ejército francés se veía derrotado, al mismo tiempo que en el norte de Italia, el famoso Antonio de Leiva conseguía también otro ruidoso triunfo sobre los franceses, quedando Lombardía nuevamente bajo la dominación de España.

Pero Francisco I no descansaba. Quería la libertad para sí y para sus hijos. En España se tuvo noticias de que intentaba invadir de nuevo Navarra, que continuaba la guerra en Italia, que quería aliarse con los turcos para vencer a Carlos. Y éste, apremiado por sus vasallos y tropas, se vio precisado a abandonar España para dirigirse a Italia, pues su presencia era hartamente necesaria a su gente. Mas antes de que esto ocurriera, estando el emperador en Barcelona a punto de embarcar, le llegó la noticia de que el rey francés había decidido firmar la paz, agotadas sus fuerzas y anhelando ver libres a sus hijos, que aún estaban en Madrid. Carlos I recibió contento la noticia. ¡Qué más podía desear él que firmar la paz!

Pero surgía otro obstáculo. Los dos rivales se tenían tal odio que no querían entrevistarse personalmente. Y así se acordó que la paz fuese discutida y firmada por doña Margarita de Austria, gobernadora de Flandes y tía de Carlos I, y doña Luisa, regente de Francia y madre de Francisco I. De ahí que se la llamase la Paz de las Damas, como también se la llamó la Paz de Cambray, por haberse firmado en dicha ciudad, a 5 de agosto de 1529.

En las capitulaciones se comprendían el reconocimiento por parte de Francisco I del predominio español en Italia, su renuncia a toda intervención en los complicados asuntos políticos de aquel país, el pago de un crecido rescate por sus hijos, el cumplimiento de la palabra de casamiento dada a doña Leonor, y así otras muchas determinaciones hasta cuarenta y cuatro.

En todos los Estados del emperador y del rey se acogió con fiestas y alegría la firma de la paz, que al fin traía la tranquilidad a miles y miles de hogares que no sosegaban con las constantes levadas de hombres y las muchas muertes que ocurrían.

Coronación en Bolonia

Después de haberse firmado la Paz de las Damas, el emperador partió rumbo a Italia, tal como estaba previsto. Deseaba reconciliarse con el Papa y ser coronado por él, a fin de poder usar el título de «Emperador de los Romanos».



*Entrada solemne de Carlos V y del Papa Clemente VII en Bolonia, para la coronación del emperador. (Obra de Nicolás Hogenberg. Biblioteca Nacional. Madrid.)
(Fotografía. Mas.)*

Dejó en España como regente del reino a su esposa, la emperatriz Isabel, que quedó en compañía de su hijo Felipe y de su hija, la infanta doña María, nacida poco antes. La asesoraban en el gobierno varios ilustres caballeros del reino, a quienes confió tal misión el emperador antes de su marcha.

El Pontífice aguardaba a Carlos en la ciudad de Bolonia. La entrada del emperador fue solemne y fastuosa. Tal vez fuese el cortejo más lucido que presidió de los muchos que en su vida tuvo. El Papa, revestido de pontifical y con la rica tiara en la cabeza, le recibió afablemente. La verdad es que Clemente VII tuvo una grata impresión al verle. Le habían dicho tales pestes de aquel emperador desconocido, que, cuando le vio, tuvo que reconocer la falsedad de las noticias que tenía, y comprendió que Carlos I era un emperador digno de suerte y gloria.

Su presencia se le antojó llena de humana bondad y de innata majestad y prestancia.

Tuvieron largas conversaciones, durante las que trataron el modo de combatir a los turcos y demás enemigos de la Cristiandad, a fin de poner a todo el rebaño bajo un solo pastor, Clemente VII. Inútil es decir que estas conversaciones transcurrieron en un ambiente de cordialidad y paz que prometía una eficaz y eterna unión entre ambos poderes, el temporal del emperador y el espiritual del Papa.

Finalmente y tras llegar a importantes acuerdos, se decidió celebrar la coronación en la misma ciudad de Bolonia. Antes de que tal se hiciese, llegó un correo de España en el que se notificaba a Carlos que su esposa Isabel había dado a luz al infante don Fernando, quien murió a poco. La salud de la emperatriz quedó delicada, pero no se esperaba ningún fatal desenlace. Carlos quedó impresionado por esta triste noticia, que amargó bastante el triunfo que representaba ser coronado por el Pontífice. Pero el saber que Isabel no corría peligro le consoló mucho y le ayudó a cumplir con los muchos deberes a que estaba obligado en las ceremonias que se avecinaban.

La primera de estas ceremonias fue la coronación siguiendo el antiguo rito de la Edad Media. Resultó muy solemne en medio de su sencillez.

La que fue realmente fastuosa y deslumbrante, mucho más que la efectuada en Aquisgrán, fue la que tuvo lugar el 24 de febrero de aquel 1530, el mismo día en que el emperador cumplía sus treinta años. Fue una fecha memorable, una fecha que quedaría grabada en el corazón de todos los que estuvieron presentes y de todos los que tuvieron noticia del hecho. Carlos I de España y V de Alemania quedaba coronado y reconocido por el Papa Clemente VII como emperador de

Occidente, como «Emperador de Romanos», completando y ratificando así la coronación de Aquisgrán.

Concluidas las misas de acción de gracias y demás fiestas religiosas con que el emperador solía celebrar todos los actos importantes de su vida, y aquél era uno de los más gloriosos, hubo varios días de festejos en Bolonia... Justas, máscaras, bailes, banquetes, manifestaciones populares... Se regalaron también al pueblo monedas acuñadas ex profeso para aquella ocasión. No se regateó esfuerzo ni fortuna. No en balde el reinado de Carlos fue uno de los más ilustres, en todos los sentidos, pero ello le costó a España vaciar sus arcas hasta el último doblón y sacrificar la vida de muchísimos hombres que murieron en las guerras continuas. Porque justo es decir que España fue la provisión constante de Carlos en todas las ocasiones, tanto en hombres y armas como en dinero. Y en su solemne coronación en Bolonia no iba a ser menos generosa la rica y poderosa España, orgullosa ya hasta el máximo de su rey Carlos.

Dieta de Augsburgo

Al emperador le hubiera agradado, después de la tan ansiada coronación, regresar a España para compartir la gloria con su amada esposa Isabel, su hijo y heredero Felipe y la pequeña doña María. Pero las cuestiones luteranas en Alemania habían alcanzado un período difícil y espinoso y requerían a toda prisa su presencia.

A mediados de junio, pues, llegó a la ciudad alemana de Augsburgo, en donde debería tener lugar la Dieta que desde tiempo atrás había convocado. Su hermano, el rey Fernando de Bohemia y Hungría y archiduque y regente de Austria, salió a recibirle a mitad de camino.

Por cierto, antes de seguir adelante debemos decir que, un año antes, el rey don Fernando hizo una tentativa de concordia con los luteranos, convocando, a instancias de Carlos, la Dieta de Spira. Se tomaron en ella algunos acuerdos, con los que los luteranos no estuvieron conformes y protestaron airadamente. Hasta tal punto fueron ruidosas estas protestas, que el rey don Fernando declaró:

—Diré al emperador que su Imperio se divide en católicos y protestantes.

De ahí que desde entonces se llamaran protestantes a los seguidores de Lutero.

Y sigamos con nuestro relato. El encuentro entre ambos hermanos fue afectuoso. Eran varios años de separación y existía la natural curiosidad de verse y observarse. Fernando tenía un gran parecido con su hermano, y así se lo hizo notar éste, que le miraba sonriente y bondadoso.



Armaduras del arnés de guerra del emperador Carlos V. (Fol. Cifra.)

Porque Carlos sentía un especial cariño por todos sus familiares, por todos los grandes y chicos personajes que se amparaban en su augusta sombra y dependían tan directamente de él. También Fernando sentía afecto por el emperador. A fin de cuentas gobernaba con bastante libertad Austria y con absoluto albedrío Hungría y Bohemia, cuyo trono pasó a ocupar a la muerte de su cuñado. Su posición era envidiable, a pesar de que debía vasallaje al emperador. Aquel recelo que le inspiró en la niñez, al ver cómo se desvanecían sus esperanzas de reinar, a causa de la

rápida carrera de su hermano, mientras él iba quedando muy en segundo plano, había desaparecido por completo.

Bien venido a vuestro Imperio, mi señor y querido hermano — le recibió don Fernando, arrodillándose para besar la mano de Carlos.

Levantad, hermano mío, y abrazadnos, que después de tan larga ausencia, es grande la emoción que Nos sentimos de veros y estar en Alemania — repuso Carlos obligándole a alzarse.

—Todos vuestros súbditos os esperan impacientes, majestad.

—La misma impaciencia que Nos tenemos de recorrer sus calles y oír sus voces. Sólo lamentamos que nuestra venida sea motivada por causas desgraciadas que afligen al Pontífice, a nuestra real persona y a todo nuestro Imperio cristiano.

—Vuestra presencia puede ser beneficiosa, majestad.

—Así lo esperamos, querido hermano. Porque creemos que la seguridad del Imperio que Dios ha puesto en nuestras manos, sólo puede existir juntamente con la unidad religiosa. Conseguir este fin es nuestra mayor ambición — aseguró el emperador, con voz firme y resuelta.

El 20 de julio comenzó la Dieta Imperial de Augsburgo. En la sala de los obispos sentóse bajo rico dosel el emperador, que tenía a su lado a don Fernando. A su diestra se sentaban los obispos y prelados. A la izquierda los grandes señores, entre los que figuraban los más decididos protectores de Lutero.

Felipe Melanchton, discípulo aventajado de Lutero, escribió la llamada Confesión o Credo de los protestantes, que el maestro aprobó absolutamente. En ella quedaba expuesta de manera muy clara y desparpajada la teoría luterana. Melanchton fue quien la leyó en presencia del emperador y demás representantes católicos en la Dieta de Augsburgo.

Después de leído el escrito, Melanchton defendió con calor todo lo expuesto. El emperador pasó instantes de verdadera amargura. A su profundo espíritu religioso había de repugnar forzosamente el cinismo con que se expresaba y hacía resaltar los puntos de la Confesión aquel hombre que, a pesar de su juventud, se había erigido en cabecilla de los luteranos.

Carlos pidió tiempo para reflexionar sobre todo lo dicho y expuesto. Y se dedicó a tales reflexiones con auténtico fervor.

—Hay que encontrar la solución que alivie a la Cristiandad de semejante plaga — decía.

Consultas con sus consejeros políticos, con los religiosos, largas deliberaciones, profundos estudios... Pasaron los meses, y el emperador no se concedía descanso. Finalmente notificó a la Dieta que el Imperio no podía en modo alguno admitir reforma en la cuestión religiosa. El catolicismo debía seguir siendo la religión del Imperio, por encima de todo y de todos. Les instaba a consultar con Lutero y a determinarse a abrazar de nuevo la única y verdadera religión de Dios, para lo cual hizo algunas disposiciones.

Pero, claro está, los luteranos sintiéndose firmemente apoyados por la mayoría de los príncipes alemanes, no querían declararse vencidos. Y decidieron seguir adelante con su reforma. Con tal fin se unieron en la llamada Liga de Smalkalda y formaron un gran ejército. Estaban dispuestos a defender su doctrina con las armas. Y deseaban también atraerse a su campo a Enrique VIII de Inglaterra, por aquel tiempo enemistado con el Papa y con el emperador, y a Francisco I, eterno rival y enemigo de Carlos. Mas sus proyectos de guerra debieron aplazarse para mejor ocasión, porque los turcos amenazaban a Europa. Y este era un peligro que debía atajarse con más rapidez. El otro podía esperar.

Y así quedó momentáneamente en suspenso la guerra del emperador contra los protestantes. Era un buen respiro, porque se sumaban tantos y tantos problemas sobre Carlos, y todos terminados en guerra, que pronto no le quedarían ni hombres ni dinero. Mas este era su destino, un destino que le llevaría a la gloria, aunque pasando, como siempre ocurre, por encima de muchos sinsabores y amarguras.

Capítulo 9

Sucesos de familia y los turcos

Ultimo día de noviembre de 1530. Medianoche. Ciudad de Malinas. Doña Margarita, hija del emperador Maximiliano I, tía de Carlos V, archiduquesa de Austria, gobernadora de los Países Bajos y princesa de España, por su desdichado matrimonio con el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, moría en su palacio a los cincuenta y dos años de edad.

La noticia alcanzó al emperador cuando justamente daba por terminada la Dieta de Augsburgo. Le causó tan profunda pena que se le vio abatido como pocas veces. Carlos quería de corazón a doña Margarita, había crecido junto a ella, sabía de sus desvelos, conocía los sacrificios hechos para que él llegara a ser lo que hoy era. Carlos consideraba, en fin, a doña Margarita como a su madre, porque como tal se portó en todo momento. Y precisamente por aquellos días gozaba ya con el instante en que podría abrazarla, pues su intención era ir a visitarla cuanto antes. El destino no quiso que tal gozo se cumpliera, y decidió agotar la vida de la noble dama, enérgica y valerosa, buena e inteligente, que tan importante papel cumplió en la existencia de Carlos.

El mismo día de su muerte dictó doña Margarita una carta con destino a su sobrino. Y entre sus párrafos, cargados de emoción y afecto y de una dulce serenidad a la vez, destacan estas palabras: «Ha llegado la hora en que ya no puedo escribir de mi puño y letra. La debilidad que me aqueja es muy grande. Pero no importa. Mi conciencia ha encontrado la paz, y me preparo a recibir lo último de la mano de Dios. Mi único dolor en este momento es no ver nuevamente a Vuestra Majestad antes de mi muerte».

Las lágrimas brotaron de los ojos del emperador mientras leía estas líneas que le llegaron juntamente con la triste noticia. Eran lágrimas varoniles, plenas de una íntima emoción y un hondo dolor. Eran lágrimas de las que Carlos no se avergonzaba, porque todo hombre agradecido las derrama en el instante de perder a un ser tan querido como es la madre. Y eso era, en su corazón, doña Margarita.

El emperador se apresuró a escribir a su hermana, la reina viuda doña María de Hungría, que viniese a su encuentro, pues tenía que encargarla de dos misiones que para él revestían especial interés.

El emperador y el rey don Fernando asistieron al entierro de la noble dama, a la que se hicieron solemnísimas honras. Luego se ordenó fuese trasladada a España, donde recibiría sepultura junto al que fue su hermano el rey Felipe el Hermoso.

Terminadas estas fúnebres ceremonias, Carlos llamó a doña María.

—Nuestra muy amada tía ha muerto, y con ella hemos perdido a una dama que fue importante en nuestra vida y en nuestro Imperio —le dijo—. Creemos, querida hermana, que a vos os adornan cualidades tales que os permitirán ocupar el puesto que dolía Margarita de Austria ocupó dignamente durante veintitrés años. Deseamos nombraron gobernadora de los Estados de Flandes, reino que nos es muy amado por ser nuestra patria.

—Agradezco vuestra infinita bondad, mi señor y hermano, y sabéis que mi único deseo es complacer y obedecer a Vuestra Majestad — repuso doña María, dama de gran valor e inteligencia.

—Sé que confiando este cargo a vos, Nos, podemos dedicarnos con tranquilidad a los diversos asuntos que nos abruma. Más aun, tenemos que pedir algo más. Es éste un favor que mucho hemos de agradecer—ceros si os dignáis cumplirlo, por tratarse de una misión delicada y de gran interés para nuestra persona.

—El favor está concedido, majestad.

—Gracias por vuestra confianza, pero aguardad a conocerlo. Se trata de que os hagáis cargo de la educación de nuestra pequeña hija Margarita.

Margarita de Austria era hija natural de Carlos V. Nació en el año 1522. Fue duquesa de Parma y llegó a ser gobernadora de los Países Bajos, además de representar importante papel en la política de su padre el emperador.

—Es un honor el que Vuestra Majestad me hace al confiarme la educación de la princesa. Y lo acepto humildemente.

—Gracias, querida hermana. Vos seréis digna continuadora de la obra de nuestra muy amada tía. Que Dios os bendiga.

Según lo concertado en la Paz de Las Damas, los príncipes de Francia fueron devueltos a su padre, previo pago del rescate estipulado. También, como estaba

escrito, tuvo lugar el casamiento de Francisco I con la reina Leonor, a primeros del año 1530.

La ceremonia se efectuó por mano del cardenal de Tornon, en un monasterio de monjas de San Benito, cerca de Bayona. En el mes de marzo la coronó en San Dionisio, de París, con rica corona de oro. Las fiestas que con tal motivo se celebraron fueron dignas del derroche y lujo que reinaba en la corte francesa. Leonor era dichosa, porque su esposo, pese a haberse mostrado con evidente falta de cortesía al rechazarla tres años antes sin contemplaciones, la amaba con todo el cariño que ella merecía y deseaba.

1531. En Aquisgrán fue coronado el rey don Fernando como Rey de Romanos. Se celebraron solemnísimas ceremonias, que superaron a las vividas por el mismo rey en su coronación como rey de Hungría y de Bohemia. Las de ahora se vieron realizadas por la imponente figura de su hermano el emperador, quien quiso dar gran tono al acto del que era principal protagonista su joven hermano.

Era a primeros de año. Aprovechando este fausto acontecimiento de la coronación, en la que se reunieron reyes y príncipes para tomar parte en ella, en los torneos y justas, en las fiestas y banquetes, el emperador procuró unir a todos estos personajes en contra de los turcos, peligro que estaba muy cercano. A cuenta de este interés hubo un caballero que profetizó:

—Esta fiera brava de los turcos no podrá ser vencida sino por los dos hermanos, señores de la Casa de Austria.

Estas palabras demuestran la confianza que había en los dos hermanos. Carlos, por ser señor de tantos y tan grandes reinos, además de hábil político e inteligente estratega. Y Fernando, por haber unido en tan poco tiempo a los Estados de su padre los reinos de Bohemia y de Hungría, de gentes muy guerreras, y por acabar de ser elegido Rey de Romanos y sucesor del Imperio. Los augurios eran inmejorables. El tiempo tenía la palabra.

Los turcos

El peligro turco sobre Europa jamás fue tan inminente como en el siglo XVI. Constituyó la preocupación constante de la Santa Sede, que pidió una y otra vez a

los príncipes cristianos que dejaran sus rencillas y se unieran contra los fanáticos invasores.

Ya años atrás, el emperador tuvo que habérselas con los moriscos valencianos, que se sublevaron, a consecuencia de una orden imperial por la que se les obligaba a cambiar de religión. Muchos acataron la orden sin oponer obstáculos, pero algunos grupos de rebeldes se refugiaron en la abrupta sierra de Espadán, en Castellón, y hubieron de ser sometidos por las armas reales.

Este deseo de convertir al mundo entero a una sola religión, la católica, fue constante preocupación para Carlos. Y por eso se aprestaba ahora a combatir a los turcos, que amenazaban con invadir Europa. Si lo conseguían, todos los sueños del emperador se venían abajo, sumiéndole en profundo abatimiento. Así es que había que actuar rápidamente para estorbar el camino a los intrépidos invasores.

Era contemporáneo de Carlos V el sultán de Turquía Solimán el Magnífico, en cuyo reinado el Imperio turco alcanzó mayor esplendor.

Durante el año 1529 ya había intentado llegar al corazón de Europa siguiendo el curso del Danubio. Pero en las mismas puertas de Viena, las aguerridas tropas de Solimán sufrieron la más espantosa de las derrotas. Este hecho quedó clavado amargamente en el corazón del sultán, quien se propuso aprovechar la primera ocasión para intentar de nuevo la conquista. Y la ocasión la encontró cuando supo que el emperador andaba preocupado con sus guerras contra Francisco I y sus peleas contra los protestantes. Pensó que, enfrascado en tan arduos problemas, sus fuerzas estarían muy debilitadas, y el triunfo sería fácil para él.

Así es que en aquel año de 1532, después de la coronación de Carlos en Bolonia y los últimos acontecimientos familiares que hemos relatado, Solimán se dispuso a emprender de nuevo el camino de Viena, su meta soñada. Pero ya hemos dicho que el emperador había dejado en sus penos todos sus otros problemas para dedicar toda su atención a la defensa contra los turcos, unido a su hermano el rey Fernando y aliándose incluso con Francisco I y los protestantes, sus grandes enemigos.

Pero ocurrió algo inesperado. Tan pronto se enteró Solimán de que el propio emperador salía a su encuentro, a la cabeza de un poderoso ejército, armado hasta los dientes, y que le acompañaban además el rey don Fernando y el famoso

marqués del Vasto, emprendió la retirada vergonzosamente, abandonando incluso Belgrado, que ya había sido conquistada.

—Mucho nos alegra que todo haya sido tan fácil —comentó el emperador—. Se ha ahorrado así mucho derramamiento de sangre. Demos gracias a Dios por ello.

—No nos alegremos tan pronto, majestad —replicó el rey Fernando—. De Solimán no puede esperarse nada bueno. Alguna debe de ser su idea, y debemos estar preparados para todo.

—Así es, querido hermano. No creáis que vamos a descuidar esta cuestión. Hoy por hoy, es la que más nos interesa solucionar.

El emperador se retiró a Ratisbona para seguir tratando acerca de la defensa contra los turcos. Y aquí le llegaron noticias de que Solimán se acercaba nuevamente.

También le llegó la noticia de la muerte de su cuñado Cristián de Dinamarca, esposo de doña Isabel, fallecida ya. Con esta desgracia, quedaron solas y desamparadas dos princesas, Cristina y Dorotea, que el emperador hizo ir a Flandes, donde se educarían junto a su hermana María, según les correspondía por su alto rango, creciendo además junto a la princesa Margarita, su propia hija natural.

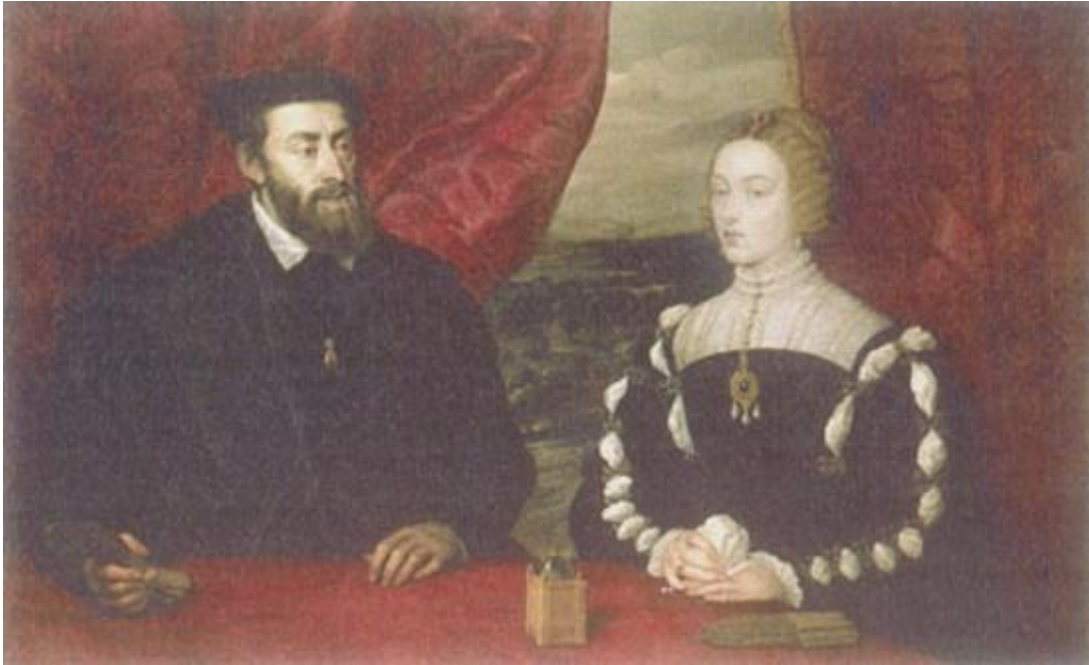
Por aquellos días el mismo emperador no andaba muy bien de salud. Un accidente de caza, deporte favorito al que se dedicaba siempre que sus ocupaciones se lo permitían, provocó un humor en las piernas y otras partes del cuerpo, produciéndole gran malestar.

Hemos dicho que, según noticias, Solimán se acercaba hacia su meta con nuevos bríos; pero fue tal el revuelo que formó el emperador, fue tal la solidaridad que halló en los demás príncipes, fue tal el ejército que armó, con gentes llegadas incluso de la lejana España, que el sultán prefirió abandonar nuevamente la partida y retirarse a su capital de Constantinopla, desde donde pensaría otras tácticas que no fuesen tan arriesgadas y sí más efectivas.

El ejército gigantesco que había formado ya no era necesario. De momento el peligro se había alejado, aunque no por mucho tiempo. Y el emperador decidió deshacer sus tropas y aprovechar el respiro para regresar a España y ver a su amada esposa y a sus hijos.

Cuando desembarcó en Barcelona le aguardaba la serenísima emperatriz. Estaba más pálida, pero más bonita que nunca. Al hallarse frente a su esposo, éste la

contempló con mirada de afecto, de emoción sincera. Y tras unos instantes de silencio, se acercó y besó la blanca frente de la dama.



*El emperador Carlos V y la emperatriz Isabel, por Ticiano, pintor de la Corte.
(Fotografía Mas.)*

—Es hermoso abandonar el hogar para saborear luego la alegría del regreso —dijo Carlos—. Nos estamos contentos de volver a veros y saber que estáis más bella que cuando tuvimos que salir de España.

—Vuestra Majestad dice palabras gentiles. Es mucha bondad la vuestra, señor —sonrió Isabel.

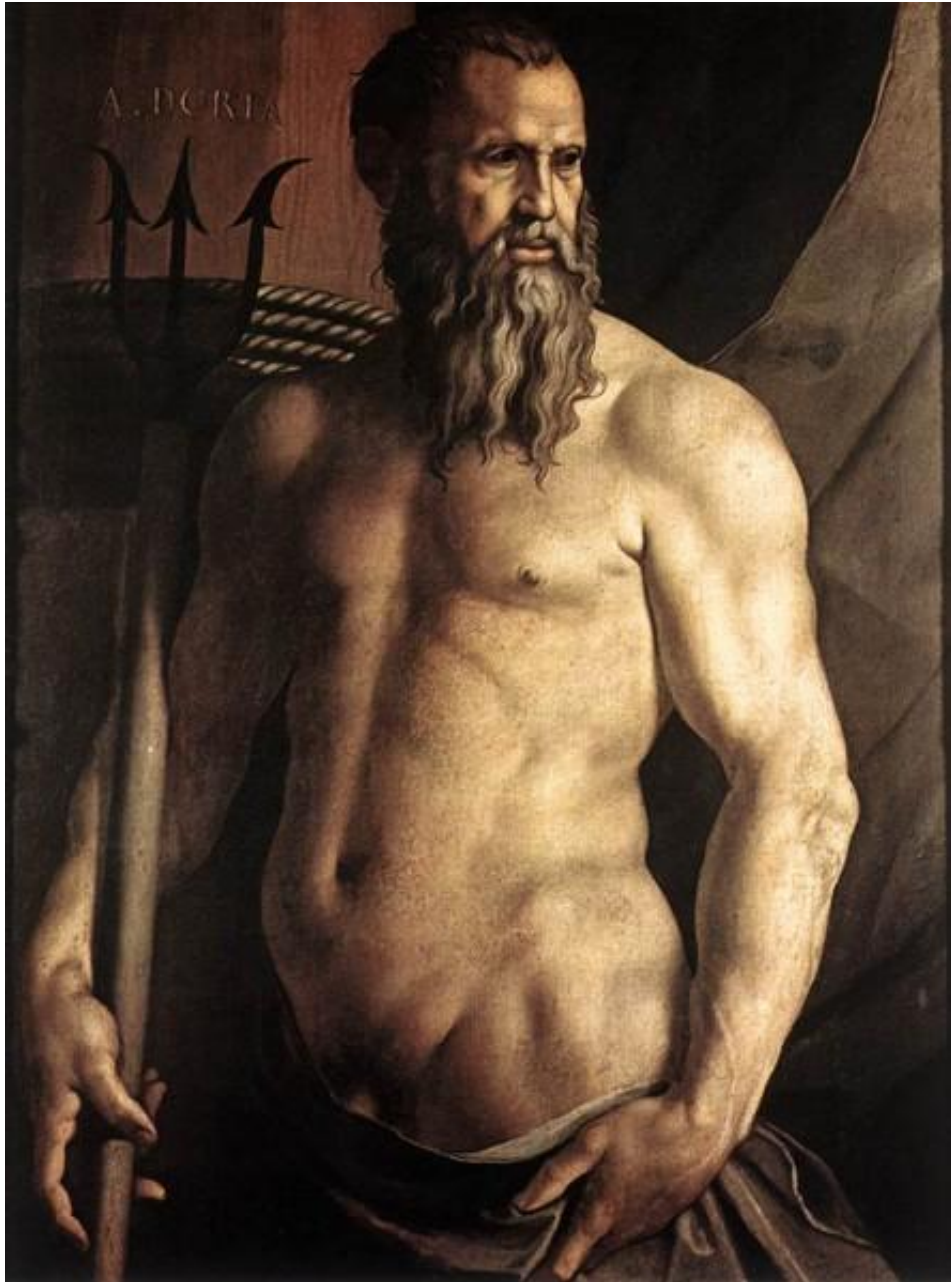
—Y los príncipes, ¿cómo están? —preguntó él.

— ¡Oh! Imagino que apenas les conoceréis. Su Alteza el príncipe don Felipe ya es un mocito de hábito corto. Es despierto e inteligente, a juicio de quienes le educan. En cuanto a la pequeña doña María, está muy bonita. Es cariñosa y buena. Los dos desean ver a Vuestra Majestad cuanto antes.

—No será su deseo mayor que lo es el nuestro —replicó el emperador que había escuchado atento y emocionado las explicaciones de la esposa—. Si supierais cuánto se les echa de menos estando lejos.

— ¿Imagináis que Vuestra Majestad no ha dejado un gran vacío en nuestro corazón? Vuestra ausencia ha sido muy sentida por todos.

—Lo sé, mi buena y dulce esposa, lo sé. Vuestro amor es muy generoso.



Retrato de Andrea Doria, por Bronzino. (Pinacoteca de Brera. Milán.)

Como siempre, le aguardaba al emperador una ardua tarea en su corte castellana. Un sinfín de problemas se amontonaba en su despacho real en espera de que él les

diera solución. Y no eran los menos los que se relacionaban con los turcos, que no le dejaban descansar a pesar de la momentánea tregua.

Tiempo después de su llegada a España, en aquel año de 1533, el emperador supo que el rey don Fernando y Solimán habían firmado un tratado mediante el que uno y otro se comprometían a no atacar sus mutuos Estados, ni siquiera como aliados de un tercero. Carlos sintió una honda pena al comprender que quedaba solo para luchar contra el peligro turco, contra la invasión musulmana que amenazaba a toda la Cristiandad. Pero no hizo ningún reproche a su hermano. Calló su dolor y se decidió a pelear solo en defensa de la Iglesia, tal como le correspondía por ser emperador y católico acérrimo.

Los turcos tenían unos aliados importantes, los piratas berberiscos que, ansiosos de botín, asolaban el Mediterráneo, atacando los Estados del norte de África y amenazando, como varias veces lo hicieron, las costas de la Península Ibérica. Ya sabemos que los habitantes de estas regiones costeras estaban fuertemente armados, por orden imperial, en evitación de que les sorprendieran tales piratas.

Los más famosos capitanes de estos berberiscos eran los hermanos Horuc y Haradin o Kairedin, llamado Barbarroja. Eran temibles. Su solo nombre hacía huir despavoridas a las gentes.

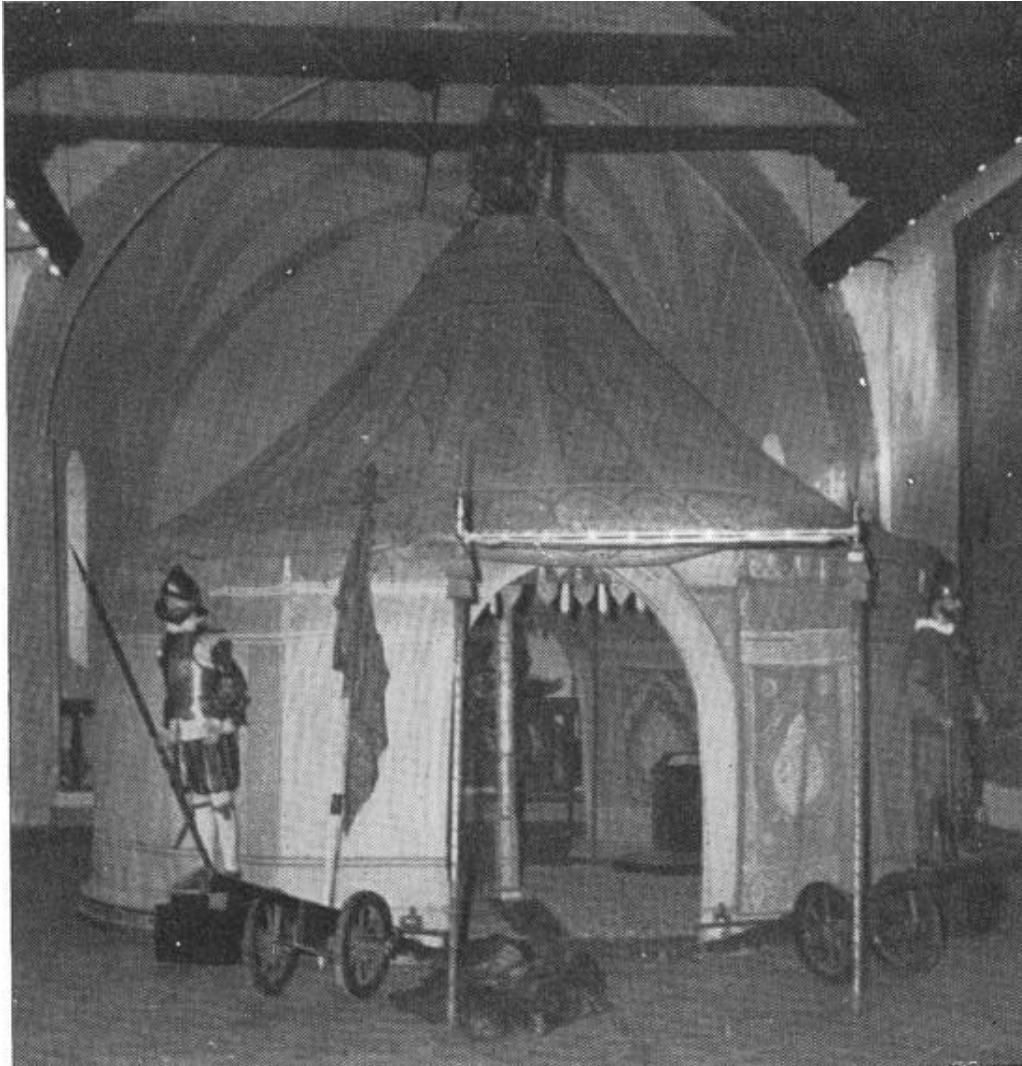
En un ataque que hicieron a Orán, Horuc murió, y entonces su hermano Barbarroja pasó definitivamente al servicio de Solimán con el nombramiento de almirante. Conseguido este título, una de las primeras hazañas hechas por él fue el apoderarse del reino de Túnez, cuyo rey era feudatario de España. Fácil es imaginar que a Solimán le satisfizo mucho esta conquista, porque era un modo de atacar al emperador sin necesidad de desplazar sus tropas hacia Europa. Y así fue reconocido como soberano de Túnez, y Barbarroja fue proclamado su virrey.

Las tropelías y avances de los turcos, mandados por Solimán y por Barbarroja, se sucedían de manera descarada.

Cada vez era mayor su atrevimiento, animados por los triunfos conseguidos. Pero el emperador no descansaba. Estaba preparando su definitivo ataque para aniquilar de una vez para siempre el Imperio otomano.

1535. Enrique VIII y Francisco I negaron su ayuda al emperador. Sólo el Papa y los príncipes italianos, gravemente amenazados por el poderío que alcanzaban los

turcos en las costas mediterráneas, le brindaron sus galeras y dineros, así como hombres y armas. Por fin Carlos V organizó una poderosa escuadra, cuyo mando otorgó al genovés Andrea Doria y al general Álvaro de Bazán, el mejor marino español de este siglo.



Exterior de la tienda de campaña de Carlos V. (Fotografía Cifra.)

Mandó también el emperador fortificar todas las ciudades costeras, españolas e italianas, y las islas. Tomó mil disposiciones para que sus gobiernos marchasen sin su presencia, y él mismo se puso al frente de la expedición, que partiría de España. Fue aquella una empresa gigantesca, que demostraba claramente el extraordinario genio político, guerrero y audaz que poseía Carlos V.

—De nuevo debemos partir y dejaros el cuidado de estos reinos, señora —dijo Carlos a Isabel—. Nos aguarda una grave misión, mas esperamos confiados que el regreso será triunfal y la alegría de veros será tan grande como lo ha sido en nuestras anteriores ausencias.



Retrato de Álvaro de Bazán, atribuido a Tintoretto. (Museo de Bellas Artes de Cataluña. Barcelona.) (Fotografía Mas.)

— ¿Es necesaria vuestra partida, señor? — preguntó angustiada la esposa.

—Lo es, mi dueña y señora. Nuestros guerreros necesitan el aliento que da la presencia de su emperador. Nos tenemos el deber de pelear a su lado y perder la vida con ellos si es preciso.

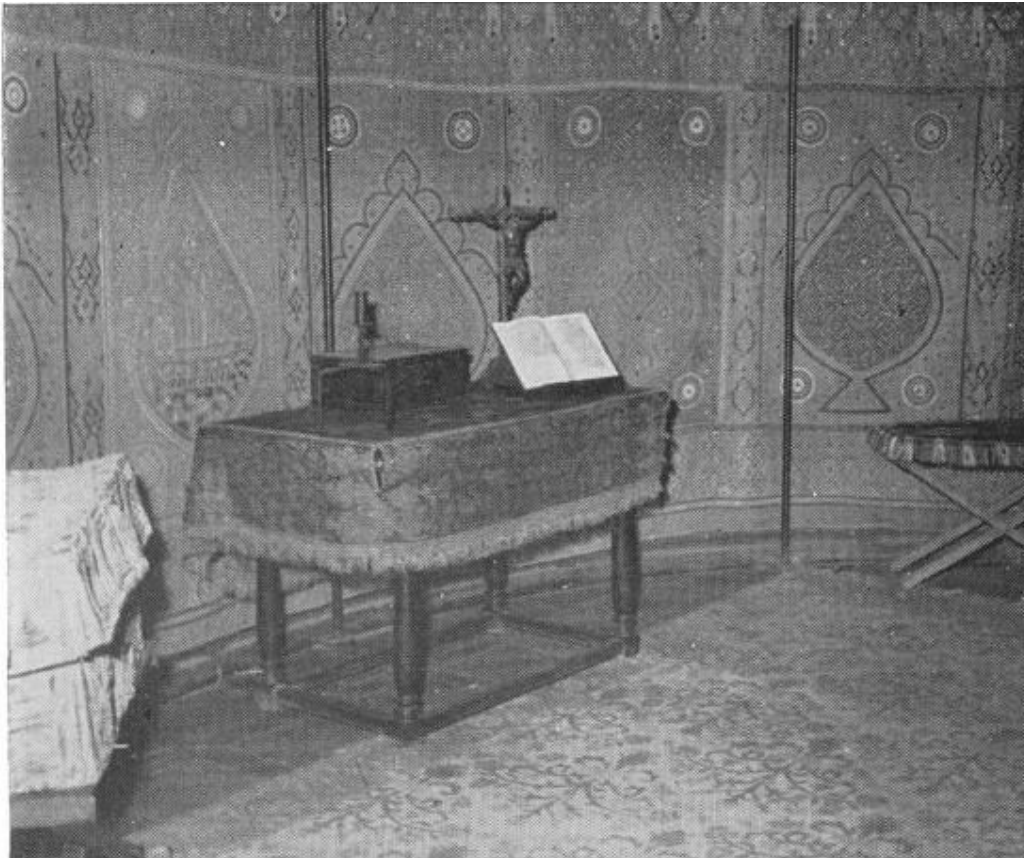
—No habléis así, os lo suplico — gimió la emperatriz.

—No queremos veros triste. Vuestra sonrisa última ha de ser el recuerdo que nos acompañe y ayude a luchar para vencer. Sonreíd, señora. Yo también os suplico que lo hagáis.

Besó la frente de la dulce esposa y luego la mano delicada que temblaba entre las suyas.

—Aunque nos hemos despedido cien veces de nuestros amados hijos, hacedlo una vez más en nuestro nombre. Por favor...

—Así se hará, majestad. Que Dios os guíe.



Interior de la tienda de campaña de Carlos V. (Fotografía Cifra.)

—Que Él quede con vos.

Y así, dulce y amablemente, se dieron un nuevo adiós. De Madrid a Barcelona, de Barcelona al mar...

La emperatriz volvió a quedar sola y al frente del gobierno de España y sus Estados.

—¿Quién va a tomar el mando supremo de la armada, majestad? — preguntó alguien en la nave capitana.

—¡Éste —contestó el emperador con el crucifijo en alto—, cuyo alférez soy yo!

Profunda fe la de Carlos, y profundo acto de humildad el suyo.

Era el 30 de mayo de 1535 cuando las naves zarparon rumbo a Túnez.

A pesar de que todos los preparativos se hicieron con la mayor cautela, Solimán se enteró y temió que todo fuese organizado en su contra. Sintió cierto miedo y se fortaleció en Túnez y la Goleta. Estaba seguro que aquél era el mejor lugar para resistir todos los ataques.



Batalla de la Goleta, en la expedición de Carlos V a Túnez. (Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

La poderosa armada organizada por el emperador avanzaba por aguas mediterráneas. En vanguardia iban los portugueses, en el centro el emperador, y en retaguardia don Álvaro de Bazán. Y tras varias jornadas de buena navegación llegaron a las costas africanas. El ejército acampó sobre las ruinas de Cartago. Y comenzaron los reconocimientos y disposición de planes de ataque y defensivos.

Hubo varias escaramuzas en mar y en tierra. El emperador era quien más se distinguía por su valor y arrojo. Siempre estaba en los lugares de mayor peligro, animando a sus soldados, que rivalizaban en valentía. Portugueses, alemanes, italianos, españoles... todos querían ser mejores que sus compañeros. Y así el combate era de una grandeza extraordinaria.

Sitieron la Goleta, fortaleza que cerraba el camino hacia Túnez. Fue un sitio duro, que duró tres semanas. Los cañonazos bien dirigidos desde las naves abrieron brecha en el fortín, y los imperiales penetraron por ella con furia incontenible. El 14 de julio, Carlos hizo su entrada triunfal en la Goleta, después que los turcos se hubieron retirado despavoridos.



Litera de campaña de Carlos V. (Fotografía Cifra.)

Fue una victoria magnífica. Y se logró un botín espléndido. Más de cuatrocientas piezas de artillería, cuarenta y dos galeras, cuarenta y cuatro bergantines y ochenta y seis embarcaciones menores... ¿Qué más se podía desear? Se había peleado fuerte, pero el triunfo valía la pena. Y todos los soldados, con sus capitanes, incluido el emperador, lo celebraron ampliamente.

— ¡Se ha ganado la Goleta! ¡Hemos vencido! ¡Viva el emperador! Voces como éstas se oían por doquier. El espíritu animoso anidaba en todos los vencedores.

Muley Hasán, el rey que se vio despojado de Túnez, se presentó al emperador en la misma Goleta. Su aspecto era desastroso. No en balde anduvo durante siete meses por montes y cuevas, temiendo ser alcanzado por Barbarroja. Con floridas palabras, muy propias del lenguaje moro, Muley Hasán dio las gracias a Carlos por la generosidad con que había venido en su ayuda, y le prometió eterna fidelidad por ello.

—Gran rey, Dios te ensalce, Dios te mantenga y prospere con los tuyos, y te dé victoria de tus enemigos — terminó.

—Queriendo Dios, yo te quitaré de las fatigas y trabajos que por mar y tierra Barbarroja te pueda dar — le dijo el emperador, sonriendo con su bondad acostumbrada y mirándole con afecto.

Luego el emperador ordenó que se diera alojamiento y trato excelente a Muley Hasán y los moros que le acompañaban. Por aquellos días, Carlos tenía que moderar sus esfuerzos, porque la terrible enfermedad de la gota, que ya entonces sufría, le producía grandes dolores. Y bien que lo lamentaba, porque estaba persuadido de que su persona imperial hacía mucha falta en el campo. Y así era.

Lo que supo el emperador, al entrar en la Goleta, y le dolió muchísimo, es que gran cantidad de la artillería empleada por los turcos en contra de ellos llevaba grabada la flor de lis. Esto demostraba que, llevado de su tremendo odio, Francisco I se había unido secretamente con Solimán, el peor enemigo de la Cristiandad. Carlos sintió que su corazón se llenaba de amargura. Y no pudo reprimir un pensamiento que dedicó a su hermana, la abnegada Leonor, casada con aquel francés que había sido capaz de olvidar todas sus creencias y toda su dignidad para aliarse con semejante bárbaro. ¡Pobre Leonor! ¿Sería feliz en su matrimonio con Francisco?

El 20 de julio comenzaron las jornadas hacia Túnez.

—No abandonaremos África hasta que hayamos puesto en libertad a los veinte mil cristianos que están cautivos en Túnez, y restituido el trono a Muley Hasán. Estamos resueltos a morir en África o vencer y entrar en el reino de nuestro feudo. Así habló el emperador antes de la partida. El infante Luis de Portugal, hermano de la emperatriz, que le acompañaba al frente de sus portugueses, y el duque de Alba,

así como los demás caballeros, estuvieron de acuerdo con las palabras reales. Y con este bueno ánimo, emprendieron la batalla que prometía ser más dura que la de la Goleta.

En la expedición iban grandes y famosos generales, pero el emperador quiso dirigir las operaciones por sí mismo. La marcha— fue penosa.

A falta de bestias de tiro, los hombres tenían que arrastrar a brazo la artillería por un suelo de arena movediza. El sol caía a plomo sobre los valerosos soldados, que, abrasados por la sed y rendidos por la fatiga, rompían filas y se desmandaban en busca de agua y un poco de sombra. ¡Qué difícil fue contenerles! ¡Cuánta energía fue necesaria para alentarles a proseguir la horrible marcha!

—No puedo más... Voy a dejar el cuerpo a trozos por el camino — se quejaban unos.

—Si he de andar mucho más, tendrán que llevarme a cuestas — decían otros.

Llevaban cinco millas recorridas, entre sudor, cansancio y sed, cuando se encontraron a Barbarroja que les hacía frente con un poderosísimo ejército.

Barbarroja confiaba en el triunfo. Su gente era mucho más numerosa que la del emperador. Y además, las tropas de Carlos I estaban rendidas por la fatiga y la sed. Mas las ventajas de sus posiciones, la superioridad en número y efectivos y el arrojo de los piratas, se estrellaron contra la disciplina, el valor y los certeros disparos de las tropas imperialistas, dirigidas por expertos capitanes y por las órdenes directas y acertadas del emperador.

— ¡Santiago y a ellos! — era el grito enardecido que brotaba del pecho de los españoles. Y así cada contingente de tropas, las portuguesas, las italianas y las alemanas, atacaban bajo el ímpetu de sus gritos guerreros.

El emperador, en medio del fragor de la batalla, se sintió emocionado. Podía ver entonces, en aquellos difíciles momentos, cuán grande era el valor de sus españoles y cuánta la lealtad en servirle.

El impulso de los imperialistas fue tal, que los de Barbarroja se retiraron y fortificaron en Túnez, no atreviéndose a salir nuevamente al campo abierto.

El día era de fuego, el calor era abrasador... Las tropas se lanzaron a los pozos de agua, que antes habían estado en poder de los moriscos, y se hartaron de beber y remojar los cuerpos lacerados.

—Más cuidados tengo de vosotros que de mí —dijo el emperador, lamentando que sus hombres tuvieran que padecer de aquel modo—.

Esforzaos, soldados. Os prometo que si sufrís calor, Nos pasamos el mismo, y que si la sed os abrasa, a Nos nos atormenta tanto que aun la saliva no podemos echar de la boca.

Tan temeroso estaba Barbarroja de la suerte que podía caberle si el emperador le alcanzaba, que huyó también de Túnez, dejando la ciudad desamparada. Pero es que antes había ocurrido algo inesperado.

Los cautivos que estaban en las lóbregas mazmorras de la ciudad consiguieron verse libres y se desbordaron por las calles, atacando a las gentes de Barbarroja con la misma crueldad que ellos habían empleado antes. ¿Cómo no tenía que huir aquel pirata ladrón y aventurero que sólo era valiente ensañándose con los débiles? Pero el emperador ignoraba que tuviese el camino libre hasta Túnez, y al amanecer del día 21, emprendió el camino hacia la ciudad, con toda clase de precauciones. Polvo, calor y sed. El día prometía ser tan agotador como el anterior.

Al llegar a las puertas de la ciudad, Muley Hasán se adelantó y dijo al emperador:

—Gran señor, hoy tienes los pies donde jamás los puso príncipe cristiano.

—Espero en Dios que los pondremos más adelante a pesar de Barbarroja — repuso Carlos.

Y claro que los puso más adelante. Porque en la ciudad no había asomo de enemigo, y en cambio sí estaban los cautivos que salieron a recibirles con entusiasmo. El emperador dio las gracias a estas gentes que tanto les ayudaron, y les concedió la libertad a todos. Fue una gran redención que nunca olvidaría la historia de la Cristiandad.

Durante seis días el emperador y Muley Hasán estuvieron tratando las cosas del reino y las condiciones con que Carlos restituía el reino al moro. Muley Hasán permitiría el culto católico en sus dominios, donde además no existiría ningún cautivo cristiano; Carlos recibiría en propiedad las ciudades de Bona y Bizerta y el fuerte de la Goleta; Muley Hasán pagaría fuertes tributos; existiría una mutua y eterna amistad entre el emperador y sus sucesores y el rey de Túnez y los suyos; ningún corsario enemigo del César hallaría refugio en aquellas tierras ni en ningún dominio de Muley Hasán.

Se firmaron tales condiciones, y ambos reyes juraron cumplirlas. Al despedirse el emperador dijo a Muley Hasán:

—Hemos ganado este reino derramando la sangre de los nuestros. Tu le has de conservar ganando el corazón de los tuyos. No olvides los beneficios recibidos y trabaja para olvidar las injurias que te han hecho.

Barbarroja se refugió en Argel y Carlos quería dirigirse hacia allí para acabar para siempre con el peligro. Pero sus consejeros se lo quitaron de la cabeza. No era el momento oportuno. Y dejando una buena guarnición en la Goleta, la armada se hizo a la mar, rumbo a Italia.

Así terminó aquella gloriosa expedición, que demostró la generosidad inmensa del emperador. Mientras otros príncipes sólo pensaban en sí mismos y en la seguridad de sus Estados, Carlos I de España y V de Alemania pensaba en la defensa de toda la Cristiandad y en la seguridad de Europa entera, aun a costa de diezmar su ya quebrantada fortuna, de ver morir a sus queridos vasallos y de ver agotarse sus fuerzas, atacadas por la enfermedad, viéndose además obligado a permanecer la mayor parte de su tiempo alejado de la paz del hogar y la familia.

El peligro turco quedó atajado por el momento. Diremos que seis años después, en el 1541, el emperador organizó una nueva expedición para ir a la conquista de Argel. Pero una fuerte tormenta destruyó su escuadra, y tuvo que retirarse sin ver culminados sus sueños. Pero éstos fueron realidad en el año 1550, con la conquista hecha por don Hernando de la Vega y don García de Toledo. El emperador lograba así acabar con uno de los problemas que más le preocuparon durante su reinado.

Capítulo 10

Tregua de Niza y Ultramar

Enfrascados en la guerra contra los turcos, hemos olvidado varios acontecimientos importantes en la vida del emperador, que ahora iremos relatando de manera breve.

Mercurino Gattinara, el fiel consejero cesarista, había muerto. Con él desaparecía el último personaje cuya influencia fue constante junto al emperador desde su infancia. A Carlos le rodeaban infinidad de cortesanos, servidores y amigos, consejeros y juristas que se desvivían por adivinar sus intenciones y satisfacer sus deseos. Pero Carlos, en medio de ellos, se sentía solo. Reciente la muerte de su tía, la archiduquesa de Austria, y ahora, la de Mercurina Gattinara, perdía el apoyo y la amistad que jamás le faltaron en los momentos más difíciles y en las cuestiones más arduas. En adelante las graves decisiones debería tomarlas por sí mismo, sin confiar en la experiencia que tantas y tantas veces le sirvió para salir airoso del paso. Pero la vida sigue su curso, y hay que resignarse con los designios de Dios. Carlos, católico ferviente, se resignó y, aunque guardando un buen recuerdo en su corazón para el leal consejero desaparecido, se aprestó a mirar de frente la vida contando con sus propias fuerzas.

Otros dos acontecimientos hubo en su vida que fueron interesantes para su política. Decidido a proseguir el lema de los Habsburgo como hasta entonces hizo, ordenó dos bodas en su familia. Las razones de Estado exigían estos sacrificios. Y aunque su hermana doña María protestó con energía, Carlos no cedió en su intento.

Y así, su pequeña sobrina, Cristina, de apenas doce años, hija de los fallecidos Cristián de Dinamarca e Isabel de Austria, partió de Flandes con lujoso séquito hacia Milán. Aquí casó con Francisco Sforza, duque de Milán.

Y su joven hija natural, Margarita, que contaba entonces unos catorce años, abandonó asimismo Flandes, también con espléndido cortejo, camino de Florencia. En este Estado casó con Alejandro de Médicis, duque de Florencia.

De este modo el emperador se atraía a dos de los más poderosos Estados italianos. Y las dos chiquillas, víctimas de esta política habsburguesa, acataron la voluntad

imperial sin oponerse en absoluto, sabedoras de que las razones de Estado eran más importantes que sus propios sentimientos.

¡Ah! Y todavía falta un tierno y dulce acontecimiento familiar. Estaba Carlos I atacando la bien defendida posición de la Goleta, en aquellos penosos y difíciles días que transcurrieron en África, y en los que él demostró ser el más aguerrido de sus tropas, cuando llegaron hasta las costas africanas varias naves de España con refuerzos y noticias. Una carta le notificaba que había sido padre por cuarta vez.

Efectivamente. La Emperatriz dio a luz al cuarto de sus vástagos. Era una niña, y se la llamó Juana. Carlos I, aislado de la furia que se desbordaba a su alrededor en aquellos momentos, sintió que su corazón se llenaba de infinita paz. La dulce y buena Isabel, la esposa amada, cumplía dignamente su misión, mientras él se veía privado de estar a su lado y alentarla en el penoso trance. ¡Cuánta crueldad la de la guerra! ¡Qué tristeza no poder vivir personalmente la alegría de ver nacer un ser tan nuestro como es un hijo! Pero el deber es así. Y Carlos se resignó una vez más a olvidar sus sentimientos personales para entregarse a las obligaciones de su cargo. En el corazón quedaba el deseo de llegar cuanto antes a España y ver la niñita que su esposa le había dado, como un nuevo fruto de aquel amor sincero que les unía.

1536. Concluida la expedición a África, con las consiguientes victorias de la Goleta y Túnez, el emperador partió hacia Italia, tal como hemos dicho. Necesitaba entrevistarse con el Papa Paulo III, sucesor de Clemente VII, sobre las cuestiones protestantes y turcas.

Pero ocurrió por aquellos días un suceso que debería truncar la momentánea paz que existía entre Carlos I y Francisco I. Francisco Sforza, duque de Milán, murió sin dejar hijos. Y a tal efecto, dejó en su testamento como heredero y sucesor suyo al emperador Carlos. Lógicamente esto no agradó ni poco ni mucho al rey francés, quien se apresuró a desacreditar al emperador, diciendo por todas partes que aquel ducado le pertenecía, porque el mismo Carlos lo había prometido para uno de sus hijos. Los ministros y embajadores franceses se cuidaron de divulgar bien la noticia, hasta que llegó a oídos del propio emperador.

Cuando llegó a Roma, Carlos ofreció sus respetos al Papa, y éste le recibió con un afecto paternal y bondadoso. Celebraron largas entrevistas. Y uno de los temas

predilectos fue tratar sobre la eterna enemistad que el francés le demostraba, explicando Carlos con todo detalle las relaciones que hasta el momento habían tenido, las guerras, las entrevistas, los motivos de disgusto, etc.



Soberbio busto del emperador, obra de León Leoni.

— ¿Tenemos Nos, por ventura, que hacer pobres a nuestros hijos, por enriquecer a los ajenos? —exclamó vivamente indignado, pues poco a poco, conforme hablaba, se fue exaltando—. Que sepa el rey Francisco, y sepan todos los que nos escuchan,

y con ellos todo el mundo, que ni tenemos que dar a nadie lo nuestro, ni tomar tampoco lo ajeno. Que no diga el rey que le engañamos. Que sepa bien nuestras intenciones. De aquí nos iremos con el favor de Dios a Lombardía, juntaremos allí el mayor ejército que podamos, y con él entraremos en Francia y procuraremos vengar nuestras injurias y las de los nuestros, como a nuestro oficio conviene hacerlo.

La terminación de su ardiente discurso con estas palabras arrebatadas, impropias de su natural apacible, impresionaron a todos los presentes. Y en seguida, como si se arrepintiese de lo dicho, añadió:

—Mas creemos que será mejor evitar los grandes daños que siguen a las guerras, donde padecen los que no tienen culpa. Mejor será que la cuestión se decida entre ambos por las armas. Desde ahora decimos que le desafiamos y provocamos, y prometemos matarnos con él, como y de la manera que él prefiera. Confiamos en Dios que como hasta hoy nos ha sido favorable y nos ha dado la victoria contra él y contra todos los enemigos suyos y nuestros, nos la dará también ahora y nos ayudará a nuestra causa justa.

—No más, hijo mío —le interrumpió el Pontífice realmente asustado por el tono de voz del emperador y por la veracidad que respiraban sus palabras—. Desenójese Vuestra Majestad. Reporte esa muy justa indignación que le domina. Dios quiera que nunca se celebre tal duelo, ni que se dé lugar a que vuestra persona, que tanto importa en el mundo, se ponga en este riesgo y peligro.

—Beso a Su Santidad la mano por estas bondadosas palabras. No las olvidaremos nunca — respondió emocionado el emperador.

Paulo III evitó el duelo, claro está, mas no pudo evitar que la declaración de guerra llegase hasta el rey Francisco, por mediación de su embajador en Roma. La verdad es que el francés ya hacía tiempo que estaba preparándose para atacar por su cuenta. Las hostilidades comenzaban de nuevo. La guerra entre ambos rivales seguía en pie.

Francisco I entró en Italia con sus tropas y ocupó el Piamonte. Italia era para el francés una de sus metas favoritas. Entretanto, el emperador, por consejo de Antonio de Leiva, héroe de Pavía y gobernador de Milán desde la muerte de Sforza, ordenó la invasión de Francia. Este país fue atacado por el norte y el sudeste, pero

desgraciadamente ambos intentos fracasaron de manera total, y el emperador decidió replegar sus tropas.



Arnés de infante labrado en Italia para Carlos V y decorado con fina labor de ataujía de oro. (Fotografía Cifra.)

El Papa, deseoso de lograr la concordia entre ambos príncipes, no cesaba de intervenir cerca de uno y otro, instándoles a que firmasen una paz eterna y duradera. Pero de momento no consiguió calmar los ánimos a pesar de sus desesperados esfuerzos.

Escaramuzas, desafíos, asaltos, ataques, revueltas... La rivalidad entre Carlos y Francisco seguía llenando de sangre a Europa. El tiempo pasaba y el emperador

deseaba regresar a España para besar a su esposa y a sus hijos, y conocer a la pequeña doña Juana. Además, su presencia era ya necesaria en la península, donde se quejaban de su prolongada ausencia.

Así es que dejó una buena guarnición en Niza y la gobernación de Lombardía al marqués del Vasto, pues el valiente Leiva había muerto en la desdichada campaña francesa, y partió hacia España, a donde llegó en el mes de noviembre.

Estando en Madrid, en enero del 1537, llegaron noticias de una nueva desgracia acaecida a la familia imperial. Doña Margarita, la hija natural de Carlos I, quedó viuda al año escaso de casada, al morir asesinado su esposo Alejandro de Médicis por un pariente próximo. De este modo, las dos chiquillas, Cristina y Margarita, sacrificadas a la razón de Estado, se vieron libres y dispuestas para nuevos proyectos que sirvieran a la singular política del emperador.

En la paz de España el fatigado Carlos recobraba los ánimos perdidos. Eran muchos los acontecimientos que le rodeaban y que se sucedían con una rapidez vertiginosa, enlazando unos con otros, sin darle tiempo a reponerse. Por eso aquel pequeño alto en la agotadora carrera que era su vida, fue un agradable remanso. El amor profundo de Isabel le hacía olvidar las luchas pasadas y las horas amargas. El cariño ingenuo y tierno de Felipe, de María y de la diminuta Juana, llenaba muchas de sus horas.

—Nuestro Imperio es grande, pero ¡qué caro nos cuesta! — se dolía.

— ¿Por qué habláis así, majestad? — preguntaba Isabel.

— ¿Sabéis vos cuánto se anhela esta paz y esta bendición de hogar cuando se está en el campo de batalla e inmerso en los agotadores problemas políticos?

—Trabajáis demasiado, señor. Deberíais descansar parte de vuestra tarea en los consejeros.

—Ya nos ayudan. Pero nuestra presencia y nuestra decisión son necesarias siempre. Y tenemos los reinos tan dispersos por la geografía que nos resulta difícil estar en todas partes, tal como quisiéramos y tal como lo piden los súbditos. Es abrumadora la responsabilidad.

Los torneos, las corridas de toros y las partidas de caza eran también válvulas de escape en aquellas cortas estancias en España. Y no digamos cuánto disfrutaba con aquellas largas conversaciones con Alonso de Santa Cruz, el primer cosmógrafo de

la corte, pues no hay que olvidar que la astronomía era una de sus pasiones favoritas.

Mas estaba visto que Carlos I no podía permanecer quieto mucho tiempo en un mismo lugar. Los buenos oficios de Paulo III dieron al fin sus resultados. Después de una interminable serie de correos y embajadas, consiguió el Pontífice que tanto Carlos como Francisco accedieran a verse en su presencia, para tratar de firmar la ansiada paz.

Se concertó que la entrevista tuviese lugar en Niza. Y el emperador, que jamás se negó a firmar la paz siempre que sus enemigos se la pidieron, poniendo en ello toda su buena voluntad, también en aquella ocasión quiso brindar la oportunidad a Francisco, y se puso en camino, partiendo de Barcelona en las galeras de Doria. Una vez más tenía que abandonar España, tras despedirse tristemente de Isabel y los príncipes.

El Papa se instaló en Niza, el emperador en Villefranche, y el rey en Villeneuve. Carlos y Francisco visitaron alternativamente al Pontífice, procurando no encontrarse nunca, a fin de guardar la debida etiqueta. Y después de largas conversaciones, el Papa hizo que se firmase la llamada Tregua de Niza por diez años. Se publicó en San Francisco de Niza el día 18 de junio de 1538, en presencia de Paulo III y de los representantes de ambos firmantes.

La noticia fue acogida, tanto en el Imperio como en Francia, con grandes fiestas. De nuevo parecía brillar el sol de la paz sobre aquellos rivales encarnecidos que no se concedían descanso. Diez años eran suficientes para aplacar los ánimos exaltados. ¡Quién sabe si ya no volverían a encenderse! Al menos ésta era la esperanza que alentaba en el corazón de los súbditos.

Y para sellar de manera firme la paz de Niza, Francisco I pidió a Carlos que, en su camino de regreso a España, le concediese el honor de verse en Aguas Muertas, al tiempo que le decía que sería un gran placer para él recibirle en tierras de Marsella. El emperador accedió, pues ya hemos dicho que nunca se negó a actos de buena voluntad.

Carlos ancló sus galeras a media legua del puerto de Marsella. Y hasta allí vino a visitarle el francés. El emperador, que si era ducho en el arte de la guerra y la política, no lo era menos en el de la cortesía, recibió con todos los honores a su

cuñado. La verdad es que a Carlos no le acababa de agradar que Francisco le visitase en su propia galera, porque esto le obligaba a devolverle luego la visita en tierra, y él no deseaba desembarcar. Mas el rey se empeñó en pisar la galera española. Y lo hizo. Ambos rivales se abrazaron con amistad y afecto, borrando de un solo golpe los veinte años de guerras cruentas.

Todos los caballeros de la corte del emperador besaron las manos al rey como símbolo de paz. Y uno de los nobles franceses que acompañaban al rey insinuó que sería conveniente que Carlos pisase tierra francesa. Como el emperador frunciera el gesto, Francisco se apresuró a decir:

—Dejaos de eso, condestable. Su Majestad pensará en ello y hará lo que conviniere. Después de una hora de charla y ceremonias, Francisco I abandonó la galera. Carlos I quedó pensativo. ¿Tendría que desembarcar? Consultó a los caballeros y secretarios. Unos aconsejaron que no, otros se abstuvieron de opinar. Sólo el duque de Alba señaló:

—Mi consejo es que Vuestra Majestad debe salir a tierra, siquiera para que no carguen sobre su conciencia todas las culpas de la guerra y enemistades. Esto ocurriría si rehúsa de confiarse al rey, que tan llana y sencillamente ha venido a la galera imperial.

—Creo que tenéis razón —asintió Carlos—. Que por Nos no se malogren los frutos de esta paz que tantos desvelos ha costado a Su Santidad. Iremos con cuantos caballeros de nuestro séquito quepan en tres esquifes. Ni uno más debe ir a tierra. Es nuestro deseo.

Y así se hizo. En tierra fue recibido con gran amor y cortesía por el rey, y la reina Leonor y el delfín.

—Bien venido sea Vuestra Majestad — saludó Francisco.

Bien hallado, mi querido hermano y señor — replicó Carlos.

—Vuestra amistad es mi mayor tesoro en la tierra — dijo emocionada Leonor al tiempo que su hermano se acercaba para abrazarla.

—Y veros tan feliz es el mayor placer que Nos hemos experimentado en mucho tiempo, señora — repuso Carlos, observando atentamente el rostro de su hermana, en espera de adivinar si era cierta la felicidad que reflejaba el rostro femenino o era

sólo deseo de engañarle para evitarle más penas. Realmente la dicha parecía sincera.

Fiesta, banquete, ceremonia, abrazos, regalos, alegría... Nada de negocios ni asuntos graves. Todo debía ser amable en aquella memorable visita. Y lo fue, en efecto. El mundo entero se maravilló de tal amistad. Ojalá fuese franca y duradera. Más eso sólo Dios lo sabía, y por el momento guardaba celosamente el secreto.

Ultramar

Ultramar. Esta palabra era el señuelo perseguido por muchos aventureros y patriotas españoles, algunos de los cuales vieron hecha realidad su ambición.

No seríamos justos si pasáramos por alto la gigantesca labor que Carlos I de España y V de Alemania hizo al otro lado del mar, en la recién descubierta América.

No todo, en el reinado del genial emperador, fueron guerras crueles que contribuían a arruinar el fértil y poderoso reino de España y a segar la vida de sus valerosos hombres. No. Hubo también otras batallas que aumentaron las riquezas de la Península y aumentaron también el número de súbditos del emperador. Fueron estas batallas las conquistas hechas por grandes españoles en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo.

Hemos dejado muy olvidada esta interesante parte de la Historia, y aprovecharemos la paz que concedía la Tregua de Niza para remediar nuestro olvido y ganarnos con ello el perdón del lector.

Una de las primeras conquistas fue la primera vuelta al mundo, empresa que requirió gran valor y audacia por parte de quienes la llevaron a cabo y gran confianza por parte del emperador, por aquel entonces recién llegado a España.

El 20 de septiembre de 1519, salió del puerto de Sanlúcar una flota compuesta por cinco naves tripuladas por doscientos setenta hombres.

Las naves eran la «Santiago», la «San Antonio», la «Concepción», la «Trinidad» y la «Victoria». Mandaba la expedición Fernando de Magallanes, noble portugués que, disgustado con el rey de Portugal por ciertas injusticias cometidas con su persona, pasó al servicio de Carlos I. Magallanes llegó a Río de Janeiro, costeó el Río de la Plata y siguió hacia el Sur hasta llegar al puerto de San Julián, donde decidió invernar. Era ya el año 1520.

Tras la dura y penosa invernada, durante la que tuvo que reprimir la sublevación de los españoles que deseaban regresar a la Península, continuó Magallanes rumbo al Sur. Descubrió entonces el estrecho que lleva su nombre y salió de nuevo al mar libre, al que dio por vez primera el nombre de océano Pacífico. Hay que hacer constar que al atravesar el estrecho, llamado ya de Magallanes, perdió dos de las naves. La «Santiago» se estrelló contra la costa, y la «San Antonio», mandada por un sobrino suyo, huyó hacia España, a pesar de los intentos que hizo por retenerla.



Fernando de Magallanes, noble marino portugués, que partió de Sanlúcar el 20 de septiembre de 1519, dispuesto a dar la primera vuelta al mundo. (Fotografía Mas.)

Tres meses después, tras penosa navegación a través del desconocido océano, los intrépidos expedicionarios llegaron a las islas Marianas. Descansaron y repusieron víveres, para continuar en seguida el viaje hasta llegar a las Filipinas, donde muchos de sus reyecillos se declararon vasallos del rey de España.

Pero la gloria de Magallanes estaba próxima a apagarse. Al desembarcar en el islote de Mactan, el 27 de abril de 1521, el gran navegante con algunos de sus hombres fue atacado furiosamente por los indígenas. El propio Magallanes, sin poder disfrutar la culminación del sueño de su vida, murió en la lucha, acribillado de heridas.

Las desgracias se sucedieron, y la expedición amenazaba con no llegar a su término.



Juan Sebastián Elcano, marino vasco, que culminó el sueño de Magallanes. Regresó a Sevilla el de septiembre de 1522, abordo de la nave «Victoria». (Fotografía Mas.)

Pero llegó contra toda adversidad. De las cinco naves sólo la «Victoria», mandada por el marino vasco Juan Sebastián Elcano, arribó a Sevilla con sólo veintidós hombres. Era el 7 de septiembre de 1522, casi tres años después de la partida. Con aquella fabulosa hazaña quedaba prácticamente demostrada la redondez de la tierra.



Escena de la conquista de México, llevada a cabo por el valiente Hernán Cortés, hidalgo extremeño. (Obra de M. Ramírez. Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887. Madrid.) (Fotografía Mas.)

Los heroicos marinos fueron recibidos solemnemente en la corte por Carlos I.

—La Historia hablará de vos, señor —le dijo el rey—. Juan Sebastián Elcano y el malogrado Fernando de Magallanes serán glorias de nuestra España. Pero Nos, hoy por hoy, tenemos el placer de ennobleceros concediéndooos como escudo un globo terráqueo coronado y orlado con la leyenda: «Primus circumdedisti me». Además, os otorgamos un premio vitalicio de quinientos ducados de oro anuales.

—El honor que Vuestra Majestad me concede es demasiado generoso —respondió Elcano—. Mi acción no tiene tanto mérito como vos le concedéis. Y tampoco hubiera sido posible sin la ayuda y el aliento de los marineros que me han acompañado con valor inagotable.

—Nuestro deseo es armarles caballeros, como recuerdo de esta hazaña a la que también ellos han contribuido generosamente. Y es nuestra real voluntad que todos os enriquezcáis con el valioso cargamento de especias que ha traído la «Victoria». Para ello os repartiremos buena parte de esa carga.

—Gracias, majestad. Vuestras bondades vienen a sumarse al placer que todos experimentamos al haber contribuido a aumentar la gloria de España con la empresa realizada.

Y así acabó lo que parecía irrealizable y fue un gran triunfo.



Escena de la vida del conquistador Cortés, tras haber dominado el fabuloso imperio azteca. (Pintura del siglo XVIII. Colección Sala. Barcelona.)

México. He aquí una soberbia y fabulosa conquista que aumentó los dominios de España y llenó de riquezas las siempre vacías arcas de España. Fue este un espléndido regalo que le llegó al emperador poco después de su coronación en Aquisgrán.

Hernán Cortés, hidalgo extremeño, fue el héroe de esta conquista, repleta de episodios magníficos y cuajada de hazañas inverosímiles, por lo espectaculares y nuevas.

Tabasco, Zempoala, Anahuac, Tlascala, Cholula... fueron ciudades mejicanas que se convirtieron en escenario de tremendas luchas y grandes victorias para los españoles. Era una ruta que debía llevarles al corazón del Imperio azteca, verdadera sede de todo el poder mejicano. Sabedor de la llegada de los extranjeros, el emperador Moctezuma salió a recibirles con gran ceremonia, encubriendo en su sonrisa de cortesía la ferocidad que le hacía ser temido por todos los pueblos y tribus que formaban el poderosísimo imperio.

Hernán Cortés y Moctezuma, seguidos de sus séquitos y tropas, hicieron su entrada en la maravillosa ciudad de Tenochtitlán. Era una ciudad rodeada de canales, con importantes torres, templos y edificios, y oro, mucho oro por todas partes.

La situación parecía buena para los españoles. Pero ciertos acontecimientos obligaron a Hernán Cortés y su gente a abandonar la ciudad de Tenochtitlán y emprender la retirada. Los indios les persiguieron fieramente. Y los españoles tuvieron que luchar hasta el límite de sus fuerzas, abandonando caballos y cañones, para poder salvar los canales y salir de la ciudad en la tristemente famosa Noche Triste, que fue la del 1 de julio de 1520.

Cuando a la mañana siguiente Cortés pudo darse exacta cuenta del desastre sufrido por sus tropas, se dice que, a pesar de su entereza, derramó amargo llanto. Era tanto lo conseguido hasta entonces con verdadero esfuerzo, y tan doloroso verlo perdido todo en una sola noche, que difícilmente podía soportar la desdicha un corazón, por enérgico que fuese.

Y no fue eso todo, Cortés tuvo que seguir retirándose hacia Tlascala, perseguido aún por los aztecas indómitos. Y en la llanura de Otumba fue sorprendido por un numeroso ejército indio, trabándose una espantosa lucha a vida o muerte. Más Cortés, conquistador por temperamento y valiente por español, logró arrebatarse el estandarte indio, con lo que el ánimo de los indígenas comenzó a decaer hasta provocarse una general desbandada, que terminó en una sangrienta derrota india y una triunfal victoria española.

En la primavera siguiente, la del 1521, sitió de nuevo la capital azteca y, a pesar del tesonero ahínco con que se defendieron los indios, los españoles conquistaron por completo Tenochtitlán, quedando de este modo en sus manos el fabuloso Imperio de México.

En 1522 todas las tribus se habían rendido a Cortés, y el emperador Carlos V le nombraba capitán general y justicia mayor de los territorios mejicanos, que poco después constituían un virreinato que se llamó Nueva España.



Francisco Pizarro, humilde extremeño, que conquistó para Carlos V el fantástico imperio inca del Perú. (Fotografía Mas.)

América Central era otro espléndido escenario para las grandes hazañas españolas. Conquista tras conquista, las ciudades y regiones se iban engarzando a la corona de Carlos, dándole cada vez más esplendor y despertando cada día con más fuerza la envidia de sus enemigos.

Nicaragua, el mar del Sur, el golfo de San Lucas, el río de San Juan, Honduras, Guatemala, Yucatán... Todos estos eran nombres nuevos, descubrimientos y conquistas que se añadían a los reinos de España, gracias al valor y arrojo de

guerreros españoles, audaces hasta lo inverosímil y deseosos de engrandecer a su patria.

Perú. Nueva hazaña tan fabulosa como la de México. En esta ocasión fue el héroe Francisco Pizarro, hombre humilde, también extremeño como Cortés. En un principio la hazaña comenzó asociándose Pizarro con Diego de Almagro y Hernán Luque. Pero los sucesos precipitaron las cosas de un modo que Pizarro, el audaz caudillo, quedó como único explorador con sólo trece soldados, los que luego se llamaron los Trece de la Fama.

La isla del Gallo, la de Gorgona, Tumbes... son nombres que para Pizarro significaron calamidades y amarguras. Pero su tesón era inagotable. Ya en Tumbes...

—Regresaremos a Panamá en busca de refuerzos —dijo—. No creo que después de haber llegado hasta aquí a pesar de las dificultades, nos nieguen el mérito de seguir adelante.

Regresó a Panamá llevando vasos de oro y plata, tejidos de vicuña, llamas vivas y varios indios jóvenes que fueron excelentes intérpretes en sus próximas expediciones.

Pizarro decidió entonces venir a España para pedir a Carlos I todos los poderes que le permitieran proseguir su empresa.

—Nos os nombramos capitán general y adelantado de esos territorios del Perú que decís vais a conquistar para nuestra corona, y a los que desde hoy llamamos Nueva Castilla — dijo el emperador.

—No pudo escoger Vuestra Majestad mejor nombre —replicó Pizarro, rodilla en tierra—. Os prometemos que Nueva Castilla será muy pronto vasalla de mi dueño y señor Carlos I.

—Dios os oiga.

De nuevo en América, Pizarro emprendió el viaje tierra adentro, acompañado de sus cuatro hermanos y doscientos hombres. Ásperas serranías, parajes abruptos, altas montañas... Fueron tres meses de difícil viaje hasta llegar a Cajamarca, ciudad donde se hallaba instalado el emperador inca Atahualpa. En aquella ocasión y debido a haber logrado Pizarro encarcelar al emperador, consiguió por su rescate el

botín más colosal que se recuerda en toda la historia de la conquista de América. Fue algo nunca soñado, casi imposible que fuese realidad.

Hubo sus batallas, sus guerras civiles entre los indios; ocurrió la muerte del emperador inca Atahualpa; se conquistó Cuzco, la capital del Imperio. Y, al fin, todo el Perú fue de Pizarro, convirtiéndose la Nueva Castilla en el florón máspreciado del Imperio Español en América, una de las fuentes de riqueza más importantes de las que se valía Carlos I para seguir manteniendo el colosal gasto de sus guerras europeas. Aquella gran conquista culminó en el año 1535, habiendo comenzado en el 1526. El desdichado Pizarro no disfrutó de su gloria tanto como su compatriota Cortés. El conquistador del Perú murió asesinado por los partidarios de Almagro, su compañero en la primera expedición, cuando apenas podía saborear el triunfo, en el año 1541.

Las conquistas proseguían. Bogotá o Nuevo Reino de Granada; Chile, con sus terribles indígenas, los indomables araucanos, dirigidos por el famoso Caupolicán; los territorios del Río de la Plata, de Paraná y Paraguay... Claro está que esta complicada red de expediciones procuraba multitud de quebraderos de cabeza a Carlos I que, unidos a los que ya conocemos que le abrumaban en Europa, constituían una pesada carga. Pero mientras las de Europa eran guerras que agotaban los doblones de España y arruinaban las vidas de los hombres, aquellas de América compensaban estas pérdidas, engrandecían el poder del emperador y daban brillo a su corona. Unas guerras eran estériles, las otras fructíferas. Y si unas le daban disgustos, las otras le alegraban, pues cada vez que llegaban noticias de nuevas hazañas le alentaban a seguir con el abrumador deber de gobernar tan desparramados dominios. Ultramar era también para Carlos I el señuelo que era para todos y cada uno de sus súbditos españoles.

Capítulo 11

Muere la emperatriz y el motín de Gante

1539. Antes de entrar en el dramático suceso que llenó de dolor y luto el Imperio, contaremos un suceso gracioso, una anécdota de la que fue protagonista el propio Carlos I.

Cierto día en que había salido de caza, persiguiendo a un venado, se apartó de su séquito y consiguió cobrar la pieza sobre el mismo camino real, al tiempo que llegaba hasta allí un anciano labrador que llevaba una carga de leña sobre un asnillo. El emperador le pidió descargara la leña y llevara el venado a la villa, prometiendo pagarle más de lo que la leña pudiese darle.

— ¡Por Dios, hermano, que sois muy necio!... —le respondió graciosamente el labriego, que no le había reconocido—. ¿No veis que el ciervo pesa más que el asno y la leña juntos? ¿Cómo queréis que lo lleve a cuestras? Mejor lo llevaréis vos, que sois mozo y recio.

A Carlos le chocó el donaire del anciano y, mientras aguardaba que alguien apareciese para llevar el venado, comenzó a charlar con el labrador.

—Con vuestra edad habréis conocido muchos reyes, ¿verdad?

He conocido cinco. Soy muy viejo ya. Conocí al rey don Juan II, y a su hijo don Enrique, al rey don Fernando, al rey don Felipe, y a este Carlos que ahora tenemos — repuso el anciano.

—Y decidme, de todos esos reyes ¿cuál fue el mejor? ¿Y cuál el más ruin? — siguió preguntando el emperador.

Del mejor, por Dios que hay poca duda. El rey don Fernando fue el mejor que ha habido en España, que con razón le llamaron el Católico. Y quién es el más ruin, no digo más sino, a mi fe, harto ruin es este que tenemos, y harto inquietos nos trae, y él lo anda también, yéndose unas veces a Italia, y otras a Alemania, y otras a Flandes, dejando su mujer e hijos, y llevando todo el dinero de España. Y conllevar lo que montan sus rentas y los grandes tesoros que le vienen de las Indias, que bastarían para conquistar mil mundos, no se contenta, sino que echa nuevos tributos a los pobres labradores, que los tiene destruidos. Si se contentase con sólo ser rey de España, sería ya el rey más poderoso del mundo.

La ruda sinceridad del labriego impresionó vivamente a Carlos, más que nada por la gran verdad que encerraban sus palabras. Y tras unos instantes de silencio, el emperador comenzó a explicar al anciano que el rey era hombre que amaba mucho a su mujer e hijos, pero que estaba obligado a defender la Cristiandad y hacer guerras contra los enemigos de España, y ésta era la causa de sus ausencias y el motivo de los grandes gastos que las rentas y los tesoros no podían cubrir. Le dijo también que el rey lamentaba aquellas circunstancias, pero que eran inevitables.

En esto llegaron junto a ellos el séquito de caballeros que andaban de caza con Carlos. Todos hicieron profunda reverencia ante el emperador, y entonces el labrador, sin amilanarse, dijo:

—Si supiera que vos sois el rey, por Dios que aun os diría más cosas.

El emperador se dio a conocer y le agradeció los avisos que con sus palabras le hizo. Luego insistió en que le pidiera algunas mercedes, y en verdad que el anciano no fue aprovechado, por lo que Carlos le complació en todo.

No olvidó fácilmente aquella conversación. Porque el emperador sabía que la opinión puesta en boca del anciano labriego era la opinión general de todo el reino. Sí, conocía el descontento que producía su azarosa vida y sus gastos enormes. Pero él no podía remediarlo. Si le provocaban tenía que defenderse, si la Religión era atacada él era su valedor ante el mundo. ¿Qué podía hacer sino lanzarse a la pelea, aun en contra de la voluntad de sus queridos súbditos?

Y ahora entremos en el relato que sumió en una tristeza eterna al joven emperador. Realmente la vida de la emperatriz Isabel no fue un camino de rosas desde que se casara con Carlos. Bien es cierto que los esposos se amaban tiernamente, y que sus espíritus se compenetraban. Pero las frecuentes ausencias del emperador y los varios partos desafortunados que sufrió, convirtieron la existencia de la joven Isabel en un constante sobresalto. Fueron muchas las horas que pasó llorando, fueron muchas las veces que creyó perder al esposo amado en una batalla, fueron muchos los dolores que padeció su cuerpo... Y al fin, en uno de aquellos partos en el que la misma criatura nació muerta, la emperatriz Isabel entregó su alma a Dios. Tenía tan sólo treinta y ocho años. Y era el 1 de mayo de 1539.

El emperador sintió que su corazón se iba tras ella, sintió que su espíritu decaía desalentado, sintió que su cuerpo flaqueaba... ¡Cuánto dolor en su mirada! ¡Cuánta

amargura en el rictus de sus labios! Durante trece años habían compartido juntos el trono, viviendo día a día los éxitos y las penas de su vida inquieta. Y ahora estaba solo. De qué modo tan cruel el destino iba arrebatando de su lado a los seres que le eran más queridos. ¡Cuánta soledad a su alrededor!

Tres hijos dejó como fruto de su amor y de su dulce vida. El príncipe Felipe, que acababa de cumplir doce años, heredero del trono y futuro gran hombre en la historia del mundo. La infanta doña María, que con el tiempo se casaría con su primo el emperador Maximiliano II.



Fachada principal del palacio de los condes de Fuensalida (Toledo), donde murió la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, el día 1 de mayo de 1539. (Fotografía Cifra.)

Y la infanta doña Juana, que contraería matrimonio con el rey de Portugal. Tres eran los hijos que dejaba, y cuatro fueron los malogrados. Fue una emperatriz hermosa de cuerpo y de alma. Su muerte fue llorada en todo el Imperio.

Carlos decidió que reposara su cuerpo en el panteón real de Granada. Y encargó al gentilhomme de cámara de Isabel, el joven marqués de Lombay y duque de Gandía, don Francisco de Borja, que acompañara el cadáver hasta aquella ciudad

moruna, donde transcurrió su bella luna de miel. Él se sentía tan afligido que era incapaz de seguir el cuerpo por los caminos de España, pero sí fue el príncipe Felipe, en su nombre y representación.

Había costumbre en aquel tiempo de que, antes de entrar en la ciudad, se abriera el sarcófago para atestiguar que realmente el cuerpo que iba a enterrarse era, en aquel caso, el de la emperatriz. Cuando así se hizo, el duque de Gandía quedó tan impresionado ante el rostro que fue tan hermoso y ahora era espantoso y desfigurado, que murmuró afligido:

—Si no hubiese acompañado yo mismo el féretro desde Toledo hasta aquí, no podría asegurar que estos despojos son de la serenísima emperatriz.

Y desde aquel instante, tras una dura lucha en su corazón, se prometió a sí mismo: «Jamás serviré a señor que pueda morir». Por eso, cuando estuvo de vuelta en la corte y el emperador le preguntó por las diligencias llevadas a cabo, Francisco de Borja repuso:

—Señor, he decidido renunciar a este mundo de pompas y honores y entrar en un convento.

—Hacéis bien, amigo mío. Esa es también mi intención — respondió el emperador.

Y ambos cumplieron su promesa. Francisco lo hizo en seguida. Entró en la Compañía de Jesús y llegó a ser santo. Carlos lo hizo al cabo de tiempo, cuando sus obligaciones lo permitieron.

La corte estaba de luto y el corazón del emperador lleno de dulce nostalgia por la tierna compañera perdida. Pero la política seguía su curso, sin detenerse en lutos ni dolores.

El motín de Gante

1540. Las cosas no andaban bien en Gante, a pesar de los inteligentes esfuerzos de su gobernadora, la reina María. La prolongada ausencia del emperador tenía muy descontentos a los súbditos flamencos. Y Carlos se vio precisado a emprender un nuevo viaje para tratar de apaciguar los ánimos.

Francisco I invitó a su cuñado a que cruzase por Francia, a fin de ganar tiempo. Y Carlos accedió, siendo aquella la primera y última vez que visitó tierra francesa, a excepción de las horas que pasó en Marsella en su anterior viaje.



Carlos V y Francisco I visitando el panteón real en la iglesia de San Dionisio, de París, en el año 1540. (Cuadro de Gros. Museo del Louvre. París.) (Fotografía Arborio Mella.)

En todas las ciudades fue acogido con grandes muestras de entusiasmo. Los príncipes de Francia salieron a recibirle en la misma frontera. Y en Loches le aguardaban el rey y la reina Leonor, que siempre se mostraba feliz de ver y abrazar a su hermano. La ruta siguió tierra adentro, camino de París. Ceremonias, torneos, banquetes, cacerías... Ya no podía existir más cordialidad entre ambos monarcas. Nada de política, ni de asuntos de Estado. La entrada en París fue triunfal, apoteótica. Francisco I, anfitrión perfecto, dejaba que su cuñado fuese en todo lugar

el centro indiscutible, relegándose voluntariamente a un segundo plano. Todo era perfecto, armónico.

Al día siguiente de su llegada, Carlos y Francisco visitaron el panteón real en la iglesia de San Dionisio. También las Navidades las pasaron juntos en Fontainebleau. ¡Cuántos años hacía que el emperador no podía gozar de una jornada navideña junto a su hermana Leonor!

Permaneció siete días en París. Fueron siete días de fiestas y agasajos. Todo se celebraba en honor de Carlos I. Pero a las gentes impresionaba muchísimo el gesto triste del emperador y su sencillo atuendo en todo momento: un sayo de paño negro y una caperuza de luto. Porque hay que decir que Carlos se hizo promesa a sí mismo de no volver a casarse jamás.

Isabel tenía que seguir reinando en su corazón hasta que la muerte le llevase de nuevo a su lado. Y, además, desde el mismo día que ella faltó, Carlos se vistió de negro, con toda sobriedad, olvidando el fasto y esplendor que heredara de la corte flamenca. Para él acabaron las ricas sedas y los brocados. El paño negro sería su vestido preferido.

A primeros de enero los príncipes de Francia acompañaron a Carlos hasta Valenciennes, donde aguardaba la reina María, quien se desvivió en agasajar espléndidamente a los jóvenes príncipes, igual como el rey francés había hecho con su hermano.

La reina María disponía de un buen ejército para enfrentarse a los rebeldes de Gante, y el rey don Fernando también se dirigía hacia allí con doce mil alemanes. Los ganteses, asustados ante la lucha que se les venía encima, quisieron tratar pacíficamente con Carlos. Pero éste se mostró inflexible. Había que castigar a los revolucionarios, que quisieron traicionarle incluso proclamando como a su rey a Francisco I. E hizo su entrada solemne en la ciudad que le vio nacer precisamente el 24 de febrero, día en que cumplía sus cuarenta años.

Todos los fuertes fueron tomados por los alemanes; se desarmó al pueblo; se formó proceso contra los rebeldes; se anuló la antigua forma de gobierno, así como los privilegios e inmunidades; se destituyó a todos los magistrados y regidores; se prohibieron las juntas y cofradías; se confiscaron las rentas; y se ajustició a los veintiséis rebeldes más destacados y otros muchos fueron desterrados, después de

confiscar sus haciendas. Además, Carlos mandó construir una ciudadela que hubo de pagar la ciudad, así como los gastos de sostenimiento de la guarnición. Si los ganteses quisieron levantarse contra el emperador, desacatar la voluntad de la reina María, negarse a pagar sus tributos y otras muchas rebeldías, ahora estaban bien castigados y escarmentados.

Aún tuvo otro gesto digno el emperador, un gesto que impresionó y emocionó a muchos. La campana mayor de la catedral se llamaba Rolando. Carlos la hizo descolgar del campanario y depositarla en tierra. La campana estaba rodeada por una inscripción que decía en flamenco: «Si toco con todas mis fuerzas, triunfo; si tintineo, tormenta».

—Esta campana repicó gozosa para anunciar que nuestra persona había nacido — dijo—. Le habíamos tomado gran cariño. Pero ahora ha llamado a Gante a la rebelión y merece castigo, porque se ha cubierto de deshonor. Nos condenamos al Rolando al silencio.

Y así se hizo. La autoridad imperial en Flandes y en los Países Bajos se restableció definitivamente.

Todavía permaneció el emperador en los Países Bajos todo aquel año. Visitó las ciudades flamencas, las islas de Holanda y Zelanda... Su presencia era entusiásticamente acogida, y los problemas de todos aquellos lugares iban quedando más o menos resueltos. La paz momentánea parecía volver a brillar en el cielo del emperador.

Capítulo 12

Paz de Crespy, el príncipe Felipe y Mühlberg

Pero ya hemos dicho bien al decir paz momentánea. Los herejes andaban muy soliviantados. El emperador convocó varias Dietas sin lograr resultados positivos, sino todo lo contrario. La tensión era cada día más aguda, la situación se violentaba por momentos.

Por otra parte los turcos seguían haciendo de las suyas, y fue en este año de 1541 cuando el emperador llevó a cabo la desgraciada expedición a Argel que hemos contado en capítulo aparte.

Pero lo peor, el peligro más inminente, era Francisco I, que volvía con sus absurdas exigencias de hegemonía, al tiempo que se preparaba para nuevas guerras, sin hacer caso de la Tregua de Niza.

Por todas estas causas menudeaban las escaramuzas, las pequeñas batallas, las rebeliones y las situaciones políticas más difíciles con las que tuvo que enfrentarse Carlos V.

1542. Este fue el año elegido por Francisco I para reanudar las antiguas hostilidades, apenas cuatro después de haber firmado la paz. El momento le pareció propicio porque el emperador regresaba abatido, deshecho y destrozado de su expedición a Argel. Sus fuerzas serían escasas, mientras que las del francés estaban en todo su apogeo.

Francisco I ordenó atacar los dominios del emperador por varios puntos: Piamonte, Brabante, Luxemburgo, Perpiñán. Poderosos ejércitos tomaron estas rutas y atacaron violentamente. Más Carlos I, desde su corte castellana, dirigía las defensas en todos los lugares con su claro sentido de la guerra. Si una ciudad era tomada por el francés, al día siguiente era recuperada por los imperialistas. Y así, en un tira y afloja, se sucedían los días y los meses.

Francisco I conseguía alianzas. El emperador también. Y por fin, ya en el 1543, decidió Carlos partir con sus galeras hacia Italia para entrevistarse con el Papa y estar más cerca de sus gentes en los momentos de lucha. Dejó al príncipe Felipe jurado por rey natural y gobernador de los reinos de España, dio el cuidado de los negocios a don Francisco de Cobos, y el de la guerra al duque de Alba.

Las conversaciones con el Papa no fueron demasiado cordiales, porque el Pontífice se había negado a unirse a Carlos para luchar contra Francisco, y en cambio le exigía también la concesión de ciertas posesiones. Sin llegar a ningún acuerdo, el emperador partió hacia Alemania, donde convocó una Dieta que dio óptimos resultados. Carlos V denunció la alianza que el francés había hecho con los turcos, resaltando lo vergonzoso que era para la cristiandad el ver unidas las lises de Francia con la media luna de los turcos. Las encendidas y diplomáticas palabras del emperador ganaron muchos adeptos para su causa, y fueron varios los príncipes y reyes que le prometieron su ayuda y se dispusieron a declarar la guerra a Francisco I. Incluso el inglés Enrique VIII se unió al emperador. Éste no hubiera aceptado nunca su ayuda recordando la inmoralidad de su conducta y la excomunión de que fue objeto por parte del Papa, pero la gravedad de la situación exigía alianzas y más alianzas. No era el momento de erigirse en juez de faltas ajenas.

La situación estaba al rojo vivo, pues en contra de las muchas ayudas obtenidas por Carlos V, Francisco I sólo contaba la de los turcos, que aun siendo muy poderosos, faltaba por ver si lo sería tanto como para contrarrestar la fuerza imperial.

Y comenzó la ofensiva. Se acusó al marqués del Vasto, virrey de Milán, de haber asesinado a unos embajadores franceses que pasaban por su dominio, camino de Venecia. Y se aprovechó la ocasión de invadir el norte de Italia, a fin de vengar tal afrenta. El ejército francés iba mandado por el joven y valeroso duque de Enghien.

En una extensa llanura, cerca de Cerisoles, se enfrentaron ambos ejércitos. El ímpetu extraordinario de la célebre caballería francesa arrolló todos los obstáculos. Pero la infantería española se defendió con valor y recuperó el terreno perdido en un principio. La caballería gala volvía a la carga con nuevos bríos. Y éstos debían ser muchos, porque, de manera incomprensible, los imperialistas se desmoralizaron y emprendieron la huida, perseguidos fieramente por los franceses, que hicieron una espantosa matanza y lograron un triunfo completo. Era el 11 de abril de 1544. Fue un gran desastre para las armas imperiales. Fue uno de los más lamentables que sufrió en su vida el emperador.

Pero no todo iba a ser desastroso. El propio Carlos reunió un poderoso ejército y se dispuso a invadir la Champaña, al mismo tiempo que Enrique VIII, su aliado, sitiaba las ciudades de Boulogne y Montreuil.

Ligny, Commercy, Saint—Dizier, Reims, Chalons, Epernay, ChateauThierry, fueron plazas que cayeron una tras otra en poder de Carlos, en su marcha sobre París. Ya estaban a solas dos jornadas de la capital. Desde la otra orilla del Marne, el ejército francés contemplaba angustiado el avance de los imperialistas. La situación era desesperada para Francisco I. La victoria estaba sin discusión en manos de Carlos V.

Mas cuando menos se esperaba, el francés pidió la paz al emperador, y éste, que, como hemos dicho otras veces, nunca se negó a concederla a sus enemigos, no tuvo en cuenta las ventajas que podían lograrse de su actual posición, y accedió a firmarla. Se hizo en Crespy, el 18 de septiembre. Mediante ella, se afirmaba la consabida paz que nunca se cumplía; Francisco conservaría la Saboya y el Piamonte, y en cambio renunciaba a sus derechos sobre Milán y Nápoles; se concertó una alianza matrimonial que no se llevó a efecto; y lo más doloroso de todo, Carlos renunciaba para siempre a su mayor ilusión: la Borgoña, en aras de aquella paz que él tanto deseaba.

Toda Europa puso el grito en el cielo al conocer las cláusulas de la paz. Voces de protesta se alzaron en todos los rincones.

—Si Francisco I hubiera llegado con su ejército al corazón de Castilla jamás hubiera concedido tanto al emperador.

—Si el emperador hubiese sido prisionero del francés, no habría podido cerrar trato más deshonroso.

— ¡Es intolerable! Ahora podía considerarse el emperador en el buen camino de lograr la hegemonía, ¿por qué habrá renunciado tan tontamente?

Todos protestaban y gritaban, pero nadie se daba cuenta de que Carlos V anhelaba la paz, de que estaba fatigado de tanta lucha inútil y sangrienta, de que su salud se agotaba, de que sus dineros desaparecían sin provecho, de que sus súbditos morían sin lograr los ideales... No veían que hasta renunciaba a su sueño más acariciado, sacrificando la Borgoña, su posesión más querida y por la que tanto luchó. Si bien su capitulación era desgraciada para la idea cesarista, demostraba el íntimo afán de asentar la concordia, de lograr un sosiego jamás conocido. No se le podía reprochar su gesto, porque respondía a lo más profundo de su espíritu prudente.

Carlos se retiró a descansar a Bruselas. Allí le llegó un embajador de Francisco I con varios documentos que debían ratificar la Paz de Crespy. El emperador comprendió la desconfianza del francés y dijo al embajador:

—No temáis que nos hayamos de quebrantar el tratado. La mano que apenas puede sostener una pluma no está ya para blandir la lanza.

A pesar de sus cuarenta y cuatro años, su salud era débil. La gota minaba sus fuerzas. Tenía ya las primeras canas en su cabeza. Su mirada había ganado en fijeza y energía, pero a menudo aparecía triste y empañada. Tenía el paso tardo y vacilante; se apoyaba en un bastón. Las ropas negras aumentaban la flaccidez de su figura, y su poblada barba le envejecía. Los dolores eran cada vez más fuertes, y de ahí sus deseos de paz y reposo. De ahí también las variaciones de su carácter, a veces enérgico, altivo, emprendedor y audaz; y otras, blando humilde, pasivo y prudente.

Cuarenta y cuatro años vividos aprisa, en un torbellino de inquietudes. Cuarenta y cuatro años agotadores, repletos de emociones. ¿Cómo no había de ansiar la paz? ¿Por qué criticar tanto su actitud? Carlos tenía también derecho a buscar un oasis en su vida.

El príncipe Felipe

Mientras el emperador estaba dedicado de lleno a la guerra contra su eterno rival, ocurrió en España una importantísima ceremonia que Carlos dejó concertada y prevista antes de su partida hacia Italia y Alemania. Se trataba de la boda del príncipe Felipe.

Felipe tenía dieciséis años en el 1543. Era un muchacho esbelto y delicado, según nos lo presenta en su retrato el pintor Ticiano, que fue de la corte y dejó constancia en sus lienzos de la verdad física sobre los personajes más importantes de la corte de Carlos, y sobre todo de la familia imperial. Habíase educado a la española, bajo la inmediata dirección de doña Leonor de Mascarenhas, la gentil y noble dama de doña Isabel que vino con ella desde Portugal. Y las primeras letras le fueron enseñadas por el que luego fue cardenal Martínez Silíceo. En cuanto a la política y el arte guerrero, le adiestró el mismo emperador.

Cuando en este año Carlos decidió abandonar España, como ya hemos dicho, dejó como regente a Felipe, bien asesorado por nobles consejeros. Antes de partir definitivamente, en Palamós, escribió el emperador una larga instrucción a su heredero, texto que se ha conservado íntegro y que es una lección impresionante y fiel reflejo del modo de pensar y ser del genial monarca. Todo el amor de don Carlos a su hijo, todo el fondo cordial, generoso y austero de aquel gran hombre, se refleja en la emoción con que recomienda a Felipe II el gobierno de España y el de su propia vida. La lectura sosegada y reflexiva de este documento viene a ser para las almas inquietas como un sedante que evoque las más firmes convicciones de una ética universal y eterna que conduce a la hombría de bien. Con palabra justa y precisa, densa y cálida, le habla a su hijo del amor de Dios, de la justicia, de la prudencia, de la dignidad, de la fortaleza interior, del amor debido a los padres, a los hermanos, a la esposa, a los hijos... Como consejero privado le recomendaba a don Juan de Zúñiga, uno de sus preceptores, personaje oscuro y poco destacado en la Historia, pero muy influyente en la formación del futuro rey. Muy elogiosa, acertada y prudente fue por parte del emperador la precaución de separar los consejeros públicos de los privados, en contra de lo que a él le había ocurrido con el señor de Chièvres. De este modo la conducta de Felipe se vería equilibrada en medio de posibles divergencias.

Y para completar las previsiones, gestionó y concertó el emperador el matrimonio de su hijo Felipe con la infanta portuguesa María Manuela, hija de Juan III y de Catalina, su hermana menor, con lo que los prometidos eran primos hermanos.

Tenía María Manuela cuatro meses más que Felipe. Y apenas un año después de celebrada la boda, cuando sólo contaba dieciocho años y había dado ya a Felipe el primer fruto de su amor, la princesa murió, dejando sumido en el dolor al esposo que bien la amaba. Tan corta unión fue feliz, porque la infanta era bonita y buena, piadosa y llena de gracia. Su espíritu se compenetraba con el de Felipe.

Aquí queda constancia, pues, de aquella boda celebrada en ausencia del emperador, que vino a reforzar la amistad entre España y Portugal y a aumentar el vínculo entre los miembros de la familia imperial.

Mühlberg

Tal vez el año más descansado de la vida del emperador fue el de 1545. Francisco I, cansado de las armas continuas y de los años que ya empezaban a fatigarle demasiado, estaba contento con la paz firmada y no deseaba romperla. Enrique VIII, con la presa de Bolonia que había conquistado, se retiró feliz a su reino. El turco, inmerso en las guerras de Asia, dejó en paz a Europa. Y los mares infestados siempre por las piraterías de Barbarroja, quedaron tranquilos al morir él el año anterior.

Carlos V fijó su residencia, por varios meses, en los Países Bajos. Viajaba siempre con su hermana María, atendiendo a los problemas internos del país. Su vida privada se hizo más abierta, más expansiva, más suya. Los grandes señores alemanes le organizaban fiestas, torneos y cacerías. Y él se entregaba a tales diversiones sin el freno de las graves preocupaciones que siempre le abrumaron. Y también la reina María, apasionada como su hermano de estos pasatiempos, gozaba tomando parte en ellos, sintiéndose feliz, como hacía mucho tiempo no lo era.

Nos parece mentira, querida hermana, poder disfrutar los privilegios que antes nos estaban vedados —decía el emperador—. Es tan hermoso vivir en paz, trabajar tranquilo, cazar, ver competir a los buenos tiradores en las justas.

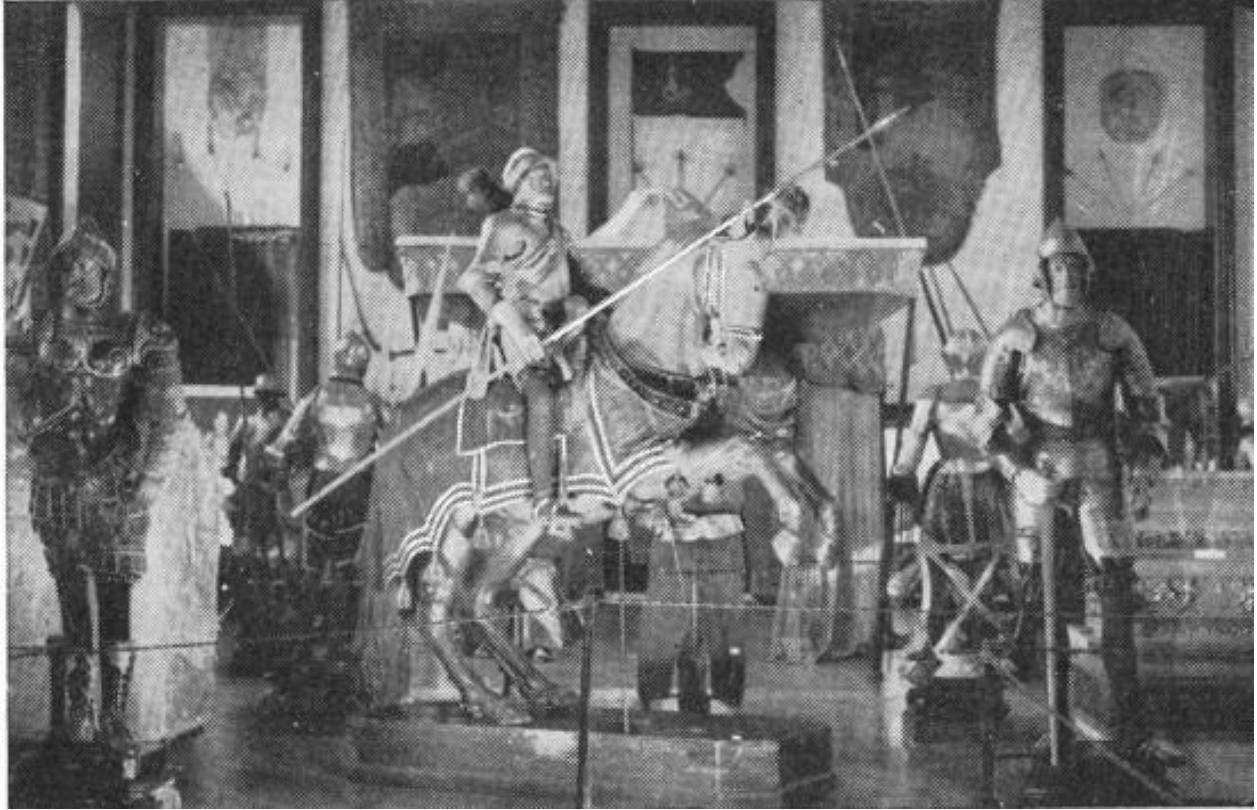
—Lo es, en efecto —respondía la reina María—. Vuestra Majestad obtiene ahora la recompensa de toda una vida entregada al deber sin exigir nada a cambio. Vuestra Majestad ha sido generoso con todos; quizá ahora la vida quiera serlo con vos.

Dios os escuche, señora. ¡Deseamos tanto que en nuestro Imperio reine la paz y la dicha duraderas!

Sí, todo parecía sonreírle al fin; incluso la espinosa cuestión protestante parecía tener muchos puntos a su favor. Los príncipes alemanes se mostraban ahora muy corteses con él. Y lo más importante es que se había ganado por completo la voluntad de Paulo III casando a su hija Margarita, la que enviudó tan pronto del duque de Florencia, con el duque de Camerino, Octavio Farnesio, nieto del Pontífice. Había sacrificado una vez más a la joven princesa en bien de la política.

Pero la verdad es que la guerra debería llegarle precisamente por esa grieta: la de los herejes de Lutero, truncando la bendita paz que disfrutaba el emperador, cada día más aquejado por la gota.

Con el fin de terminar de una vez con ese problema, y después de haber hablado mucho con el Papa, Carlos V convocó varias Dietas, de las que no logró nada en absoluto. Los herejes se mostraban exigentes, y el emperador no podía, como católico, ceder a tales exigencias.



Arnés y armadura que el emperador Carlos V empleó en la famosa batalla de Mühlberg. (Fotografía Cifra.)

Y en el 1546 se rompieron definitivamente las hostilidades, resurgiendo de las sombras en que habían trabajado durante todo aquel tiempo de silencio, los soldados, los nobles y príncipes unidos en la Liga de Smalkalda. El emperador volvía a perder la paz de su vida.

Lutero hacía poco que había muerto; pero sus discípulos se mostraban tanto o más feroces defensores de sus teorías que él mismo.

Se convocó el Concilio de Trento, pero los herejes negaron validez a los acuerdos tomados y no acudieron a las deliberaciones. Y el ejército prosiguió sus preparativos, tomando como dirigentes al landgrave de Hesse y el príncipe de Sajonia.

Por su parte, el emperador formaba también su ejército, tras firmar ventajosos tratados con el Pontífice. Al frente de sus tropas puso al tercer duque de Alba. Hubiera querido ir él mismo, pero los frecuentes ataques de reuma, que le imposibilitaban casi todo el cuerpo, no se lo permitieron. ¡Cuánto lamentó no estar junto a sus hombres en aquella lucha en pro de la Cristiandad! A pesar de la enfermedad, si bien no tomaba parte directa en las batallas, sí estaba cerca del campo, planeando los ataques y dando órdenes.

Hubo varias batallas, en las que la suerte se decantó por los imperialistas, que cada vez ganaban más ciudades. El único objeto que perseguía Carlos con esta ofensiva era la unión de la Iglesia en su Imperio. Los definitivos acuerdos del Concilio de Trento y la desunión que había entre los príncipes alemanes, cada día más patente, le ayudaban en su empresa. Los acontecimientos se sucedían rápidamente.

Por fin, el emperador, olvidándose de su enfermedad y del peligro que corría, se puso al frente de su ejército. Quería dar el impulso definitivo. Sus hombres, animados por el extraordinario valor que su presencia les infundía y por el ejemplo que daba al mostrar gran serenidad, cobraban ímpetus y peleaban con ganas. Ulm, Augsburgo, Estrasburgo, Frankfort... las ciudades se rendían al emperador, aceptando todas las condiciones que quisiera imponerles. El terror que se apoderaba de las ciudades alemanas, rebeldes a la autoridad de Carlos, era grande a la vista de los continuos triunfos, y la rendición era inmediata.

A los seis meses escasos de campaña, después de haber demostrado el emperador que era un magnífico general, la famosa Liga de Smalkalda dejaba de existir, abatida por la superioridad de Carlos V.

Pero la guerra no había terminado. Faltaba someter al elector Juan Federico I, el más temible enemigo de Carlos, quien se había refugiado en sus dominios de Sajonia.

Hubo a principios del 1547 dos acontecimientos que llegaron oportunos para elevar aún más el espíritu del emperador y empujarle a culminar sus sueños. El 28 de enero moría Enrique VIII, el que a veces fue amigo, y a veces, casi siempre, enemigo. Y el 13 de marzo moría Francisco I, el eterno rival. Con ellos desaparecían dos pesados lastres de la vida de Carlos. Y él estaba dispuesto a aprovechar las circunstancias favorables.



El agosto emperador en la batalla de Mühlberg, por Ticiano. (Museo del Prado. Madrid.) (Fotografía Museo del Prado.)

Los imperiales recibieron refuerzos de Italia y Flandes. Con ellos se formó un ejército mucho más potente que el que hasta ahora había logrado tan importantes victorias. El rey Fernando y su hijo Maximiliano al frente de sus tropas, Mauricio de Sajonia y su hermano Augusto, recién incorporados, al frente de las suyas, y todos bajo el mando directo del duque de Alba y la dirección de Carlos V, se pusieron en camino hacia el Norte.



Entrega de las llaves de las ciudades de la Liga al emperador Carlos V. (Grabado de Heemsberk. Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

Con grandes dificultades y no pocos peligros pudieron cruzar el ancho cauce del río Elba, muy cerca de la ciudad de Mühlberg, donde estaban acampadas las tropas de Federico de Sajonia. Es indescriptible el entusiasmo que despertó entre los imperiales el hecho de que el emperador, aunque gravemente aquejado por la gota, compartiese sus mismos peligros y dificultades. El agua le llegaba hasta la rodilla, a pesar de ir sobre caballo, pero Carlos siguió adelante, encabezando la marcha de sus hombres.

Al otro lado del río, en la llanura de Locharn, se produjo la gran batalla. Protegidos por las neblinas del amanecer, los imperiales avanzaron sigilosamente. El enemigo, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar y comenzó a retroceder espantado. Los imperiales, guiados por el ardor de Carlos, los perseguían enardecidos. Golpes, tiros, sablazos, disparos, sudor, polvo, barro, sangre, muerte... El campo aparecía cubierto de cadáveres sajones. La batalla no cedía todavía. Había que rendir al cabecilla enemigo. Mas Federico de Sajonia no estaba dispuesto a entregarse

derrotado. Montando en brioso caballo emprendió la huida, pero fue alcanzado por la caballería ligera, herido de un sablazo en la mejilla y hecho prisionero.



Grabado de Heemsberck que representa a Carlos V rodeado por los enemigos que se le enfrentaron a lo largo de su imperio, y a los que venció. (Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

—Generoso y clementísimo emperador, soy vuestro prisionero — dijo Federico en tono humilde, al llegar ante Carlos que le recibió con gesto adusto.

—Hacía mucho tiempo que no me nombrabais con tanta reverencia y humildad — replicó el emperador, sin poder olvidar que aquel hombre había puesto en peligro la seguridad de su Imperio—. ¿Desde cuándo habéis vuelto a acordaros de que somos vuestro emperador?

—Soy el prisionero de Vuestra Majestad Imperial y espero que se me respetará y tratará como príncipe — prosiguió el otro.

— ¡Se os tratará como merecéis! — contestó bruscamente Carlos. Cuando el landgrave de Hesse, el otro cabecilla, supo la derrota de su amigo, se entregó sin condiciones.

Todos sus capitanes y amigos en aquella empresa se apresuraron a felicitar al emperador por la pericia con que había conducido la campaña.

—Dios ha vencido — se limitó a responder con modestia Carlos.

Con esta batalla de Mühlberg se daba fin al peligro que eran los herejes para el Imperio. Pero la cuestión religiosa subsistía. Si bien todos quedaban dominados por las armas, las teorías luteranas andaban sueltas en muchos corazones, y a éstas no se las podía apresar. El emperador deseando conciliar los ánimos publicó su famoso *ÍNTERIN*, que contenía una fórmula a la que habían de ajustarse católicos y protestantes hasta que se resolviese definitivamente el problema religioso, fórmula que fue acogida con disgusto por ambos bandos. Y lo peor del caso es que nunca se cumplió.

Valiéndonos como tantas veces del poder de la imaginación, adelantaremos los acontecimientos, y así daremos por finalizada en este capítulo las cuestión protestante.

Por mandato del emperador, Mauricio sucedió al traidor Federico en el trono del ducado de Sajonia. Pero el tal Mauricio se envaneció del favor recibido y, ambicionando aumentar su poder, meditó la traición contra su benefactor. Carlos, que estaba enfrascado en las decisiones del Concilio de Trento, no pudo sospechar ni por lo más remoto que se estuviera fraguando una conspiración en su contra.

Mauricio se alió con Enrique II, hijo y sucesor de Francisco I, que heredó de éste el odio hacia Carlos. Ya todo está dispuesto para el ataque.

Carlos V estaba descansando en Innsbruck, en el Tirol. La gota le mantenía postrado en la cama, sin ánimos para nada. Entonces, Mauricio publicó un edicto en el que anunciaba que tomaba las armas en contra de Carlos y en favor de los príncipes que estaban prisioneros. Lo mismo hizo Enrique II. Y ambos, al frente de sus respectivos ejércitos, se pusieron en marcha.

El duque de Alba sospechó algo y lo comunicó al emperador, pero éste respondió:

—No temáis, amigo mío. Nuestra confianza en el duque de Sajonia es absoluta. Él nunca nos traicionará.

Lejos estaba de pensar que las tropas estaban allí mismo y que en seguida caerían sobre Innsbruck por sorpresa. Carlos V se encontraba sin dinero y sin tropas, totalmente a merced del traidor. Enfermo de gota, sin fuerzas para valerse por sí

mismo, el gran emperador, vencedor de tantas y tantas batallas, tuvo que huir vergonzosamente en una litera a través de las escarpadas montañas del Tirol para no ser hecho prisionero por aquél al que creyó su amigo. Fue una huida espantosa, cruel. Carlos sentía que su corazón sangraba de dolor y que las lágrimas asomaban a sus ojos tristemente. ¡Qué jugadas tiene el destino! ¡Qué golpes tan inesperados e inhumanos!

Desengañado y convencido de que si había sido capaz de vencerla por las armas, era imposible contener la difusión de la Reforma en Alemania, firmó con los protestantes el Tratado de Passau. Era el año 1552. Tres años más tarde, en Augsburgo, lo ratificaría, reconociendo a los príncipes alemanes, protestantes y católicos, el derecho a conservar la religión que profesaban.

Mientras tanto, el Concilio de Trento llevaba a cabo su Contrarreforma, asentando la doctrina católica y la disciplina de la Iglesia. Carlos V apoyaba esforzadamente todas las decisiones del Concilio. Pero reconocía, abatido y desalentado, que había fracasado en aquel maravilloso proyecto de reunir a toda la Cristiandad bajo un mismo pastor. Sus esperanzas estaban fallidas para siempre. Su estrella comenzaba a declinar.

Capítulo 13

Últimas campañas y abdicación

Varios acontecimientos menudos pero importantes salpican los años siguientes, años inciertos y complejos.

Después de la proclamación del ÍNTERIN, en 1547, el emperador se retiró a Augsburgo a descansar. Estaba gravemente enfermo. En las últimas batallas había hecho muchos más esfuerzos de los que a su poca salud convenía, y ahora pagaba las consecuencias de su valor y generosidad. Tan enfermo se sintió que temió morir de un momento a otro, y mandó aviso al príncipe Felipe para que viniese a su lado. Felipe cumplió la orden paterna. Dejó como regentes en España, también por decisión del emperador, a Maximiliano de Austria y la infanta doña María, recién casados. Y el príncipe partió hacia Flandes.

Tanto en Italia, como en Alemania, como en Flandes se hicieron grandes fiestas para recibir al príncipe, del que se tenían noticias de su prudencia e inteligencia, a pesar de su extrema juventud. Pero ocurrió que la misma mala impresión que causó Carlos en su primera visita a España, la causó su hijo Felipe al llegar a Flandes. Su presencia severa, grave y austera contrastó con el fausto y esplendor flamencos. No agradó nada a los súbditos de su padre. Sus tías, doña Leonor y doña María, viudas desdichadas e inmoladas a las razones de Estado, que habían refugiado el fracaso de sus vidas sentimentales en Flandes, le recibieron con gran cariño. Y luego los tres marcharon a ver al emperador.

—Mi querido padre y señor, serenísimo emperador...

Dejad todo eso, hijo mío —le interrumpió Carlos—, y venid a mis brazos. ¡Cuánto hemos deseado vivir este momento!

Y yo también deseaba ardientemente ver a Vuestra Majestad. Ha pasado tanto tiempo, y han sucedido tantísimas cosas...

Así es, hijo, y la verdad es que bien pocas han sido buenas. Dudamos ya del esplendor que podamos dejaros en herencia — se dolió el anciano.

No habléis así, majestad. Mi mayor deseo es que algún día la Historia pueda hablar de mí tan bien como lo hará de vos — protestó Felipe.

Gracias, hijo. vuestras palabras y vuestra compañía compensan muchos de los sinsabores que últimamente hemos padecido.

Leonor y María se mantenían discretas, en silencio. Bien es verdad que el emperador las sacrificó a sus deseos ambiciosos del Imperio. Pero ni una ni otra protestaban, no le reprochaban nada. Si significó un sacrificio el obedecerle lo hicieron siempre gustosas, creyendo que así servían a su causa. Leonor y María compadecían en aquellos momentos a su hermano casi tanto como a ellas mismas. Le veían tan agotado y enfermo...

No obstante el poco entusiasmo que despertó, Felipe fue visitando todas las villas y ciudades de Flandes, donde fue jurado, por orden del emperador Carlos V, como su legítimo sucesor, este era por entonces el mayor deseo de Carlos. Y respiró satisfecho cuando la gira terminó y Felipe fue a aposentarse en Bruselas, donde estaba su padre.



*Carlos V y Felipe II. (Obra de A. Acias. Universidad de Granada.)
(Fotografía Mas.)*

—Ya sois señor y sucesor de los Estados de Flandes — sonrió orgulloso.

—Y a buen orgullo lo tengo por ser ésta la patria de Vuestra Serenísima Majestad — contestó afectuoso Felipe.

—Nuestra patria son dos: Flandes y España —replicó Carlos—. La una fue la cuna que nos vio nacer, la otra se metió en el corazón con su voluntad y amor.

En noviembre llegó la noticia de que el Papa había muerto. El emperador se dolió mucho de esta pérdida. Mas pronto tuvo la compensación de ver en la Silla Pontificia al que fue Julio III, buen amigo suyo.

Un año después llegó otra noticia a Carlos V. Fue en octubre del 1549. Doña María, su hija y regente con su esposo Maximiliano en España, había dado a luz una niña, la infanta doña Ana.

Por aquel tiempo trató el emperador con su hermano el rey Fernando una cuestión harto delicada. Deseaba Carlos que en su hijo se reunieran, como antes lo fue en él, las coronas de España y Alemania. Por ello quería que Fernando cediese sus derechos al Imperio a su sobrino. Pero Fernando no estaba dispuesto a hacerlo. Lo único que consiguió Carlos, al cabo de largas conversaciones, es que a su muerte Fernando fuese coronado emperador, con el compromiso formal de gestionar que el Pontífice nombrase a Felipe, Rey de Romanos. La cosa no era demasiado convincente. Pero Carlos tuvo que conformarse. Y a este tibio acuerdo llegaron cuando ya el calendario marcaba el 1551.

Finalmente, Felipe tuvo que regresar a España. Y Carlos volvió a quedar solo, sin el gran consuelo de su compañía.

Luego ocurrieron los tristes sucesos que ya conocemos en los que intervino el traidor Mauricio de Sajonia y Enrique II, sucesos de los que se obtuvo un rotundo fracaso y una humillante huida para el desdichado y enfermo emperador.

Mas el destino no ahorraba sinsabores a Carlos V. Todavía le aguardaban pesares. Y fue Enrique II quien se los procuró. Al frente de un gran ejército, el rey francés atravesó el río Mosa e invadió los Estados fronterizos del Imperio, apoderándose de los obispados de Toul, Metz y Verdún.

Una vez resuelta la difícil situación en que le colocó la traición del de Sajonia, Carlos V se propuso recuperar las plazas arrebatadas por el francés. Reunió un buen ejército, logrando llegar hasta Metz, ciudad que sitió rápidamente. Desde la litera en donde le retenía la gota, el emperador dirigió personalmente las operaciones de

sitio. Pero para su desgracia, los sitiados no perdieron ni un solo momento su serenidad imperturbable. En cambio, la situación para los sitiadores era cada vez más desesperada. Las fracasadas escaramuzas les agotaban; los continuos temporales de agua y nieve convirtieron el campo en un enorme barrizal; las bajas temperaturas aterían sus cuerpos, y eran muchos los que sucumbían a sus efectos. Al mes escaso de iniciado el sitio más de treinta mil hombres habían sucumbido. Y los del interior de Metz seguían sin perder un ápice de su moral.

El día de Navidad de 1552, tras dos meses de horrible sitio, el emperador, cabizbajo y apesadumbrado a no poder más, dijo:

—No debemos esperar más, sino irnos. La fortuna prodiga sus dones a la juventud y desprecia los cabellos blancos. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Y a la mañana siguiente se levantó el sitio, retirándose los imperiales de Metz. Esta retirada fue una calamidad, la mayor de las adversidades experimentadas por Carlos. Enfermos y moribundos quedaban por los caminos cubiertos de nieve. Ni el duque de Guisa, defensor de la plaza sitiada, tuvo necesidad de perseguirles, porque por sí mismo el ejército se deshacía a pedazos, sin fuerzas para sostenerse.

Después de aquel espantoso desastre, el emperador se retiró a Flandes. Ya no era el mismo. Parecía la sombra de lo que fue. Sin embargo, su espíritu renacía a cada instante. El gran amor que tenía a su Imperio le hacía pensar siempre nuevas soluciones que remediaran los desastres. Y también entonces tuvo su idea. Pensó que asegurarse la amistad del monarca inglés era punto importante, y para ello no vaciló en sacrificar a su hijo Felipe. Puesto que ya hacía años que estaba viudo, lo mejor era casarle con María Tudor, hermana y heredera del enfermizo rey Eduardo VI. María Tudor era hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, tía del emperador. María Tudor tenía doce años más que Felipe y su atractivo físico era muy escaso, pero nada de esto era inconveniente cuando se trataba de engrandecer los reinos.

Felipe recibió la noticia con cierta mezcla de agrado y disgusto. Le halagaba saberse futuro rey de Inglaterra, y le disgustaba que su prometida fuese tan poco agraciada. Pero, obediente a los consejos de su padre, accedió a casarse en seguida. Las negociaciones comenzaron cuando ya María era reina de Inglaterra. Hubo muchos nobles que se opusieron a tal boda, pero la soberana supo dominarlos a todos. Y, finalmente, se celebró la boda el 25 de julio de 1554.

En España quedó como regente doña Juana, hija del emperador. Felipe embarcó en La Coruña rumbo a Inglaterra. Y en la iglesia de Winchester se efectuó la suntuosa ceremonia. Después del enlace se notificó que el emperador concedía como dote a su hijo todos los Estados de Italia. Y entonces el canciller del reino proclamó a los novios reyes de Inglaterra y de Francia, de Nápoles, de Jerusalén y de Escocia, príncipes de las Españas y Sicilia, archiduques de Austria, duques de Milán, de Borgoña y Brabante, condes de Flandes y del Tirol...

Fue una boda que unió a dos poderosas casas. Esta unión llenó de pánico a Enrique II, quien sin más ni más emprendió la ofensiva contra el emperador, conquistando rápidamente varias ciudades de Flandes. Carlos V organizó un ejército y lo puso al mando de Filiberto de Saboya. Hubo batallas sangrientas, y triunfos por ambas partes.

El emperador, no pudiendo tomar parte activa en la guerra, se retiró a Bruselas, dejando que el de Saboya recuperase lo perdido. Y él empezó a madurar en su mente una idea que desde hacía tiempo venía iluminando su vida fatigosa y ardua.

Abdicación

1555. 11 de abril. En Tordesillas, la reina doña Juana, recluida durante cincuenta años en aquel castillo, murió cristianamente. Poco antes de expirar, Dios quiso concederle la razón que le faltó en vida y ofrecerle así la oportunidad de morir en la paz del Señor.

—Jesucristo crucificado sea conmigo — fueron sus últimas palabras.

Edificó a todos los presentes con su serenidad. Y en toda Castilla, donde se la consideraba a pesar de todo como reina propietaria, hubo un luto riguroso y un gran dolor. Por fin la desdichada reina, que tan poco gozó de la felicidad en la tierra, la hallaría en el reino de Dios. Descanse en paz.

Cuando el emperador y sus otros hijos conocieron la noticia, lamentaron la pérdida e hicieron solemnes honras por su alma. También sus nietos le hicieron funerales y lloraron su muerte.

Con doña Juana la Loca desaparecía toda una época.

Como si la muerte de su madre acabara de aclarar sus ideas, el emperador aceleró las gestiones para llevar a cabo su resolución. Estaba dispuesto a abdicar en su hijo Felipe.



Carlos I de España y V de Alemania abdica en favor de su hijo Felipe, en Bruselas, en presencia de sus hermanos Fernando y María. El agotado emperador se apoya en el hombro de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. (Grabado de G. Bouttats. Biblioteca Nacional. Madrid.) (Fotografía Mas.)

Sí, el emperador estaba agotado, enfermo, triste, nostálgico... Necesitaba la paz como el mismo aire que respiraba, y eso sólo lo hallaría retirándose para siempre de la política activa. Su vida había sido demasiado intensa. Habían ocurrido demasiadas cosas a lo largo de su existencia. Y a pesar de ello, no había logrado su ideal de un Imperio unido y estable. Sus grandes triunfos se desvanecían con sus espantosas derrotas. A los nombres de Pavía, Túnez y Mühlberg se oponían los de Metz, Argel y Passau. Su política matrimonial no había conducido, tras el sacrificio de sus hermanas, de sus hijos y sus sobrinos, más que a la confusión a través de

incesantes humillaciones. Su política religiosa había terminado en la escisión luterana. Nada de lo soñado había cristalizado en una bella realidad. ¿Qué podía esperar ya de la vida? Nada que pudiera remediar lo irremediable. Lo mejor era dejar paso a la juventud prudente de su hijo.

Estas reflexiones duras se las hacía él mismo. Pero realmente la Historia no podía culparle con tanta severidad. Carlos había sido en sus cuarenta años de vida política el más grande personaje del mundo.

La misión que sobre sus jóvenes espaldas descargaron sus abuelos era tan gigantesca que sólo un hombre de su voluntad y temple se hubiera atrevido a soportarla. Unir un reino y un imperio era tarea difícil. El preparó el camino a su hijo, para que éste pudiera realizar lo que fue su sueño. A pesar de sus fracasos, la hegemonía de Europa no dejó nunca de ser suya. ¿Es que toda esta tarea no cuenta para poder calificarle como uno de los genios políticos más notables de la Historia? Y las conquistas de América, ¿no fueron ricos florones para la corona que ceñía? No, Carlos I de España y V de Alemania no era un fracasado como él creía, al juzgarse demasiado severamente. Fue un gran hombre, al que jamás podría olvidar el mundo. Fue el más grande rey de todos los siglos.

Decidido, pues, como estaba, mandó el emperador que viniera su hijo desde Inglaterra a Bruselas. Convocó una Dieta para el 28 de octubre, anunciando sus propósitos de abdicación.

El día señalado apareció el emperador vestido de luto por la reciente muerte de su madre. Caminaba lentamente, apoyándose en un bastón y en el hombro de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. Le acompañaban su hijo Felipe, sus hermanos Fernando y María, y su sobrino Filiberto de Saboya. Con gesto cansado se sentó en el trono bajo dosel que presidía la gran sala, en la que estaban reunidos príncipes, magnates, nobles y consejeros. Hizo que a su lado se sentaran los miembros de la imperial familia.

Filiberto de Saboya, como presidente del Consejo de Flandes, pronunció un grave discurso exponiendo las razones que obligaban al emperador a abdicar en su hijo Felipe. Después se levantó Carlos. Sin dejar de apoyarse en el hombro del príncipe de Orange y en el bastón, comenzó a hablar. Lo hizo con palabras entrecortadas, veladas a veces por la emoción, trémulas... y siempre sin alzar la voz. Los

presentes escuchaban con un nudo en el corazón y brillo de lágrimas en los ojos. El emperador iba pasando revista a su vida política. Confesaba humildemente los errores y pasaba de prisa por los triunfos, con su modestia habitual. Pedía disculpas por la abdicación y el deseo de retirarse a la paz de un convento. Y lo que despertaba en el ánimo de todos ese deseo no era más que una viva admiración por aquel hombre que podía vivir rodeado de esplendores y prefería la humildad de un convento. Difícilmente se olvidarían sus palabras de aquel día.

Mi vida ha sido un largo viaje. He estado nueve veces en Alemania, seis en mi reino de España, siete en Italia, y he visitado diez veces los Países Bajos, cuatro he entrado en Francia, dos he ido a Inglaterra y otras tantas a África. Ocho veces he navegado por el Mediterráneo y tres por el océano. ¿No os parece un viaje demasiado fatigoso para un hombre?

Carlos hizo una pausa. Respiró y prosiguió:

He realizado grandes y peligrosas guerras, bien es cierto, pero en verdad que las hice por fuerza y contra mi voluntad. Nunca di ocasión a ellas, y siempre resistí frente a los enemigos con el valor que Dios quiso concederme.

Luego dio consejos a los flamencos, adquiridos con su experiencia, y terminó diciendo:

—Pido y ruego a todos los que aquí estáis me perdonéis y me hagáis gracia de cualquier error cometido o de otra queja que de mí se pueda tener.

Finalmente, volviendo los ojos cargados de lágrimas a su hijo, dijo con apenas un hilo de voz:

—Respetad la religión; mantened la fe católica en toda su pureza; sean sagradas para vos las leyes de vuestro país; no atentéis ni a los derechos ni a los privilegios de vuestros súbditos; y si algún día deseáis como yo gozar de la paz de una vida privada, Dios quiera que tengáis un hijo que por sus virtudes merezca que le cedáis el cetro con tanta satisfacción como yo os lo cedo ahora.

El emperador cayó en la silla casi desfallecido. Estaba mortalmente pálido. Por sus mejillas bajaban lágrimas doloridas. Y también los presentes lloraban e incluso sollozaban viendo la grandeza de alma de aquel hombre, anciano ya a sus cincuenta y cinco años.

—Adiós, hijos míos. Quedaos con Dios, que en el alma os llevo atravesados.

Fueron las últimas palabras de Carlos V a sus súbditos de Flandes y de Brabante, quienes pasaban a serlo ya de Felipe.



Retrato de Felipe II. (Cuadro por L. Pantoja de la Cruz. Monasterio de El Escorial.)

Este, como desconocía el flamenco, delegó en el obispo de Arras el pronunciar el discurso de aceptación. Y éste fue un acto que le ganó las antipatías de sus nuevos súbditos, por considerarlo acto de soberbia.

Pocas semanas más tarde Carlos anunció a los caballeros españoles de su séquito el deseo de abdicar asimismo en favor de su hijo los reinos de España y las Indias. A tal efecto, escribió y firmó los poderes oportunos.

La noticia llegó a España el 28 de marzo de 1556. Por doquier fue bien acogida. Los vasallos españoles querían bien a su rey Carlos, pero Felipe era mucho más de su agrado. Era más suyo. Se había criado entre ellos, y les recordaba a su bienamado Fernando el Católico.

Para que su tarea política acabara felizmente y el reinado de su hijo Felipe comenzase bajo el signo de la paz, Carlos firmó con el rey de Francia la Paz de Vaucelles para cinco años.

—De ahora en adelante, nada soy.

Con estas palabras concluía la fabulosa vida activa del emperador. Comenzaba una nueva época.

Capítulo 14

Yuste y el fin

La despedida en Flandes de todos sus familiares y amigos fue un acto memorable y lleno de emoción. Quiso también Carlos despedirse de la casa que le vio nacer en Gante. Lágrimas corrían por sus mejillas cuando, apoyándose en Felipe, dio por última vez la espalda a la mansión que fue su cuna. Y lágrimas también asomaron al dar el último adiós a la patria, en el momento de zarpar rumbo a España. Le acompañaban sólo doña Leonor y doña María, las dos reinas viudas, las dos hermanas que deseaban retirarse asimismo a España, cerca de su hermano.

Era triste dejar atrás tantos recuerdos y tantos afectos. Pero Carlos se sentía viejo, enfermo, sabía que sus días estaban ya contados, y convencido de que no supo llevar a buen término los negocios de la tierra, quería solventar los que debería tratar con Dios.

Una vez en España, Leonor y María buscaron refugio para sus penas. Y el emperador hizo las postreras advertencias y dio las postreras órdenes acerca de lo que debía hacerse con aquellos que le fueron fieles vasallos y servidores, familiares y deudos.

Libre al fin de cuanto le ataba a la tierra, emprendió el camino del monasterio de Yuste, Orden de los Jerónimos. No quiso que le acompañaran más que dos médicos, dos barberos y pocos servidores más.

El camino era áspero, abrupto. Él era llevado en litera. De vez en vez su rostro se contraía. Los dolores eran a cada instante más fuertes. Los huesos dejaban pasar el dolor hasta el tuétano, los nervios se contraían, las coyunturas se hacían duras como piedras, las carnes se debilitaban, las manos y los pies eran prisioneros. Todo su cuerpo estaba surcado por la gota que le martirizaba cruelmente. Era una pura lástima verle en aquel estado y recordar que fue un aguerrido batallador, un apuesto y fuerte cazador, un jinete excepcional. Entonces no era nada. Debía valerse de los demás para todo. ¡Qué inmensa tristeza!

Ya era curioso que él, criado en Flandes, entre flores y jardines, sedas y brocados, hubiera elegido la seca tierra de Yuste para esconder su ancianidad.

—La extraña y recia tierra española ha conquistado mi corazón explicaba a quien así le preguntaba.

En Yuste halló la soledad y la paz ansiadas y buscadas durante toda la vida. Su existencia era tan humilde como la de un escudero.



Llegada de Carlos V al Monasterio de Yuste. (Cuadro de J. Alarcón.) (Fotografía Vernacci.)

Las horas pasaban lentas, sumidas en el recuerdo... Se dedicaba a la lectura y a la construcción de relojes, que siempre fue una pasión suya y que pudo cultivar muy poco.

Sus aposentos lindaban con la iglesia, a la que el emperador solía asistir para participar en todos los Oficios como un monje más. Tenía su propia huerta, sus jardines y un bosquecillo de castaños al que solía ir para tomar el sol, sentándose en su silla de tijera. Vida sencilla y vulgar, reposada y austera.

Vestía siempre de terciopelo negro y gorra del mismo color. Nada de lujos extraordinarios. Su identificación con las reglas conventuales era completa.

No obstante vivir apartado de la política, no olvidaba escribir a sus hijos, que gobernaban los que fueron sus Estados y Reinos, dándoles consejos e incluso

órdenes. Ellos mismos los pedían, anteponiendo casi siempre la autoridad paterna a la suya propia. Seguía paso a paso los hechos de sus hijos, se alegraba de sus triunfos y los consolaba en sus fracasos. Sus manos, deformadas por el reuma, no descansaban. Su corazón seguía puesto en el Imperio, a pesar de todos los pesares.



Habitaciones de Carlos V en el Monasterio de Yuste. (Fotografía Mas.)

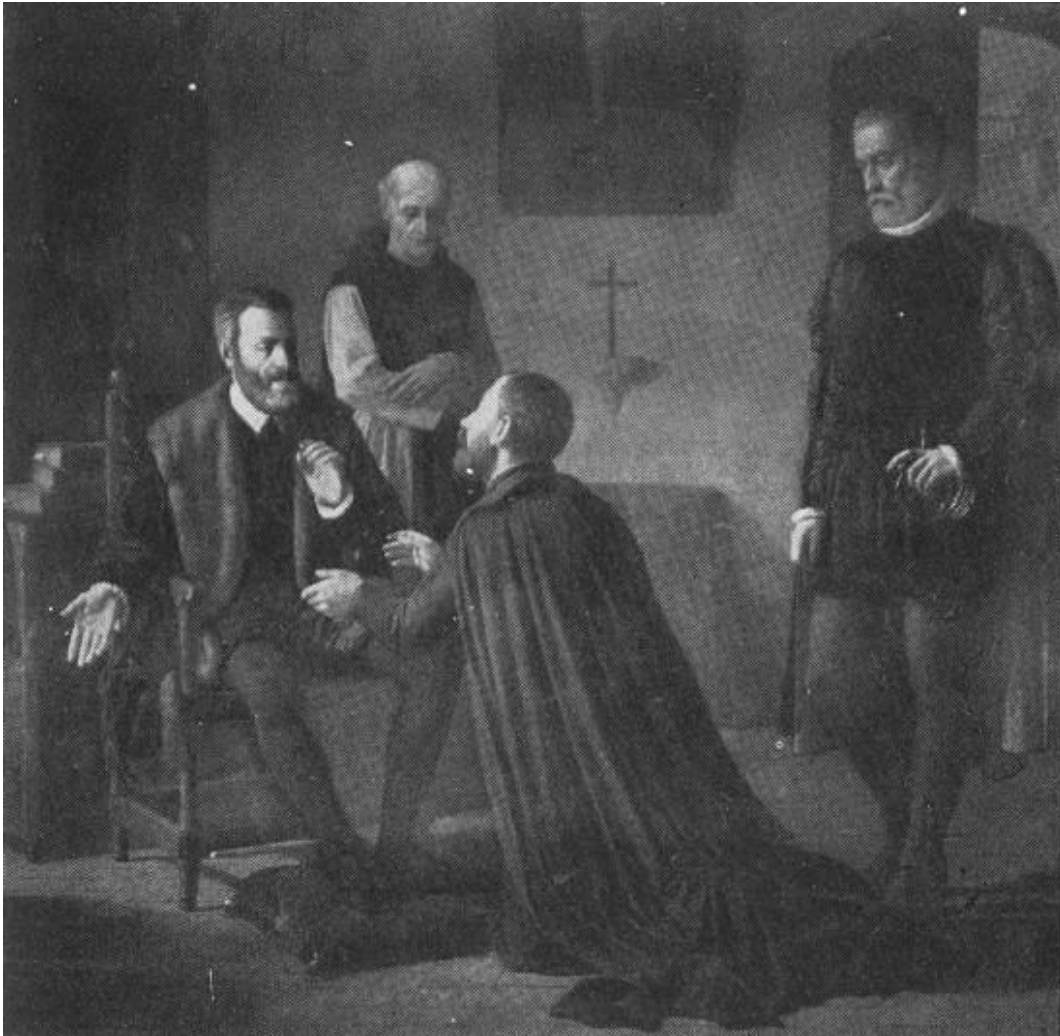
Acostumbraba a recibir visitas de ilustres personajes, gentes que figuraron en su corte y ahora acompañaban a sus hijos. Y cierto día, tuvo la inmensa alegría de ver aparecer en su austero aposento al padre Francisco de Borja, el que fue duque de Gandía, galán caballero y gentilhombre de la emperatriz. ¿Lo recordáis? Las almas de los dos hombres estaban unidas en sus aspiraciones. Ambos buscaban el acercamiento a Dios, y ambos cumplieron la promesa que se hicieron años atrás, cuando la muerte de Isabel.

Francisco de Borja permaneció tres días en el convento. Los dos platicaban largamente, recordando pasados tiempos.

—Por mi enfermedad no sería capaz ahora de dormir vestido como tantas veces hice, amigo mío — comentaba Carlos.

—Las muchas noches que Vuestra Majestad vigilaba armado son la causa de que ahora no podáis dormir vestido — replicó el sacerdote. —Era mi deber, ese deber que ha esclavizado toda mi vida.

—Dios os considerará muy rico en méritos por haber pasado las noches en vela, con las armas en la mano para defensa de nuestra fe y nuestra paz. Dad gracias por ello, majestad.

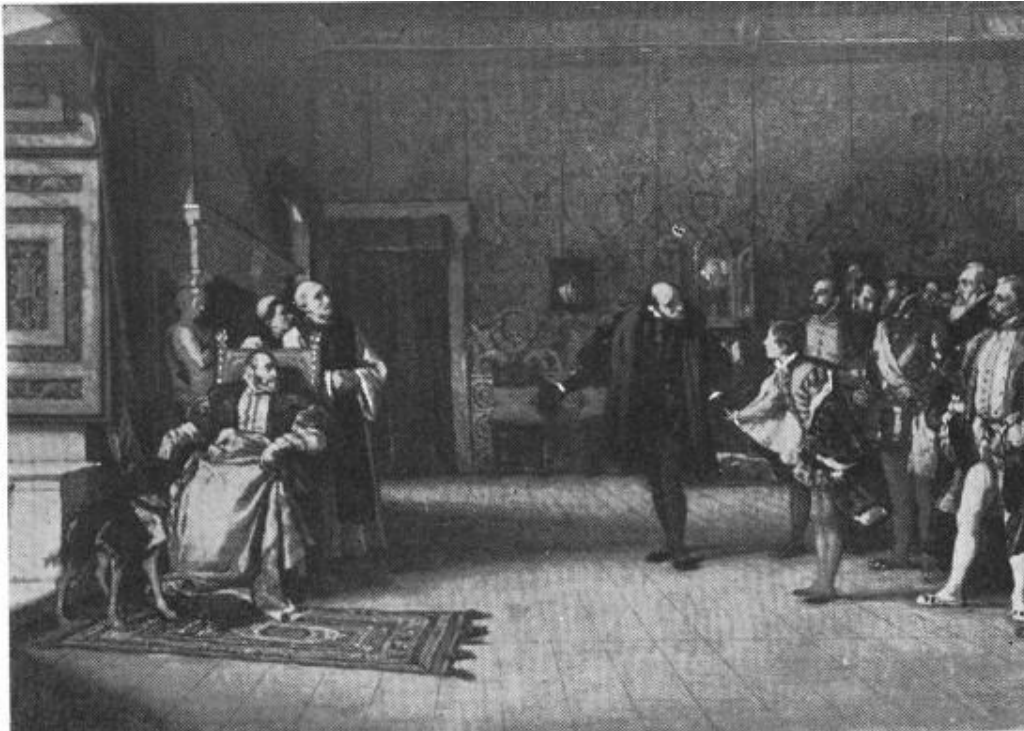


El padre Francisco de Borja, que fue duque de Gandía y gentilhombre de la emperatriz, visita en Yuste al emperador Carlos V. (Museo de la catedral de Segovia.) (Fotografía Mas.)

—No me canso de hacerlo, padre. Dios ha sido generoso conmigo y nunca podré agradecerlo bastante.

Largas, muy largas conversaciones, en las que ambos encontraban sosiego y placer. En cierto momento dijo al de Borja:

—No quiero leer ni oír lo que se dice de mí. Otros lo leerán cuando yo haya muerto. Humildad, sencillez, obediencia, oración, trabajo apacible, paseos cortos y lentos, pasatiempos, charlas, lectura, cartas... A eso se reducía la vida del emperador en Yuste. ¡Ah! pero no vayamos a olvidar a un personajillo que hizo gratas las horas del anciano en el monasterio. ¡Jeromín! ¿Os suena el nombre? Sí, era aquel chiquillo de ojos azules, cabellos rubios, inteligencia despierta. Sí, fue aquel que ya hombre se llamó don Juan de Austria y fue uno de los capitanes más intrépidos de Felipe II.



Es presentado al emperador el pequeño Jeromín, su hijo natural, nacido de Bárbara Blomberg. Fue el apoyo y consuelo de sus últimos días. Con los años sería don Juan de Austria, intrépido capitán de su hermano Felipe II. (Obra de Eduardo Rosales. Museo de Arte Moderno. Madrid.) (Fotografía Mas.)

Pocos conocían el secreto de Jeromín. Apenas nacido, comenzó a ir de unas manos a otras con el expreso deseo de que fuese atendido y educado con esmero, pues su rango era ilustre. Pero la verdad es que esto no se cumplió de manera estricta. Jeromín creció como un rapaz ignorante y descarado, más avisado que el hambre.

Pero al fin lo tomó por su cuenta el mayordomo del emperador, don Luis Méndez de Quijada, y lo encomendó a su esposa doña Magdalena de Ulloa.



Escudo de armas del emperador Carlos V. (Monasterio de El Escorial. Obra de P. Leoni.) (Fotografía Mas.)

Esta noble dama fue la segunda madre del chiquillo, le enseñó las maneras corteses y las materias más necesarias. Y poco después, como paje de la tal dama pudo ser presentado al emperador, que demostró vivos deseos de verle.

—Jeromín está aquí, majestad — le anunció don Luis de Quijada cierta mañana.

— ¡Jeromín! —exclamó emocionado el anciano—. Hacedle pasar en seguida. Pero, por favor, no le digáis quién soy hasta después de mi muerte. No es el momento oportuno para descubrirle que es hijo del emperador.



Grupo escultórico de Carlos V y su familia, que figuran en el altar mayor del Monasterio de El Escorial. (Obra de P. Leoni.) (Fotografía Mas.)

Sí, el pequeño Jeromín era hijo natural de Carlos, habido de Bárbara Blomberg, cierta dama alemana.

Así como Margarita de Parma, la otra hija natural, supo siempre que el emperador era su padre y como tal vivió y se educó, incluso se casó en atención a las razones de Estado, Jeromín no tuvo el gozo de conocer el nombre de su padre hasta que Felipe II le reconoció como hermano y le dio en la Corte el lugar que le correspondía. Mas si es cierto que no supo que el emperador era su padre, sin embargo fue el único hijo de Carlos que gozó plenamente de una estrecha intimidad con él. En Yuste compartieron ambos casi todas las horas.

—Tú serás mi apoyo en la vejez, y algún día te sentirás capaz de grandes hazañas — le dijo el día en que llegó al monasterio.

—Será un honor para mí ser útil a Vuestra Majestad — contestó con desenvoltura el chiquillo, sosteniendo esforzado el peso del emperador, que se apoyaba en su hombro con la confianza del cariño.

La sola presencia de Jeromín bastó para que Carlos tuviera un aliciente nuevo. Si estaba de mal humor, llegaba el niño y con sus travesuras y charlas picarescas le hacía reír en seguida. Le contaba las batallas que sostenía con la chiquillería del pueblo, de la que se había erigido capitán; le contaba las correrías por el bosque. Y también el emperador le narraba sus auténticas batallas, sus viajes... Jeromín le escuchaba admirado, con los ojos entornados y soñadores.

— ¡Qué vida más maravillosa la de Vuestra Majestad! — exclamaba.

— ¡Ah, pequeño granuja! Es posible que la tuya también lo sea — sonreía Carlos, acariciando los rubios cabellos revueltos.

Y así, día tras día, el espíritu del emperador rejuvenecía al lado de Jeromín. Pero su cuerpo se agotaba, la enfermedad avanzaba, las fuerzas ya faltaban casi del todo...

El fin

—Nicolás, ¿sabes qué estoy pensando? — preguntó cierto día del mes de agosto de 1558 a su barbero cuando le afeitaba muy de mañana.

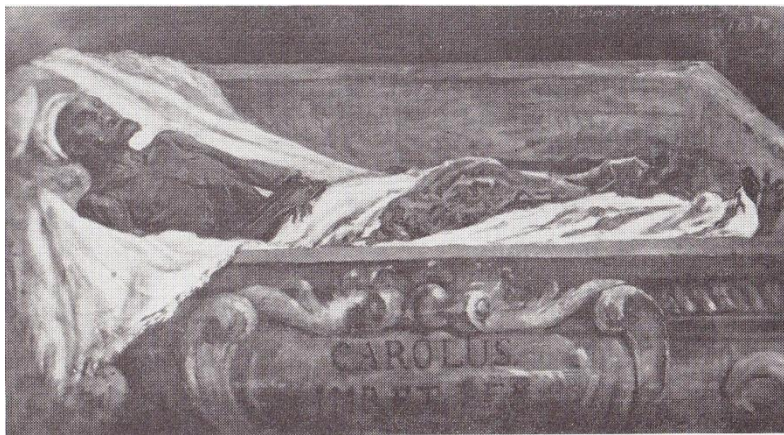
— ¿Qué, señor?

—Que tengo ahorradas dos mil coronas y querría hacer mis honras con ellas — repuso el emperador.

—No se preocupe de ello Vuestra Majestad, que si muriese nosotros le haremos las honras.

— ¡Eres necio, amigo! Igual es llevar la candela delante que detrás. Quiero celebrar mis honras.

Y con aquellas dos mil coronas, ¡escaso caudal para un hombre que tuvo y gastó fabulosas riquezas!, compró la cera y los lutos con que luego fue sepultado, y asimismo se le hicieron las honras, a las que, claro está, asistió él en persona. Fue éste un caso singular, un gesto curioso de aquel anciano universal.



Momia de Carlos I de España y V de Alemania. (Cuadro de V. Palmaroli)

Apenas ocho días después de esta ceremonia, el emperador pilló un resfriado que le postró en la cama. Los médicos comprendieron en seguida que el fin estaba próximo. Aquel cuerpo tan debilitado no tenía fuerzas para combatir una enfermedad. El también lo comprendió así y esperó resignado, tras recibir la extremaunción.

La noticia de su enfermedad llegó a todos los confines del Imperio. Las gentes llegaban de todas partes para ver por última vez al que fue gran hombre de la Historia. Pero los monjes tenían orden severa de no dejar pasar a nadie hasta que... hasta que todo hubiera acabado.

Postrado en la cama, después de veintiún días de angustia, pidió la comunión.

—Ya ha tomado Vuestra Majestad el último sacramento. No es necesario volver a comulgar — le dijo su confesor.

—Si bien no es necesario, ¿no os parece que es buena compañía para jornada tan larga?

Y volvió a comulgar.

—Estás en mí, yo estaré en Ti — murmuró devotamente, con lágrimas en los ojos.

Todo estaba dispuesto. Había dado las últimas órdenes acerca de sus deseos, había redactado su testamento, se había despedido de los hijos... ¿Qué más le quedaba por hacer en la vida? Sólo morir. Con el crucifijo que fue de la amada esposa Isabel en la mano, esperaba el instante decisivo.

— ¡Ay, Jesús! — susurró.

Y expiró. Año 1558. Mes de septiembre. Día 21. Contaba cincuenta y ocho años. Yuste quedaba sin su monje seglar. Los Habsburgo perdían a su jefe. Carlos I de España y V de Alemania, el monarca más grande de todos los siglos, desaparecía del mundo y entraba en la Historia de los inmortales.